

INSPECTOR SEJER, 9

KARIN FOSSUM

MALAS INTENCIONES

«Esta entrega de la destacada narradora noruega es,
como las anteriores, una joya».

The Guardian



Un mundo de novela ... www.miscolecciones.org

Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



Es septiembre y tres amigos deciden pasar el fin de semana en la remota cabaña del lago de Aguas Muertas. Con solo la pálida luna para guiarlos en su camino, reman sobre las aguas en mitad de la noche. Sin embargo, solo dos de ellos regresan, y pactan no pedir ayuda hasta la mañana siguiente. Cuando se encuentra el cuerpo, el inspector Konrad Sejer siente que algo no encaja en la hipótesis de un suicidio y tiene la certeza de que los dos supervivientes ocultan algo. La investigación se demora varias semanas, hasta que, en la superficie de un lago cercano, aparece el cadáver de otro joven.

Karin Fossum

Malas intenciones

Inspector Sejer - 9

Título original: *Den onde viljen*
Karin Fossum, 2008
Traducción: Lotte Katrine Tollefsen

Editor digital: Titivillus



Dødvannet, la Laguna de los Muertos, así lo llamaban. Era como un pozo entre montañas escarpadas: si te metías, te hundías hasta las rodillas en el lodo inestable. Junto a la orilla, oculta en parte por unos abetos, había una cabaña de troncos de madera. En la ventana estaba Axel Frimann, mirando hacia fuera. Era la medianoche del 13 de septiembre, y la luna lanzaba un brillo blanco azulado sobre el agua, había algo mágico en todo aquello. En cualquier momento, el monstruo del lago podía emerger de las profundidades. Al pensarlo, le pareció notar que el agua se movía, una oscilación, como si algo ascendiera hacia la superficie. Pero no ocurrió nada más, una sonrisa que nadie vio se deslizó por su rostro. Les propuso a los demás dar una vuelta en la barca.

—¿Habéis visto qué luz? —preguntó—, es una pasada.

Philip Reilly estaba entretenido leyendo un libro. Se echó hacia atrás su larga melena.

—Tal vez —dijo—. Una vuelta por el agua. ¿Qué dices, Jon?

Jon Moreno estaba absorto en el fuego de la chimenea. Las llamas le daban calor, lo mareaban. Sostenía el blíster de un medicamento para la ansiedad; cada cuatro horas presionaba una pastilla para hacerla salir a través del aluminio y se la metía en la boca.

¿Si quería ir con ellos al agua?

Observó a Axel y a Reilly. Había algo en sus ojos, algo esquivo..., pensó, pero estoy un poco alterado, estoy enfermo y medicado; tranquilo, son mis amigos, solo desean lo mejor para mí. Sin embargo no quería salir al agua, no en mitad de la noche, a la fría luz de la luna. No se fiaba del todo de sí mismo. Aquí dentro, junto a la chimenea, se sentía seguro, aquí, entre las paredes de troncos, junto a buenos amigos, porque eran sus amigos, ¿verdad? Intentó captar la mirada de Reilly, pero este se había puesto de pie, toqueteaba algo en una estantería.

—Es importante que estés en movimiento —dijo Axel—, la angustia empeora si te estás quieto. Tienes que hacer circular la sangre y que el oxígeno llegue a todas las células, vamos.

Jon no quería decepcionarles, lo hacían por él, querían que viviera una experiencia, y en el hospital no tenía muchas. Solo largos días en los que no ocurría nada, un eterno deambular por los pasillos. Ahora le sonreían para darle ánimos, Axel con sus ojos oscuros, Reilly con los suyos grises. Por eso se obligó a levantarse de la silla mientras se metía el blíster de las pastillas en el bolsillo; no iba a ninguna parte sin ellas. Fue a coger el teléfono móvil que estaba sobre la mesa, pero lo dejó allí. La angustia vibraba por su cuerpo como una corriente eléctrica, pensó que en algún lugar había un demonio apretando un interruptor, encendía y apagaba, encendía y apagaba, hasta que le faltaba el aire.

—Ponte la chaqueta —dijo Axel—. Hace frío.

Jon miró a su alrededor buscando la chaqueta, no recordaba dónde la había dejado, pero Axel la encontró y se acercó con ella. Reilly sopló para apagar una lámpara de parafina que tenían encendida y una oscuridad repentina los envolvió. Jon se dejó caer de rodillas para atarse las botas. Primero un nudo y una lazada y luego un nudo. Axel y Reilly esperaban.

—¿Qué pasa con la chimenea? —preguntó Jon.

—No estaremos fuera mucho rato, no hay peligro —dijo Axel—. Venga, vamos.

—¿No ponemos un parachispas?

Axel se encogió de hombros.

—Vale.

Fue a la cocina, oyeron que trasteaba bastante, salió con el parachispas y lo colocó frente al fuego. Era de hierro forjado y estaba decorado con dos lobos que enseñaban los dientes.

Jon observó los lobos, luego a sus dos amigos.

—Entonces ¿estamos listos? —dijo Axel.

Reilly asintió. Jon se metió las manos en los bolsillos. Axel le dio unas palmadas en el hombro, la mano era cálida y segura, confiaba en nosotros, decía la mano, solo queremos tu bien, estás con los tuyos.

Era viernes 13 de septiembre. Salieron a la negra noche y buscaron los remos que estaban en el cobertizo.

Un estrecho sendero llevaba a la orilla de Dødvannet.

La barca volcada estaba entre los juncos, con el fondo hacia arriba, verde y abultado como una vaina de guisantes. Axel y Reilly la agarraron, le dieron la vuelta. Por dentro estaba sucia y resbaladiza; a la luz de la luna vieron un bicho correr por el borde y desaparecer.

—Una lagartija —dijo Axel.

Jon tenía las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Observaba la barca con escepticismo, no tenía ganas de sentarse en las bancadas sucias. Axel leyó sus pensamientos y pasó la manga de la chaqueta por la bancada.

—Siéntate al fondo —ordenó.

Jon subió, obediente, a la barca. Observó el agua negra, tal vez ni siquiera tuviera fondo, solo un fango infinito. Sería bueno dejarse caer, pensó, detener para siempre la corriente de angustia que recorría su cuerpo. Una presión en la cabeza, un escozor ardiente en los pulmones, y todo habría terminado. Axel y Reilly empezaron a empujar, la barca se deslizó con facilidad entre los juncos y Jon sintió que oscilaba de un lado a otro. Estaba completamente quieto sobre la bancada, un chico delgado de manos pequeñas. Paseó la mirada por el paisaje, las montañas escarpadas que rodeaban el lago. Axel y Reilly agarraron un remo cada uno, les costó un poco dar con el ritmo. La barca cogió velocidad.

—Mira qué luz —dijo Axel.

La luz de luna era fría y blanca, todo lo que les rodeaba tenía un brillo metálico. Reilly se concentró en remar, la barca se deslizaba firme por la laguna, el agua corría lentamente como plata por las palas. Jon se aferraba a la bancada con las dos manos. Estaba cercado por la oscuridad y el agua negra, la angustia era como una espina.

Axel rompió el silencio.

—¿Y tu psicólogo, Jon?, ¿puedes hablar con él?

—Ella —corrigió Jon—. Se llama Hanna Wigert. Sí, con ella puedo hablar.

—¿Es mayor? —quiso saber Axel.

—Cuarenta, más o menos —dijo Jon—. Además, es psiquiatra.

—Es lo mismo —opinó Axel.

—No —dijo Jon—, no es lo mismo.

Los hombres daban largas y potentes remadas.

—¿Y habláis de todo? —preguntó Axel.

Jon miró hacia otro lado.

—Supongo que sí. Sobre todo de la infancia —dijo—. Pero no hubo ningún problema en mi infancia.

Se sentía mareado. A la luz de la luna el rostro de Axel era de un blanco azulado, y sus ojos, grietas negras.

—Pero tu padre se largó —señaló Axel—. Eso no sería fácil...

Jon se encogió sobre la bancada.

—Todo el mundo pierde a alguien en algún momento —dijo—, y sigue viviendo. Yo también lo hice. Fue bien, nos las arreglamos sin problemas.

El remo de Axel cortó el agua como un cuchillo.

—No —dijo—, es una tontería. Los tres sabemos de qué va todo esto. ¿O no, Jon?

La barca se quedó en absoluto silencio.

Jon bajó la cabeza, tenía problemas para respirar y Hanna le había explicado lo que tenía que hacer cuando ocurriera eso. Ponte de pie, le había dicho, para que los pulmones tengan espacio para expandirse. Pero no se atrevía a levantarse en la barca, por eso se quedó doblado hacia delante, boqueando.

Reilly empezó a murmurar unos versos que se había aprendido de memoria.

—«Si Dios quisiera castigar a los hombres por su perversidad, no dejaría ninguna criatura viva sobre la faz de la tierra. Pero les concede una tregua hasta el plazo fijado. Cuando el plazo haya llegado, no sabrán retardarlo ni avanzarlo un solo instante».

—Vaya —dijo Axel—, no se puede negar que te sabes la Biblia.

—El Corán, Axel, el Corán.

—¿Es lo mismo?

—No —repuso Reilly—, no es lo mismo.

Axel metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una cajetilla de Marlboro. La llama del encendedor, rojiza, se reflejó en su rostro.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó Jon.

—Solo voy a fumar un poco —respondió Axel.

Jon se miraba fijamente los pies, se había mareado. Estaba lejos de la cabaña y más lejos aún del hospital. Les estorbo, pensó, soy el punto débil. No soy capaz de hacer las mismas cosas que ellos. La mirada de Axel arde como su cigarrillo, sus ojos nunca me dejan en paz. Reilly tenía la mirada clavada en el fondo del bote. Él también parecía sentirse incómodo; era como si en todas partes le faltara espacio, las piernas y los brazos eran demasiado largos. Las manos grandes descansaban sobre las rodillas. Oyeron unos crujidos en la orilla, tal vez fuera un pájaro que levantaba el vuelo, se dijo Jon. Axel dio otra calada, Jon veía el movimiento reiterativo, seguía la brasa con los ojos, tenía un efecto casi hipnótico sobre él. ¿Por qué no hablan?, pensó, ¿a qué esperan? ¿Es que quieren deshacerse de mí, por eso fueron a buscarme al hospital, por eso querían salir al agua en la oscuridad? El miedo llegó de puntillas, y era absurdo, porque se trataba de sus amigos, no de sus adversarios, se regañó un poco, estar ahí sentado angustiándose como un niño no tenía sentido. Contrólate, Jon Moreno.

Pero no era capaz de controlarse. Quién pudiera levantar el vuelo como ese pájaro, alejarse de todo volando, de la angustia y las recriminaciones. Se levantó de la bancada, despacio, como sonámbulo. Entonces se cayó por la borda.

Todo ocurrió despacio, en silencio, solo un leve chapoteo que se transformó en unas pequeñas ondas. Y desapareció.

Reilly se levantó de golpe, la barca se tambaleó, quería saltar al agua, pero Axel tiró de él para que se sentara.

—¡Déjalo! —gritó—. ¡No vas a poder! No conseguirás volver a subirlo al barco, la ropa absorbe demasiada agua, y os hundiréis los dos. ¡Déjalo!

—¡Jon no sabe nadar! —gritó Reilly.

Axel lo sujetó. La barca se estabilizó.

El agua estaba brillante e inmóvil.

Arrastraron la barca a tierra.

Todo había ocurrido tan deprisa... Reilly casi no había tenido tiempo de pensar, pero ahora lo hacía. Y Jon también lo había hecho, mientras se tragaba el agua fría y limosa, mientras se hundía hacia el fondo, supuso que ahora todo se había acabado. Se había acabado. Pero yo sigo aquí, pensó Reilly, y me despierto cada día con un gemido. Entraron pateando el suelo de la cabaña. Axel encendió la lámpara de parafina; el fuego de la chimenea se había apagado, solo quedaban unas brasas. Retiró el parachispas con los dos lobos y echó un tronco nuevo, las llamas se avivaron. Reilly se dejó caer sobre una silla, el cuerpo encorvado y los grandes puños sobre los muslos. Luego se llevó la mano deprisa al bolsillo interior para coger un frasquito. Recordaba a una de esas botellas de champú de los hoteles, y estaba llena de un líquido transparente. Echó un poco en el tapón y se lo llevó a la boca.

—¿Qué te metes? —quiso saber Axel.

—G.

—¿Y qué es G?

Reilly cerró los ojos.

—Nada para ponerse pesado. Es una sustancia que existe en el cerebro de manera natural, solo eleva el nivel.

Se quedó quieto esperando el efecto de la droga, enseguida le llenaría la cabeza y el cuerpo, pronto se sintió ligero como un corcho, y una ola lo levantó, lo elevó, y el dolor permanente con el que vivía se esfumó como nieve derretida.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

Axel tardó mucho en responder.

—Tengo una propuesta —dijo—. No haremos nada. Esperaremos a mañana, entonces llamaremos. Diremos que Jon ha salido mientras estábamos durmiendo. Que nos levantamos y encontramos su habitación vacía. Así será un poco más fácil. Estamos en mitad de la noche y les llevará varias horas conducir hasta aquí. De todas formas, ahora no podrían dragar el fondo para buscarlo. ¿Qué dices, Reilly?

Reilly sacudió la cabeza.

—Pero tenemos que llamar —opinó—. ¿Adónde vamos a llamar? ¿Quién vendrá?

—Vendrán buzos —respondió Axel—. Vendrá gente de la policía y de la Cruz Roja. Y puede que traigan perros. Habrá un montón de gente pululando por aquí. Además, estoy pensando una cosa —añadió—. No tengo ganas de contarle a Ingerid que nos quedamos sentados viendo cómo se ahogaba Jon. No quiero tomar parte en esto más de lo imprescindible. Fue una decisión que tomó Jon.

—Pero si no tuvo elección —dijo Reilly.

—Estaba enfermo —observó Axel.

Se quedaron de nuevo en silencio ante la chimenea. La droga distanciaba a Reilly.

Además, a él le parecía bien que Axel se hiciera cargo de la situación, que decidiera.

—Tenemos que ponernos de acuerdo en algunos puntos importantes —resolvió Axel—. Yo me levanto el primero. Veo que Jon no está. Voy corriendo a avisarte. Salimos al bosque dando gritos, pero después de una hora nos rendimos y llamamos para pedir ayuda.

—Preguntarán cómo estaba Jon —señaló Reilly—. Si notamos algo.

—No vimos nada extraño en él —dijo Axel—. Jon estaba como siempre. Y no hemos encontrado ninguna carta. Tenemos que sacar su saco de dormir, sigue en la funda. Diremos que se fue a dormir a las doce y que desde entonces no lo hemos visto.

Entraron en la alcoba más pequeña, donde solía dormir Jon. Reilly desenredó el saco de dormir y lo puso sobre la cama, abrió la cremallera y lo removió un poco. Axel puso la mano en el hombro de Reilly.

—Vamos a sentarnos y tomarnos una cerveza.

—Se hundió como un plomo —dijo Reilly.

—Lo sé —asintió Axel.

Volvieron a ocupar su sitio ante las llamas. Reilly sostuvo la mirada de Axel a la luz cambiante.

—Te parece bastante oportuno, ¿verdad? Que ya no esté...

Axel apretó los dientes.

—Me parece es que vas a tener cuidado con lo que sale por esa boca.

—Me he fijado en ti algunas veces, cuando lo mirabas —dijo Reilly—. Creo que Jon te percibía como una amenaza. Sentía que lo estabas

controlando todo el rato.

—Te estás dejando llevar por tu imaginación —contestó Axel—. Basta de colocarte, te vuelves incoherente. Mañana, cuando venga gente, más vale que te mantengas despejado.

Volvieron a quedarse un rato en silencio.

—¿No vamos a llamar? —dijo Reilly—. ¿No vamos a llamar inmediatamente para pedir ayuda?

Axel se puso de pie, a dar vueltas por la habitación.

—Quitarse la vida es una decisión que se toma a solas y yo no quiero, literalmente, ser testigo de eso.

—Pero fuimos testigos. Y tenemos que hablar con su madre. Nos lo preguntará todo. Nos reprochará que no tuviéramos más cuidado.

—Por eso quiero darle a la policía otra versión —explicó Axel—. Salió solo. Todo estaba fuera de nuestro control, porque estábamos durmiendo. Pero estamos destrozados, por supuesto. ¿Podrás hacerlo?

Reilly le dedicó una mirada sombría.

—Sí —dijo—. No me cuesta nada estar destrozado.

Reilly se despertó temprano.

La luz se abría paso por una rendija de la cortina, y con un escalofrío recordó lo sucedido. Pensó que Jon se había dejado morir por él y por Axel, que había asumido la culpa porque era el más débil, porque era el eslabón que podía romperse. Pero ninguno de nosotros merece la muerte, se dijo, no somos gente malvada. El día se colaba por la ventana y como una columna de luz le taladraba el colchón. Su primer instinto fue pegarse contra la pared y cerrar los ojos, no volver a levantarse, no asumir nada. Pero salió a rastras del saco de dormir, se puso los viejos pantalones de pana y abrió la puerta del cuarto de estar. Ahí estaba Axel Frimann mirando por la ventana.

—He bajado hasta a la orilla —dijo.

—¿Por qué?

—Solo quería comprobarlo. Que todo estaba en orden.

Reilly lo miró perturbado. El cabello largo estaba enredado tras las horas pasadas en la cama, recordaba a un troll de los cuentos, con la barbilla

prominente y una nariz afilada con el caballete torcido.

—Nada está en orden —opinó.

—No digas esas cosas —rogó Axel.

—Pero es la verdad.

Axel se sentó en el sofá y puso los pies encima de la mesa.

—Eso de la verdad ya lo hemos discutido —dijo—. Son muchas las verdades que es mejor no tocar. Imagínate que la gente dijera siempre la verdad, no podría ser. La sociedad se descompondría. Tenemos que construir cada día desde el principio —afirmó—. Algo que la gente pueda ver, asumir y creer.

—No puedes hablar por los demás —repuso Reilly—. Hay otros que no opinan lo mismo que tú.

Axel lo miró desafiante.

—Pues piensa en la madre de Jon, cuando sepa que lo ha perdido. Piensa en lo horrible que será. Y piensa cómo sería si, además, descubriera que su hijo no era como ella creía y su reputación se viera gravemente manchada. ¿Cómo lo llevaría? No me vengas con verdades, la gente no las soporta. Y tampoco las quiere. ¡Escúchame!

Se levantó con brusquedad y fue a la cocina a zancadas. Reilly oyó el tintineo de la cafetera y que echaba agua de un cubo con un cazo. Él fue a la habitación y consiguió ponerse una camiseta. Se acercó a la ventana y miró hacia abajo, hacia Dødvannet, que estaba allí como un espejo verde negruzco. Puede que ya se hubiera acumulado una capa de lodo sobre el cuerpo delgado de Jon, de forma que los buzos no lo vieran a la luz de las linternas. Jon era menudo y delgado, Jon podría pasar por un tronco, una pequeña irregularidad del fondo. Se apartó de golpe y salió de la cabaña, se derrumbó sobre la escalera, dos grandes lascas de piedra.

Axel fue tras él.

—Tómalo con calma —dijo—. Jon lleva mucho tiempo enfermo. Lo hemos visto venir.

Reilly se quedó con la cabeza entre las manos, incapaz de hablar. Necesitaba con desesperación algo con lo que tranquilizarse, pero Axel le había prohibido drogarse hasta que todo estuviera superado. La palabra

«superado» se repetía en su cabeza, como si hubieran cometido un delito, como si hubieran tirado a Jon de la barca.

—Lo he pensado bastante, claro —añadió Axel—, lo reconozco. ¿Qué crees que ha hecho Jon en la unidad del hospital? Ha ido a terapia, y ha hablado. Ha estado hablando durante cuatro semanas. Le han animado a contarle todo, las cosas más íntimas, lo que le tortura, lo que le llevó a derrumbarse. Tarde o temprano la verdad saldría a la luz. Nos habría aplastado, y no estaríamos aquí, sentados junto al lago. ¿Oyes lo que te digo?

—No sabemos nada de cómo lo hubiera llevado —dijo Reilly—. Son solo suposiciones. La gente supera toda clase de cosas.

Axel cogió un palo y empezó a remover la tierra delante de la escalera.

—No hay nada de que hablar al respecto —contestó—. Jon estaba ingresado en Ladegården porque padecía ansiedad y depresión, y estaba medicado. La policía tardará poco en relacionarlo. Mientras tanto, nosotros debemos valorar nuestra libertad.

—Si esa libertad es una tortura —dijo Reilly—, no vale gran cosa. Tú no sientes el dolor como el resto de la gente —afirmó.

Se quedó mirando hacia el interior del bosque. Desde donde se encontraba parecía sombrío y secreto, con abetos negros. La luz atravesaba las copas en largas columnas inclinadas. Un pino se había desplomado, las raíces se abrían con dramatismo entre tanto verde, como una garra. Entonces vio algo entre los árboles, algo que lanzaba destellos blancos. Axel siguió con la mirada la mano que señalaba.

—Ahí hay alguien —dijo Reilly.

—No, cállate —respondió Axel.

Reilly se había puesto de pie y se hacía visera con la mano. No dudó ni un instante de que algo se movía entre los troncos.

—¿No te habrás drogado?

—Viene gente —dijo Reilly.

Se alteró muchísimo.

—Imagínate si nos vieron anoche. Supongo que habrá más cabañas, pueden habernos observado con prismáticos. La luna daba una luz infernal.

—Nos vieron los cuervos —bromeó Axel—. Y seguro que se van a chivar a las urracas y ¡chas!, lo sabe todo el bosque.

Reilly daba vueltas sobre sus largas piernas.

—Hay algo que se arrastra —señaló—. Ahí, entre el brezo, a la derecha del abeto. Joder, cómo se arrastra.

Cruzaron la explanada que se abría ante la cabaña, pasaron entre unos arbustos y miraron entre los troncos de los abetos. Reilly aceleró, pasó por encima de piedras y troncos, el cabello largo se agitaba como la crin de un caballo. En el suelo, al pie de un árbol, había un gato muerto. Y, junto al gato, cuatro gatitos, también muertos. Pero un quinto gateaba entre la hierba, alejándose.

Sucedió algo con Philip Reilly. La visión del gatito que se arrastraba indefenso entre el brezo lo conmovió. Nunca había visto algo tan pequeño, algo tan condenado como esa minúscula criatura. El acontecimiento de la noche lo había vuelto vulnerable, y se ablandó como la mantequilla al sol.

—¿Lo has visto? —dijo—, qué cosita más pequeña.

Axel lo observaba atónito. El gran Reilly con sus enormes puños se agachó y cogió al gatito, era blanco con unas manchas grises. De su boca desdentada salieron unos débiles quejidos. Los ojos casi no se veían, sorprendentemente azules; la cola, un muñón delgado como un hilo.

—Me lo llevo dentro —dijo Reilly—. Tiene que comer.

Axel acercó la mano para zarandearle, a ver si se espabilaba.

—Oye —dijo—, tenemos bastantes cosas que hacer, tenemos que llamar. No puedes entretenerte con ese engendro ahora, ¿te has vuelto loco?

Reilly agitó la mano para apartarlo. Fue al trote hacia la escalera de la cabaña con el gatito entre los dedos; apenas pesaba unos gramos. Entrecerró el puño, el gatito pateó y le hizo cosquillas en la palma.

—¿Tenemos algo de leche?

—No —contestó Axel—. Y los gatos tampoco deben tomarla, tienen que beber agua, si no engordan, la leche de vaca es pesada de digerir.

—¿Gordo?

Reilly abrió la mano.

—¿Has visto lo delgado que está? No pesa nada.

Axel pasó a su lado y entró en la cabaña, Reilly fue detrás. Sujetaba al bicho como un huevo recién puesto, todo su ser largo y desgarbado estaba

concentrado en el pequeño animal. Abrió un armario. Miró entre cajas y bolsas.

—¿Leche en polvo? —dijo.

—No —respondió Axel.

—¿Leche condensada?

—Ni rastro.

Reilly parecía desanimado.

—No fuimos capaces de salvar a Jon —dijo—, pero vamos a salvar a este. Una vida por otra. Lo dice el Corán. Necesitamos una caja de zapatos y una toalla —añadió—. ¿Tenemos una caja?

—Deja ese gato —ordenó Axel—, tenemos que hablar. Debemos ponernos de acuerdo en las cosas que vamos a decir, ¿podrías intentar concentrarte cinco minutos? ¿Por qué has metido al gato? No puedes seguir así. ¿Has tomado algo?

Reilly no le hizo caso.

—Agua —dijo—. Busca un platito. Puedo hacer una papilla con miga de pan. ¿Tú no trajiste una barra de pan?

Dejó al gatito sobre la encimera, donde se quedó con patitas temblorosas. En el estante de arriba de la alacena encontró una caja de galletas vacía, estaba decorada con figuras de Disney, reconoció a Cenicienta, Blancanieves y Pinocho.

—Esta irá bien —dijo—. Esta caja está pidiendo a gritos que alguien se vaya a vivir dentro.

Axel tenía el teléfono móvil en la mano. Parecía alterado.

—La cuestión es adónde llamar —dudó—, a la policía, o a la unidad del hospital. O a la madre. ¿Tú qué crees, Reilly? ¡Eh! ¿No puedes esforzarte un poco?, ¡estoy intentado salvarte el pellejo!

—¿Salvarme el pellejo? —preguntó Reilly.

—Podías haberte callado con esa mierda tuya del islam —contestó Axel—. Dijiste que el plazo iba a vencer. Dijiste que la condena se acercaba.

—Fuiste tú quien quiso salir al lago.

Le dio la espalda a Axel Frimann. Se ocupó de que el gatito bebiera. Luego encontró un trapo de cocina colgado de un gancho y lo colocó en el fondo de la caja de galletas como un pequeño nido. Metió al gatito con

cuidado; este enseguida se enroscó. Estuvo un rato admirando al animalito, que había calmado su sed y se había tranquilizado. No sabía que tuviera tanto talento como cuidador. Resultaba muy vivificante.

—¿Qué hacemos con la gata madre? —preguntó—. ¿Y los gatitos muertos?

—¿Ahora resulta que debemos hacer algo con ellos?

Axel le mostró el teléfono.

—¿Puedes intentar seguirme?

—Los cogerá el zorro —dijo Reilly, preocupado.

—Por supuesto. De eso vive.

—Podríamos taparlos. O enterrarlos.

—El zorro tiene olfato —respondió Axel—, por si no lo sabías.

Reilly admiró al gatito en la caja de galletas. Una cosita gris y blanca sobre un trapo de cocina de cuadros. Una pequeña maravilla cubierta de pelo.

—Será mejor que hables tú —murmuró—. Tú sabes qué decir.

Axel marcó el número de la unidad donde Jon había estado ingresado cuatro semanas. Su voz estaba cargada de preocupación cuando explicó lo ocurrido.

—Nos levantamos a las nueve —dijo—. Y su habitación estaba vacía.

Mientras esperaban, fueron recorriendo los senderos.

Reilly observaba a Axel y su manera de caminar, pateando enérgico, como un actor cargando las pilas antes de entrar en escena. Y el papel que debía representar era el del amigo, sensato pero preocupado, de Jon Moreno.

—Tal vez habría podido arrastrarlo a tierra... Si tú no me hubieras retenido.

Axel protestó:

—Jon habría golpeado y pateado como un salvaje. Llevaba un chaquetón marinero y gruesas botas de cordones, y tú, un jersey de punto tan gordo como un jubón. Estábamos a una eternidad de la orilla. No habría sido posible. No hay manera de levantar a un hombre desde una barca tan pequeña, os habríais ahogado los dos. Cierra la cancela —añadió—. Por aquí pastan las ovejas. Oigo cascabeles.

Reilly cerró la verja con un enganche de alambre enrollado. Seguía a Axel con pasos pesados, el lago se hallaba a su derecha con la superficie negra e inmóvil, y Jon estaba en el fondo con los pulmones encharcados. Volvió a pensar en el gatito, y así daba vueltas su cabeza, el gato y Jon, el gato y Jon.

Philip Reilly medía casi dos metros de estatura y estaba bastante delgado. Tenía el cabello largo, de color arena, lo dejaba crecer a su aire, y llevaba una larga gabardina con grandes bolsillos.

—Si tuviera un jardín con árboles frutales te contrataría de espantapájaros —dijo Axel.

Reilly no reaccionó ante el insulto.

Si Axel opinaba que parecía un espantapájaros, no había problema, no le importaban esas cosas. Además, estaba indignado. Iba dándole patadas al suelo; arena y tierra volaban alrededor de sus pies. Jon, pensó. El chico Jon. El hombrecito Jon.

—No me hundas —prosiguió Axel—. No soy ningún delincuente, y tú tampoco. Tienes que aprender a mirar hacia delante y a hacerte valer.

Gesticulaba con fuerza.

—Dispara al exhalar —dijo—. Y mantente en movimiento. Sé un tiburón, joder.

Reilly no respondió. No había mucho que decir y casi era mejor que fuera Axel quien llevara la voz cantante.

Habían llegado hasta una vieja valla carcomida.

—Ahí hay algo colgado —dijo Axel—. Un bañador viejo. ¿Lo has visto?

—Está mohoso —contestó Reilly—. Déjalo donde está.

—Un bañador —repitió Axel.

Era amarillo con rayas negras. Lo cogió y se quedó tirando de la tela elástica.

—Es un auténtico disfraz de abeja —dijo.

Tiraba una y otra vez del bañador.

—¿Te lo imaginas, Reilly? Una abeja muy grande yendo de un lado a otro por la playa dándole a la gente un susto de muerte.

—Jon está muerto —dijo Reilly—. Compórtate. Ya no estamos en la guardería. No sé de qué demonios estás hecho.

Axel volvió a dejar el bañador sobre la valla.

—Puedes llorar —dijo—. O puedes correr esta carrera conmigo y salvar tu vida.

Axel Frimann caminaba. Resultaba un placer para la vista, fueras hombre o mujer, eso era indiscutible. Sus miembros se coordinaban con ligereza, los hombros hacían que los brazos se balancearan, las caderas controlaban las piernas, avanzaba moviéndose con elasticidad y elegancia, a la vez perezoso y eficiente. Reilly caminaba detrás, el cabello agitado al viento, los faldones de la gabardina oscilando como velas, la cabeza no sabía lo que hacían las piernas, y se desplazaba por el sendero como una brazada de leña a la que alguien hubiera puesto ruedas. Axel empezó un discurso sobre la buena voluntad. Que ese fue su punto de partida, y que el resto de la historia era una pura desgracia que escapaba a su control. Uno de los cambios de humor de la naturaleza les había afectado en un momento de debilidad. Axel habla y habla, pensó Reilly. Mi vida nunca ha tenido una meta, un sentido, pero no he hecho daño a nadie. Ahora no estoy seguro de nada.

Axel le puso la mano en el hombro.

—Repeat es la mayor agencia de publicidad de Noruega —dijo—. Gano setecientas cincuenta mil coronas al año. Llevo toda la vida esperando un trabajo como este. Y nadie me lo va a quitar.

Reilly abrió los brazos como si estuviera crucificado.

—Nunca acabaremos con esto —objetó—. Tendremos que arrastrarlo toda la vida. Y no sé si lo aguantaré.

—Podrás con ello —zanjó Axel—. No eres una nenaza como Jon.

Reilly era un hombre de paz, pero la ira hizo que se congestionara. Volvió corriendo a la cabaña, entró en la cocina al trote para ver cómo estaba el gatito. Aún respiraba.

Los coches aparcaron en el terraplén de hierba junto a la cabaña, en una fila torcida. El sol estaba más alto y se reflejaba en las ventanillas. Los bomberos se presentaron con dos buceadores y una embarcación neumática de color naranja sobre un remolque; la Cruz Roja, con perro y personal para la batida. El perro era un pastor alemán, enorme y peludo con ojos negros y sagaces. La policía hizo acto de presencia con dos hombres. Konrad Sejer era comisario y su estampa resultaba imponente. Era alto y esbelto, de espeso cabello canoso y rasgos marcados. Jacob Skarre era mucho más joven, con rizos rubios. Mujeres y hombres llenaron la pradera y Axel salió a su encuentro, era un hombre lleno de tristeza y preocupación, su voz flotaba en el aire, se intuía en ella un leve dolor, una fragilidad. Reilly observaba el despliegue; estaba impresionado, pero lo había visto antes. Axel hacía sin esfuerzo lo que exigía la situación.

—Nos levantamos a las nueve y vimos que había desaparecido —dijo—. Fue un *shock*. Se encuentra muy mal.

El comisario saludó. Su apretón de manos provocó que Axel Frimann diera un respingo.

—¿Habéis estado buscando? —preguntó Sejer.

Axel asintió.

—Hemos entrado por el sendero de las ovejas y hemos gritado su nombre. Solo hemos encontrado un bañador viejo, y no es de Jon. Pero el agua es lo que más miedo nos da.

Señaló hacia Dødvannet.

Reilly se mantuvo en silencio. Le resultaba extraño escuchar esas mentiras. Como si hubieran empujado a Jon para que se cayera de la barca y ahora fueran a ocultar su delito. Observó a Sejer y a Skarre, de la policía. Sus nombres dichos en la misma exhalación sonaban como una tijera de podar, pensó. A pesar de que estaban cara a cara con la ley y mintiendo como bellacos, solo pensaba en el gatito de la caja de galletas. Eso lo desconcertaba. Había llegado hasta lo más profundo de su corazón y ahí se había aferrado. Necesito un G, pensó.

—¿Quién de vosotros llamó al hospital? —preguntó Sejer.

—Yo —dijo Axel—. Llamé a la unidad cuatro.

—¿Estaba de permiso?

—Hasta el domingo por la tarde. Somos viejos amigos. Lo recogimos ayer por la tarde, pensamos que le vendría bien cambiar un poco de aires.

El agente más joven, el que se llamaba Skarre, dio un paso al frente.

—¿Cómo se llama su médico? ¿Lo sabéis?

Axel y Reilly se miraron.

—¿Cómo era? Wigert —dijo Axel—. Hanna Wigert.

Skarre tomó nota en un cuaderno. Parecía rápido y enérgico, o, como diría Axel, entusiasta en el cumplimiento de su deber. Levantó la vista hacia la laguna negra.

—Tal vez haya ido a dar un paseo —dijo con calma—. Está bien darse una vuelta por el bosque... Cuando las cosas se complican.

Había algo en sus ojos, algo calculador, una señal de que no se dejaba engañar, no daba por hecho lo que le contaban. Reilly se puso nervioso. Esa tijera de podar podía ponerse en marcha en cualquier momento.

—Estamos levantados desde las nueve —dijo Axel—. No se hubiera ido tan lejos solo. Es bastante asustadizo.

—¿Tiene teléfono móvil? —preguntó Skarre.

—Está dentro —dijo Axel—. Y es raro que no se lo metiera en el bolsillo, es lo que hace siempre.

Skarre se volvió hacia los buceadores que estaban apoyados en el vehículo todoterreno.

—Ok —gritó—. Empecemos.

Clavó los ojos en Reilly.

—¿Bebisteis ayer?

Reilly se encogió de hombros.

—Un poco de vino. Jon se fue el primero a dormir, pero no estaba borracho si es eso lo que crees.

—Yo no creo nada —dijo Skarre.

Luego, después de pensarlo un poco, añadió:

—¿Echáis algo en falta?

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Axel.

—Si falta algo —explicó Skarre—. Si Jon Moreno se ha llevado algo consigo.

—No hemos visto que falte nada —dijo Axel.

Skarre dio instrucciones a los agentes y los buceadores empezaron a trasladar el equipo hacia el lago. Él entró en la cabaña con Sejer. Reilly los siguió, fue a la cocina y sacó al gatito de la caja. Tenía las manos del tamaño de un plato, Axel solía decir que podría comer gachas en ellas. Ahora estaban ocupadas por el gatito enroscado.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó Sejer.

—En el bosque —dijo Reilly—. Los otros estaban muertos. La madre también. Me lo traje. Por aquí anda el zorro.

—Sí —dijo Sejer—. Él también tiene que comer.

—Esto no es comida —repuso Reilly muy serio.

Se acomodaron ante la chimenea. Sejer quiso saber sus nombres y su fecha de nacimiento, dónde trabajaban. Si venían con frecuencia a esta cabaña junto a Dødvannet, y por qué se llamaba la Laguna de los Muertos, como si ellos lo supieran. Si tenían un mapa de la zona, algo que Axel negó. Preguntó más que nada por Jon. Cuánto tiempo hacía que lo conocían. Si estaba deprimido, si había dado con anterioridad señales de que pensaba desaparecer. Dijeron que había estado callado toda la noche, un poco reservado, como si estuviera preocupado por cosas muy serias.

—Toma pastillas para la ansiedad —explicó Axel.

—¿De qué tiene miedo? —preguntó Sejer.

Axel se sintió desconcertado unos instantes.

—Eso de la ansiedad es complicado —dijo—, no sabemos mucho sobre qué es lo que le tortura.

—¿Tenía miedo pero nunca le preguntasteis de qué?

Axel y Reilly se miraron.

—Creo que no entiendes del todo esto de la ansiedad —empezó Axel.

—Sí —dijo Sejer—. Entiendo eso de la ansiedad. Y cuento con que unos amigos de la infancia sepan cosas los unos de los otros. Sus pastillas, ¿dónde están? ¿Se las llevó?

Reilly alzó la vista del gatito.

—Siempre las lleva en el bolsillo. No va a ninguna parte sin esas pastillas. Por cierto que creo que no ayudan, Jon tiembla como un viejo. Así.

Levantó la mano para enseñárselo.

Sejer cogió un teléfono Nokia que estaba encima de una pila de periódicos.

—¿El teléfono de Jon?

Asintieron.

La visión del teléfono puso nervioso a Reilly. Tuvo la sensación de haber pasado algo por alto. Puede que contenga la verdad, pensó, tiene una cualidad propia que no se puede imitar, un tono limpio y característico.

—Entonces ¿qué creéis vosotros? —quiso saber Sejer.

—No... —dijo Axel—, nos tememos lo peor. Que pueda haberse tirado al lago, esta noche, mientras estábamos durmiendo.

—¿Qué motivos podía tener para hacerlo?

—Es que estaba ingresado. En la unidad de psiquiatría.

—¿Eso es un motivo?

Axel sonrió con superioridad.

—Seguro que comprendes lo que quiero decir —dijo.

—¿Se le da bien la natación? —preguntó Skarre.

—No —dijo Axel—. Jon no sabe nadar.

El grupo de gente se fue moviendo hacia el lago.

Reilly siguió a Sejer y a Skarre con la mirada; caminaban como si aquel lugar fuera suyo. La cabaña, el montículo cubierto de hierba y el lago. Había en ellos algo predeterminado, una decisión que le ponía nervioso. Sejer miró la barca verde, luego observó el agua.

—¿Qué profundidad tiene? —preguntó.

—No lo sé —dijo Axel.

—¿Habéis tocado la barca?

—No.

Sejer se puso en cuclillas.

—Lo digo porque veo que alguien la ha movido —señaló—. Ha estado un poco más arriba, hay marcas en la hierba.

Eso no lo vimos, pensó Reilly, porque estaba demasiado oscuro. Tampoco lo pensamos. Nos vamos a ir al infierno.

Sejer iba de un lado a otro por la orilla, Skarre a su lado. Hablaban entre ellos en voz baja.

—Este es el único punto en el que se puede vadear —comentó Sejer—. Si Jon se ha metido en el lago, habrá partido de aquí. Ese montículo del otro lado parece inaccesible, ¿o no?

—¿Cómo se sube a esa montaña? —preguntó Skarre.

—Desde la parte de atrás —explicó Reilly—. Está lejos. Y es bastante escarpado.

Cerró la boca. Mejor quedarse callado, que la policía sacara sus conclusiones en paz y, cuando la mierda saliera a la luz, que pensaran lo que quisieran. Sejer dialogó con los buzos, acordaron una zona aproximada en la que podría encontrarse Jon.

—Si es que está en el agua. Hay otras posibilidades —dijo Sejer.

Pusieron la barca neumática en el agua y los buceadores fueron vadeando. La gente de la Cruz Roja iba a buscar en el bosque de los alrededores del lago; el pastor alemán Abel tiraba de la correa deseando ponerse en marcha. Los buceadores se habían alejado un poco y uno de ellos desapareció bajo la superficie con una potente linterna. Cuando la búsqueda ya estaba encauzada y los miembros de la batida se habían adentrado por la vereda de las ovejas, Sejer pidió ver la habitación en la que había dormido Jon. Volvieron a la cabaña. Axel abrió la puerta de la alcoba más pequeña. La habitación estaba casi desnuda, con cortinas de cuadros rojos, una mesilla y una lámpara de parafina. En la pared, una foto de los reyes. Axel señaló el saco de dormir, era verde con un forro naranja por dentro, y estaba arrugado encima del colchón de gomaespuma. Junto a la pared había una bolsa de viaje de nailon.

—¿Es la bolsa de Jon?

Asintieron.

—¿Qué hora era cuando se fue a dormir?

—Más o menos medianoche, ¿qué dices tú, Reilly?

—Medianoche —murmuró Reilly.

—¿Habéis dicho que anoche estaba callado? ¿Que estuvo más silencioso de lo habitual? —preguntó Sejer.

—Estaba muy deprimido —explicó Axel—, y lleva así mucho tiempo, por eso lo ingresaron en Ladegården. Jon es un tipo angustiado, no aguanta mucho. No deberíamos haber dejado que durmiera solo —añadió—. No entiendo en qué estábamos pensando.

Un gesto de dolor recorrió su rostro. Está claro que controla cada músculo de su cara, pensó Reilly.

—¿Sabéis por qué enfermó? —preguntó Skarre.

Negaron con la cabeza.

—La gente se pone mala —dijo Axel—. Ocurre sin más.

—¿Sucedió de pronto?

—Fue empeorando con el tiempo.

—¿Cuándo empezó?

Reilly se sentía abatido. Iban a preguntar de todo. Hablarían con su madre y con sus amigos, con el personal del hospital y con sus compañeros en la tienda de electrónica Siba, donde había trabajado el último año, y todos aportarían pequeños fragmentos de información. La policía solo tenía que encajarlos.

Necesito un G, pensó.

—Empezó este invierno —dijo Axel.

Se aferraba a la verdad hasta donde era posible. Otros recordarían que fue entonces, había que ir por delante.

—Tenía dificultad para dormir, sería por Navidades. Empezó a bajar de peso. Le dieron la baja laboral. En primavera empeoró, al final era incapaz de hacer nada, y se pasó todo el verano en la cama. Fuimos a visitarlo algunas veces, estaba pegado a la pared, no quería hablar. Lo ingresaron hace cuatro semanas. Hemos pasado mucho miedo —dijo Axel—, y no sabemos qué ha ocurrido, pero nos tememos lo peor.

—No os angustiéis por adelantado —dijo Sejer.

—La mayoría de la gente aparece —añadió Skarre.

Cuatro horas después encontraron el cuerpo de Jon Moreno.

Llevaron la barca neumática a tierra, el personal de la batida en el bosque recibió instrucciones de regresar. El pastor alemán llegó por el montículo de

hierba, alerta, con las orejas levantadas. Axel y Reilly se acercaron al lago para ver. Axel muy serio, como debe estar un hombre apenado, Reilly con la mirada baja y las manos temblorosas.

Jon estaba sobre una camilla. Nunca había parecido tan pequeño, tan indefenso. Reilly se dio la vuelta y avanzó unos pasos hacia el bosque. El pequeño Jon. Tan lleno de culpa y vergüenza. Luego se sintió amargado, porque él iba a tener que pasar el resto de su vida con todo este dolor. Y, en el peor de los casos, pensó, Ingerid Moreno les iba a pedir que llevaran el ataúd. De ahora en adelante tendrían que mentir, iban a tener que mentir toda su vida, sopesar cada palabra, controlar cada gesto y todas las miradas.

Se detuvo y miró hacia atrás. No era fácil reconocer a Jon en ese cuerpo que estaba en la camilla, solo era un despojo menudo que le resultaba ajeno. Todo lo que la muerte nos arrebató, pensó, el calor, los colores y el brillo, solo queda una piel aguada y gris sobre huesos puntiagudos. Axel se acercó a la camilla. Se dejó caer de rodillas y murmuró unas palabras que el viento arrastró en dirección a Reilly.

—Perdona, Jon, que no tuviéramos más cuidado.

Tuvieron que acompañarlos a la comisaría.

Axel había cerrado todas las ventanas de la cabaña, Reilly había ordenado las habitaciones. Todo el camino hasta la ciudad fue con la lata de galletas en el regazo; estaba preocupado por lo que iban a tener que afrontar. Axel le explicó que era una formalidad. Todo habría pasado en un par de minutos.

—¿Qué más podemos decir que no hayamos dicho ya? —preguntó—. Que Jon se fue a dormir a medianoche y no lo volvimos a ver nunca más. Solo hemos simplificado los hechos, no hay nada por lo que puedan señalarnos. ¿Por qué iban a cogernos?

Reilly acariciaba el lomo del gatito. No hablaron gran cosa mientras se dirigían a la ciudad, porque, en realidad, no había palabras para describir lo ocurrido.

Tres horas más tarde aparcaron ante la comisaría. Tuvieron que esperar sentados en un banco de la recepción. Reilly volvió a expresar su preocupación por todo lo que podía salir mal.

—Irá bien —dijo Axel—. Es una historia sencilla, no es posible equivocarse.

Reilly se fijó en dos personas que se aproximaban. Una de ellas le resultaba familiar. Arañó el brazo de Axel.

—Es Ingerid —susurró.

Era algo que sabía que tendría que pasar, pero ocurrió antes de lo que había pensado y no había tenido tiempo para preparar lo que iba a decir. Ingerid Moreno venía junto a una agente, y entonces los vio. Se derrumbó y empezó a llorar. Axel salió disparado del banco.

—No sabíamos que estaba pasándolo tan mal —dijo—. Si lo hubiéramos sabido habríamos tenido más cuidado. Y si el hospital hubiera sabido lo que tenía pensado hacer, no le habrían dado permiso para salir. Ingerid. Escúchame. Nadie podía prever esto.

Ingerid Moreno asintió y se secó las lágrimas. Reilly estaba sentado en el banco sin decir nada. No parecía que Ingerid lo viera, estaba atrapada en la luz de la que siempre se rodeaba Axel. Si este era capaz de actuar de manera tan convincente, con tanta autenticidad, ¿cuántas veces lo habría engañado a él? ¿Sobre qué estaba construida su amistad? ¿Era todo una gran mentira, un espectáculo impresionante?

—Tenéis que venir un día —rogó Ingerid—. Tenemos que hablar. Por favor.

—Iremos —dijo Axel—. Hay muchas cosas que queremos contarte. Todas las cosas que hemos compartido con Jon. Que no conoces.

—Di que era un buen chico —pidió Ingerid—. Di que era bueno.

—Sí —asintió Axel Frimann—. Jon era bueno.

—Es posible que Jon Moreno se suicidara —dijo Sejer.

Axel y Reilly lo miraron desconcertados. La manera de decirlo era tan inesperada que se quedaron con la boca abierta. ¿Consideraba otras opciones? ¿Cómo se le había ocurrido la idea? ¿Era algo automático, tal vez lo primero que le pasaba por la cabeza, que no eran honrados, ya que en su trabajo no acostumbraba a tratar con gente honrada? Se dieron cuenta de que aquel hombre no daba nada por descontado, ni siquiera un suicidio evidente. Y si

concluía que era un suicidio querría saber por qué ocurrió. Si se podría haber evitado. Si Jon lo había intentado antes, si había habido algún preaviso, si la muerte alguna vez había sido tema de conversación entre ellos, y qué había expresado Jon a ese respecto. Angustia, alivio, deseo. Si tomaba algo además de lo que le habían recetado en el hospital, si había dicho alguna cosa a lo largo de la noche que les hubiera sorprendido.

—Recordad —pidió—. Revisad todo lo que pasó. Y durante el trayecto en coche hasta allí, ¿pasó algo, os detuvisteis en algún lugar?

No habían contado con esta minuciosidad. Sejer iba detallando el suceso con una calma impenetrable, y Skarre tomaba nota de todo lo que se decía.

—En casos como este —prosiguió Sejer—, hay una rutina establecida que hay que seguir. Consiste en una serie de preguntas. Volveremos a hablar con vosotros cuando esté todo aclarado, como los resultados de la autopsia y las conversaciones con otros amigos y allegados.

Skarre había pegado su silla a la pared. Destilaba una especie de entusiasmo juvenil, como si precisamente aquellas rutinas no hubieran tenido tiempo de dejar huella ni aburrirlo.

—Hablemos de la noche de ayer —dijo Sejer—. Las últimas horas. ¿Hubo un ambiente peculiar o algo en su manera de comportarse que resultara diferente?

—La noche fue tranquila —explicó Axel—. Estuvimos discutiendo temas, como hacen los amigos.

—Cuéntame.

—¿Quieres decir de qué estuvimos hablando?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—Es una parte de la serie de preguntas que debemos completar.

Axel Frimann enarcó una ceja.

—Estuvimos hablando de películas —dijo—. Vamos mucho al cine, y opinamos sobre lo que vemos.

—¿Te interesa la actuación?

—Me fascina —reconoció Axel—. Todos los papeles que debemos asumir. Si eres bueno, puedes llegar muy lejos.

—¿Tú eres bueno? —quiso saber Sejer.

Axel sonrió condescendiente.

—No lo hago mal —dijo.

El bolígrafo de Skarre corría por el cuaderno. De vez en cuando levantaba la vista, atento.

—¿Qué hay de Jon? —preguntó Sejer—. ¿Cumplía con su papel? ¿Sabía interpretar?

Axel dudó.

—Jon estaba bastante indefenso —dijo—. Qué puedo decir. Vivía entregado a la realidad. Sin protección. Así que la respuesta debe de ser no.

—¿Qué puedes decir sobre la realidad de Jon? —preguntó Sejer.

Axel miró de reojo a Reilly buscando apoyo, pero este había bajado la cabeza de manera que el cabello le ocultaba el rostro como una cortina.

—Tendrás que preguntar en el hospital —opinó Axel—. Pregúntale a su médico. Supongo que ella habrá averiguado bastantes cosas en las semanas que lo ha tratado.

—Hablaré con la doctora —dijo Sejer—. Pero también debo preguntárselo a sus mejores amigos. Teníais confianza, ¿verdad? ¿De qué más hablabais?

—Del hospital, de Ladegården. Jon contaba historias de la unidad. Resultaba curioso.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Cuatro semanas.

—¿Lo visitasteis?

—Sí.

—¿Se sentía a gusto allí?

—No tenía elección —dijo Axel.

Estuvieron una hora hablando de Jon. Cuando todo acabó, Axel les tendió la mano.

—No dudéis en poneros en contacto si hay algo más —dijo.

—Vaya —señaló Jacob Skarre—. Frimann, Reilly y Moreno están en nuestros sistemas. Y llevan allí desde diciembre del año pasado.

Sejer se inclinó y leyó en la pantalla.

—Han declarado en relación con un caso de desaparición —comentó Skarre—, pero fue una toma de declaración rutinaria. Una coincidencia curiosa. ¿O no se trata de una coincidencia?

—Conseguiré los informes —dijo Sejer—. Pero no hay sospecha de que hayan cometido ningún delito. Así que tendremos que partir de esa premisa. De momento —añadió—. Y si hubiera una relación, se verá. ¿No es cierto?

—Se verá —asintió Jacob Skarre.

Tres días más tarde fueron a ver a Axel Frimann a su apartamento. Axel estaba convencido de haber causado una buena impresión a los dos hombres. Estaba seguro de que le habían creído. Su credibilidad se debía a varios factores; su buen aspecto y sus anchos hombros eran solo una parte. Hablaba bien, tenía sentido del humor y control y sentía que dominaba la situación. La pequeña maniobra de obviar algunos detalles del suicidio de Jon era algo que había hecho para evitarle a Ingerid Moreno pensamientos gravosos. Les indicó a Sejer y a Skarre que tomaran asiento en el sofá mientras él daba vueltas, porque moverse le daba la sensación de mantener el control. Axel Frimann nunca cedía el control.

—En relación con la muerte de Jon —empezó Sejer—, hay algunos detalles que nos desconciertan, por eso hemos venido.

Axel les miró, con ojos abiertos e interrogantes, y con pequeños detalles de su expresión, muy bien estudiados, consiguió que su rostro transmitiera una paciencia suave y condescendiente. Se aproximó a la ventana, como si quisiera absorber la luz del exterior y así aparecer con un brillo inocente.

—Nos gustaría comentar esas cosas contigo —dijo Sejer.

Axel se fijó en que Skarre ya estaba tomando notas.

—En algún momento de la noche, Jon se levantó y salió —prosiguió Sejer—. Salió de puntillas de la cabaña mientras Reilly y tú estabais durmiendo.

Axel había adoptado una pose de su gusto junto a la pared.

—Si suponemos que salió con la intención de ahogarse en el lago — continuó Sejer—, hay algunas cosas que resultan difíciles de comprender.

El salón de Axel quedó en silencio. Pocas veces se quedaba sin palabras, y comprendió que precisamente ese silencio resultaba revelador.

—Jon iba bien abrigado —dijo Sejer—. Si no fuera porque sabemos que no es el caso, pensaría que iba vestido para dar un paseo por el bosque.

Axel sonrió con pena.

—No es tan raro —opinó— que se haya puesto el chaquetón. De manera automática. Porque iba a salir.

—Se había abrochado todos los botones —prosiguió Sejer—. Se ató las botas con doble lazada.

Skarre levantó la vista del cuaderno un momento; ya estaba lleno de anotaciones.

—Jon era muy concienzudo —contó Axel—. En cualquier circunstancia. Le hemos tomado mucho el pelo por eso de los cordones. Siempre doble nudo. Cuando éramos niños, en invierno, teníamos que echarles agua caliente a esos nudos para poder desatarlos.

Les dio la espalda unos instantes. Desde la ventana tenía vistas al río, no es que hubiera ninguna ayuda que obtener allí, pero tuvo tiempo de tomar aire. Era una maldición que se fijaran en detalles como ese, como si fuera él quien hubiera llevado a Jon al fondo, y ahora tuviera que explicarles cómo se comportaban los suicidas en sus últimos momentos.

—No lo sé —añadió—. No entiendo de esas cosas. Tal vez se despertó y, en un primer momento, solo tuvo intención de dar un paseo, y por eso se vistió bien. Y luego algo le sobrevino por el camino, algo que lo machacó. Alguna forma de desánimo, o tristeza, que no pudo soportar. Tenía ansiedad.

—Sí —confirmó Sejer—, supongo que es una posibilidad. Que algo le invadiera por el camino, y que todo sucediera muy deprisa. Primero se viste con precisión militar, luego se tira por una ladera.

Axel no estaba seguro de qué pensaba Sejer. La cara de rasgos marcados no dejaba traslucir mucho, salvo escepticismo.

Skarre levantó la mirada del cuaderno.

—También hay otro detalle que nos desconcierta —dijo—. Me refiero al hecho de que Jon no supiera nadar. Pero lo encontramos muy adentro. Casi a

cien metros de la orilla. ¿Cómo puede haber llegado tan lejos?

Axel se quedó un poco atascado.

—Supongo que el agua lo habrá arrastrado. No lo sé.

—En ese lago no hay ninguna corriente —observó Skarre.

—Pero no es mi trabajo explicarlo —replicó Axel—, y lo sabéis muy bien. Trabajo en una agencia de publicidad. No sé de estas cosas.

—Correcto —dijo Sejer—. Es cometido nuestro. ¿Verdad, Skarre?

—Es nuestro cometido —asintió Skarre.

Sejer sacó algo del bolsillo interior de la chaqueta y Axel reconoció el teléfono móvil de Jon. Axel sabía que Jon tenía una foto de un perrito blanco como fondo de pantalla.

—Hemos conseguido acceso a este teléfono, claro —explicó Sejer.

Empezó a teclear.

—Buzón de salida —dijo—, viernes 13 de septiembre, mensaje enviado a Molly Gram, poco antes de las diez de la noche. Molly era amiga de Jon en Ladegården —añadió—. ¿Sabías que tenía una amiga?

Axel sintió que su calma se esfumaba.

«Hola, Molly. Intento aguantar aquí en la cabaña. La angustia casi es peor cuando no estoy en el hospital. Espero aguantar. Tengo ganas de verte el domingo. Saludos, Jon».

Sejer volvió a meterse el teléfono en el bolsillo.

—Este no es el mensaje de un hombre que quiera morir —constató.

—Puede que Jon no quisiera morir cuando mandó ese mensaje —dijo Axel—. Ha tenido que ocurrirle algo a lo largo de la noche.

—¿Se sentía amenazado?

—¿Quieres decir por nosotros? —preguntó Axel—. Somos sus mejores amigos.

—Tenía ganas de que llegara el domingo —insistió Skarre—. Pero nunca regresó a Ladegården. No lo superó. ¿Qué crees tú que lo trastornó hasta ese punto?

—Jon era muy impulsivo —explicó Axel—. Cambiaba de humor a cada hora, subía rápido y bajaba rápido, como una montaña rusa. El chico estaba hecho polvo, no encontraréis ninguna clase de lógica en lo ocurrido.

Sejer y Skarre intercambiaron una mirada. Se levantaron a la vez del sofá y se prepararon para marcharse.

—Ya lo aclararemos —dijo Sejer—. Te informaremos. Y si hay alguna explicación lógica, también te la daremos.

Reilly estaba en la puerta con el gatito en las manos.

Su piel pálida estaba llena de pequeños arañazos rojos.

—Vamos —dijo Axel—. Tenemos que ir a visitar a Ingerid.

—¿No nos queda más remedio?

—No nos queda más remedio. No sirve de nada aplazarlo, ella espera que vayamos. Seguro que tiene muchas preguntas que hacernos, así que tendremos que inventar algo que suene creíble. Sobre la última noche. Lo que Jon dijo e hizo, cómo estaba, todos los detalles que quiera oír. ¿Cómo lo llevas? —añadió—. ¿Has aguantado sin meterte nada?

Reilly refunfuñó por toda respuesta. Entró en su estudio; era un pequeño refugio en la cuarta planta, con cocina americana y una habitación. La ropa de cama estaba enredada sobre el colchón.

—Antes tengo que dar de comer al gatito —dijo.

Axel entró tras él y cerró de un portazo.

—Tienes que dejar de dar la lata con ese gato —le advirtió—, estás alteradísimo. Vámonos ya. Las cosas están un poco calientes —añadió—, la policía está poniendo un tesón como no he visto en mi vida, joder. Cualquiera diría que fuimos nosotros los que hundimos a Jon en el lago.

—Puede ser —dijo Reilly.

Se acercó a la encimera de la cocina, echó agua fresca en el cuenco y abrió una lata de comida para gatos. La comida, que consistía en pequeñas albóndigas en salsa, fue cuidadosamente aplastada con un tenedor hasta formar una masa uniforme de un marrón grisáceo. Realizaba estas sencillas tareas con gran cuidado y no permitió que Axel lo interrumpiera.

—Y no te hagas pis en la alfombra —le dijo al gatito—, ve a tu cajón.

—Déjalo ya —insistió Axel—. Tenemos que irnos.

Reilly se apoyó en la encimera. El cabello largo estaba sucio y colgaba en delgados mechones sobre sus hombros.

—No sé qué decir —confesó—. Puedes ir tú solo, tienes la boca lo bastante grande para hablar por los dos.

Axel resopló molesto.

—No puedo asumir toda la responsabilidad —contestó—. Esto me tiene agotado. Espabílate.

Reilly se puso la gabardina larga. Echó una última mirada de preocupación al gatito y fue tras Axel, como siempre; año tras año, había seguido a Axel. La vieja escalera crujió mientras iban descendiendo hacia la planta baja. Poco después cruzaban la ciudad en el Mercedes de Axel; el coche estaba limpio, pulido, como siempre, verde escarabajo, con unos espectaculares asientos de piel blanca. Reilly observó el mundo a través de las ventanillas y la gente que iban dejando atrás. No somos como todo el mundo, pensó, nos falta decencia. Nos falta un sentido normal de la justicia.

Pasó un rato meditando sobre estas cosas.

—¿Qué crees que nos pasa? —preguntó Reilly.

—¿Qué quieres decir? —dijo Axel.

—Quiero decir que hicimos lo que hicimos. Ta vez eso signifique que no somos como deberíamos ser.

—¿Con qué me sales ahora?

—No, ya sabes. Eso que llaman facultades mentales —explicó Reilly—. Empatía. Comprensión. Conciencia. Arrepentimiento. La capacidad de comprender las consecuencias de nuestros actos. Hay gente que tiene las facultades mentales disminuidas.

Axel Frimann frenó de golpe haciendo chirriar los neumáticos. Se echó a un lado y se detuvo.

—¿Estás diciendo que no estoy cuerdo? —espetó—. ¿Que no tengo sentimientos como el resto de la gente? ¿Estás ahí sentado diciendo que no siento pena? ¿Que tengo tocadas mis capacidades mentales porque Jon se tirara al agua?

Reilly se apartó un poco.

—De verdad que no lo sé —dijo.

—No pasa nada con mi capacidad mental —replicó Axel—. Joder, ¡menuda afirmación! Ya puedes dejar de leer tanto, te vuelve loco.

—Pero la mayoría de la gente no habría actuado como lo hicimos nosotros —se quejó Reilly.

Axel miró por el retrovisor y volvió a salir a la calle.

—La mayoría de la gente no se ve en una situación como la nuestra —dijo—. No quiero que hables así.

—Pero es que me remuerde la conciencia.

—No entiendo tanta insistencia sobre la conciencia —se exasperó Axel—. La buena conciencia no es algo que puedas llevarte a la tumba.

Reilly tenía ganas de decir algo sobre la conciencia. La dejamos atrás al morir, como una luz, como una sombra. Y los que llegan detrás de nosotros crecen bajo esa luz. O bajo esa sombra. Los pecados de los padres, pensó. Pero Axel no entendería estas cosas. Axel preguntaría si es que estaba pensando en casarse, o si tenía intención de tener hijos, puesto que daba la lata sobre las futuras generaciones. «Nadie querrá a un viejo *hippie* desarrapado como tú», diría. Y puede que tuviera razón.

—Nuestra sociedad está basada en varias cosas importantes —dijo Reilly en voz alta.

Levantó tres dedos al aire.

—Ley, verdad y justicia. Pero nosotros hemos elaborado nuestras propias reglas.

—No hay unas leyes que valgan en todas partes —opinó Axel—. Lo entiendes, ¿verdad? Esas cosas dependen de la cultura. Y de la historia. Y de la religión. Y, no digamos, de las circunstancias. Por cierto, ¿por qué lees el Corán?

—Es Nader, del trabajo —explicó Reilly—. Nader siempre está hablando del Corán. El mensaje de paz más hermoso del mundo.

—Si sientes tanta culpa —dijo Axel—, tira ese Corán y hazte católico.

Ingerid salió al instante a la escalera y les dio la bienvenida. Ya no se parecía a la Ingerid que ellos conocían. La desesperación estaba presente en su cuerpo como un dolor en cada articulación, y se movía como una anciana. Le dio un prudente beso en la mejilla a Axel pero estuvo mucho más reservada con Reilly, que permanecía sobre el primer escalón, delgado y encorvado, en

su larga gabardina. Axel fue, como siempre, intensamente compasivo. ¿Por qué este hombre no está en un escenario?, se preguntó Reilly, es realmente brillante. Pero puede que fuera la vida misma la que hiciera de escenario, y todos los que se encontraban allí hacían el papel de público devoto. Ingerid les pidió que pasaran. Reilly miró los grandes y pesados pechos que se movían bajo la blusa. Junto a esos pechos ha estado Jon, debe de haber sido un buen lugar para recostarse. Jon no se parecía a su madre, pensó entonces, Jon era delgado y menudo, Ingerid estaba metida en carnes y era ancha de hombros. Pero el italiano Moreno, el padre de Jon, también había sido menudo, como él. Un tipo bajito y delgado que los abandonó cuando Jon era pequeño.

—Sé que lo estaba pasando mal —dijo Ingerid—, le pasa con frecuencia a la gente joven. Pero ahora recibía ayuda.

Los miró por encima de la mesa.

—¿Qué pensáis? —preguntó—. Decidme qué opináis, vosotros estuvisteis con él la última noche.

Reilly no fue capaz de decir una sola palabra. Pero Axel habló sin esfuerzo, como solía.

—Creo que estaba un poco melancólico —explicó—. Un poco triste. No llamaba mucho la atención, ya sabes cómo era. Tampoco bebió mucho, Jon era muy moderado con esas cosas. No hizo nada malo, tienes que estar segura de eso, Ingerid.

Abrió los brazos desolado.

—La ansiedad es imposible de controlar —dijo—, un enemigo que ni ves ni oyes.

Ingerid Moreno se retorció las manos en el regazo.

—Pero ¿cuándo empezó? —preguntó ella—. ¿Notasteis cuándo llegó la angustia? ¿Hablasteis de ella? ¿No fue este invierno?

Axel y Reilly intercambiaron una mirada.

—¿Pasó algo en especial? He intentado volver la vista atrás —prosiguió ella—, pero no encuentro nada. ¿Puede haberle pasado algo con una chica? Esas historias de chicas pueden hacer sufrir muchísimo, lo sé todo al respecto, porque estuve casada con un italiano.

Axel sonrió con simpatía.

—Jon no iba detrás de las chicas —dijo—. Jon era muy tímido, ya lo sabes. Bastaba con que una chica mirara en su dirección para que se le pusieran las orejas coloradas.

—Sí —asintió Ingerid, dolorida—. Se le ponían las orejas rojas muchas veces.

Les miró desesperada.

—Cuando me contaron en el hospital que iba a salir de excursión sentí un fuerte escepticismo. Pero luego supe que era con vosotros dos, y entonces me alegré. Porque sabía que estaría en buenas manos.

Reilly tenía un nudo en la garganta. Las buenas manos que no habían sido capaces de salvar a Jon. Sus ojos fueron hacia la ventana, su mirada se quedó prendida de la copa de un árbol, donde un cuervo hacía mecerse una rama, despacio, como un niño en un columpio.

—Tímido o no —dijo Ingerid—, hizo una amiga en los últimos tiempos en Ladegården. Se llama Molly, y está en la misma unidad. Jon no tiene facilidad para establecer lazos con otras personas, por eso me alegré. Los amigos son importantes, y una novia también es importante. Y esa era mi esperanza —añadió—, que él y Molly tal vez pudieran hacerse novios. Que por fin tuviera a alguien a quien confiarle sus secretos.

Su labio inferior empezó a temblar.

—Sé que cargaba con algo —hipó—, porque las madres notamos esas cosas. Pero, cuando se lo preguntaba, se apartaba. Que no se atreviera a contar algo tenía que significar que era serio. Eso fue lo que pensé. Algo grave de verdad.

Aquí tanto Axel como Reilly optaron por asentir moviendo la cabeza arriba y abajo con gesto compresivo.

—El entierro es el próximo viernes —dijo Ingerid—. A la una. El sacerdote vendrá mañana, y espero que sea un hombre con tacto y que encuentre algo que decir, algo con sentido. ¿Podéis ayudar a elegir la música? —rogó—. ¿Qué le gustaba escuchar a Jon? Contádmelo.

—Madrugada —respondió Axel.

—Definitivamente Madrugada —asintió Reilly—. Yo no me conformaría con menos.

—Vale. ¿Es una banda?

—Sí. A Jon le gustaba Madrugada más que ningún otro. Podemos ocuparnos de eso. Encontraremos algo adecuado.

—No podemos poner rock en la iglesia —objetó ella.

—Daremos con algo tranquilo —dijo Axel—. Confía en nosotros.

—«Highway of Light» —propuso Reilly.

—Desde luego, «Highway of Light» es perfecta. —Axel estuvo de acuerdo—. Levantará el techo de la iglesia. Es poderosa y sinfónica. A Jon siempre se le ponía la piel de gallina cuando escuchaba esa canción.

—Gracias —dijo ella—. Sois muy buenos.

Se inclinó sobre la mesa, como si quisiera arrastrarse por encima para acercarse a ellos.

—Ojalá hubiera dejado una carta —agregó—, un último adiós. He hablado con Hanna Wigert. Dice que tal vez sufrió una psicosis aguda, pero nunca lo sabremos.

Retorcó las manos sobre la mesa. Reilly temió que se rompiera los nudillos.

—Y tengo que hablar con Molly. Si es que quiere verme. Y hay que ir a recoger todas sus cosas, eso no me apetece nada, entrar en la habitación en la que dormía y sacar su cepillo de dientes del vaso. Su ropa, todo.

—Deja que lo hagamos nosotros —dijo Axel—. Así no tendrás que hacerlo tú.

Ella volvió a sonreír agradecida.

—Gracias —susurró—, sois tan amables. Gracias por todo lo que habéis sido para Jon, significabais tanto para él... Siempre os recordaré a los dos.

Les cogió las manos sobre la mesa.

—Y hay algo que no tengo más remedio que deciros —añadió ella.

Los miró con insistencia.

—Esto que ha ocurrido debe de ser difícil para vosotros, y puede que os sintáis responsables, pero no lo sois. Yo no os reprocho nada. Prometedme que dejaréis esto atrás y seguiréis adelante.

El hospital psiquiátrico Ladegården era un edificio amarillo de tres plantas, rodeado de un bello parque de esculturas y fuentes. En el parque había una

red de senderos flanqueados por flores y arbustos. Axel dejó el Mercedes en el aparcamiento de las visitas y se quedó un rato contemplando la fachada amarilla. Tras una de las ventanas en forma de arco había dormido Jon.

—Su habitación estaba en el primer piso —recordó Axel.

Reilly empezó a contar.

—Ahí arriba —dijo—. La cuarta ventana desde la izquierda.

Axel se metió un Marlboro en la boca y Reilly bajó la ventanilla del coche. No tenía ganas de entrar, no tenía ganas de ver la habitación, ni las cosas de Jon. Pero le habían prometido a Ingerid Moreno que se ocuparían de ello. Axel acabó el cigarrillo. Entraron en la recepción y dijeron a qué habían venido.

—Tenemos que hablar con Hanna Wigert —dijo Axel—. Venimos a recoger las cosas de Jon Moreno.

Reilly había imaginado a Hanna Wigert como una mujer grande y robusta; había algo en ese nombre que traía connotaciones de un pecho generoso y anchos hombros. Pero Hanna Wigert era pequeña y menuda, con una impresionante cabellera pelirroja y rizada. Reilly notó que los estudiaba, parecía que sacaba algunas rápidas conclusiones.

—Bien —dijo, seria—. ¿Venís a por las cosas de Jon?

Axel sonrió. Llevaba puesta la sonrisa melancólica.

—Os esperaba —comentó—. Ingerid Moreno me llamó.

Les contempló durante varios segundos que se hicieron eternos, con una agudeza que provocó en Reilly una silenciosa plegaria. Nunca se había sentido tan observado. Necesito un G, pensó.

Ella se dio la vuelta y caminó sobre unos finos zapatos blancos sujetos con tiras que no hacían ruido sobre el suelo de linóleo. La siguieron por una escalera ancha, cada escalón estaba rematado por una tira de latón y olía como si acabaran de limpiar. Limón, o manzana, supuso Reilly. Luego bajaron por un largo pasillo y llegaron ante una puerta. Ella la abrió y miraron hacia el interior. La habitación recordaba a una celda, habían quitado la ropa de cama y alguien había sacado la ropa de Jon del armario, estaba sobre el colchón. Allí se distinguían una pernera de un pantalón, la manga de un jersey y un calcetín. El montón de ropa hizo que Reilly pensara que Jon se había roto como un muñeco, que ya no había manera de recomponerlo. El

colchón le daba asco. Era de rayas blancas y azules, con una funda mate que parecía de plástico, y a través de ella distinguió unas manchas.

—No es mucho —dijo Hanna Wigert—, solo algo de ropa. Y su equipo de música y unos CD. Os traeré un par de cajas.

Reilly estaba intranquilo, dio vueltas, se acercó a la ventana y miró hacia el parque, a los senderos y las fuentes.

—Me siento como un intruso —observó—. Esta es la habitación de Jon, no está nada bien que estemos aquí.

—Hagámoslo cuanto antes —propuso Axel.

Reilly se acercó a la cama y se llevó un jersey a la cara, era de punto azul con un dibujo más oscuro en el pecho. De repente se sintió rodeado por Jon. Inspiró el olor y se le formó un nudo en la garganta tan deprisa que fue como si le hubieran metido un palo por la boca.

—La doblaremos bien —dijo Axel—, para que Ingerid vea que nos hemos esforzado. No te quedes ahí sin hacer nada, así solo empeorarás las cosas.

Reilly seguía teniendo el jersey pegado a la cara. Era como si Jon estuviera muy cerca y quisiera decirle algo. Tráeme de vuelta, decía la voz, no quiero estar aquí en la oscuridad.

—Vamos, ponte en marcha —ordenó Axel.

Hanna Wigert volvió con las cajas. Las dejó en el suelo y se llevó las manos a la cadera.

—Si tenéis alguna idea sobre lo que le ocurrió a Jon, cuento con que me lo explicaréis —dijo.

Reilly dejó el jersey. Axel agarró las cajas, en una ponía Evergood, y en la otra, Delikat.

—Fue un *shock* —explicó—. Pero estaba enfermo, claro —añadió.

—Enfermo —repitió Hanna Wigert—. Pero no con tendencias suicidas.

Axel cogió un pantalón. Hanna Wigert no le perdía de vista, había algo aciago en su aguda mirada y el salvaje cabello pelirrojo.

—Si lo que quieres decir es que tenemos alguna responsabilidad en lo ocurrido, probablemente tengas razón —afirmó Axel—. Deberíamos habernos dado cuenta de que algo pasaba, deberíamos haber tenido más cuidado. Pero no tenemos tu experiencia, somos gente corriente.

Esas palabras la hicieron callar. Salió de la habitación y cerró la puerta; la habitación de Jon quedó en silencio.

—Esa es un volcán —dijo Axel—. ¿Has oído cómo hervía? Por un momento, creí que la tapa de los sesos se estrellaría contra el techo.

—A Jon le gustaba mucho —apuntó Reilly.

—Jon era un pobre desgraciado —dijo Axel—. Le gustaban todas aquellas personas que se portaban bien con él.

Esa fue la gota que colmó el vaso de Reilly. Agarró a Axel y lo sacudió.

—Eres un idiota —dijo—, ¡y ahora cállate! ¡Jon valía mucho más que tú!

Axel respondió con un gruñido. Luego recogió las cosas de Jon en silencio, jerséis, pantalones y ropa interior. Los CD y un par de libros, algunos calcetines. Axel opinó que podían guardarlos sueltos, pero Reilly protestó.

—Jon era muy ordenado —observó.

Cuando todo estuvo colocado en las cajas, se quedaron en la habitación desnuda, mirando a su alrededor.

—Mira el espejo —señaló Reilly—, es de plástico.

—Este lugar es desolador —dijo Axel—. Que la gente pueda aguantar aquí, ¿tú lo entiendes?

—No tienen más remedio —objetó Reilly.

Llevaron las cosas a la recepción. Axel bajó el primero por la escalera, Reilly detrás, un poco preocupado por si se tropezaba con el largo de su gabardina. Llevaba la caja más pesada, con los libros y los CD. Hanna Wigert los estaba esperando, les dedicó otra mirada larga y analítica.

—Solo una cosita más —dijo Axel. Dejó la caja en el suelo—. ¿Podríamos ver a Molly?

—¿Ver a Molly? —repitió ella.

—Es que eran amigos —prosiguió Axel—. Jon hablaba mucho de ella, y seguramente irá al entierro, es el viernes. A la una. Pensé que podríamos hablar un poco de eso.

Hanna Wigert frunció el entrecejo.

—Molly ya tiene bastante con lo suyo —dijo.

—Si dice que no, lo entenderé —replicó Axel—. Pero ¿no puedes darle una oportunidad? Se trata de Jon, y seguro que querrá saber.

Hanna Wigert parecía desanimada.

—Ni siquiera sé dónde está.

—¿Podrías comprobar su habitación? ¿A ver si está allí? —rogó Axel—. Comprendemos que protejas a los pacientes, pero tendrán que poder tomar algunas decisiones por sí mismos.

El descaro de Axel hizo que a Hanna Wigert le diera vueltas la cabeza. Les indicó una pequeña sala de espera y fue a buscar a Molly Gram; marchó tan indignada que sus zapatos, generalmente tan silenciosos, resonaron contra el suelo. Axel y Reilly se quedaron mirando por los grandes ventanales. El sonido de una máquina cortacésped atravesó el silencio.

—¿Qué quieres de ella? —susurró Reilly.

—Solo voy a hacer una pequeña comprobación —dijo Axel—. A ver si sabe algo.

Reilly sacudió la cabeza desesperado.

—Y si sabe algo, ¿qué piensas hacer?

Axel agarró una revista, la abrió y empezó a pasar páginas.

—Tenemos que saber en qué situación estamos —contestó—. Tengo que tenerlo controlado. Si sabe algo, lo veré al instante.

Reilly se metió los grandes puños en los bolsillos de la gabardina.

—Si Jon se ha confiado a Molly, no hay una mierda que podamos hacer. O ¿qué tienes en la cabeza?

Axel no respondió. Estuvieron atentos al pasillo, la gran casa estaba extrañamente silenciosa, ningún grito, ninguna risa, ningún paso. Pero oían un zumbido distante, como una maquinaria que estuviera muy lejos, o tal vez se encontrara bajo ellos, en el sótano. Entonces entró una chica. Tras ella se filtraba la luz por una de las altas ventanas. Era delgada como un junco, con el cabello rubio y fino y los ojos muy pintados. Iba vestida con una falda de tutú verde con unas mallas debajo y bailarinas en los pies. En los brazos llevaba un pequeño perro blanco.

Dios mío, pensó Reilly. Molly Gram es un ángel.

Les miró con ojos negros. El perro se soltó y saltó al suelo, fue corriendo hacia Axel para saludar. Pero este no hizo mucho caso al pequeño animal peludo y, tras varios intentos fallidos, optó por acercarse a Reilly. Allí fue mejor recibido. Reilly le acarició la cabeza, y el perro enseguida empezó a

tirar de sus pantalones de pana. Se quedó esperando, paciente. No quería espantarlo y no apartó la pierna, vio que el perro había conseguido morder un trozo desgarrado del tejido gastado de sus pantalones, del que tiraba con insistencia. Después de un rato empezó a gruñir, como si estuviera jugando con otro perro, y entonces Reilly intentó retirar la pierna. No fue posible. El perro estaba enganchado a la pernera de su pantalón, no tenía intención de dejar escapar a su presa, a pesar de que solo fuera un trozo de tela. Reilly miró a Molly, indefenso, pidiendo ayuda.

—Melis —ordenó ella—. Suelta.

La orden apenas fue audible, pero el perro lo soltó al instante, se dio la vuelta y volvió corriendo hacia ella.

Axel se acercó para saludar.

—Mi nombre es Axel —dijo—. Y ese troll de ahí es Philip Reilly. Nos alegramos de que quieras vernos. Te lo agradecemos mucho. Somos amigos de Jon.

Cogió sus dos manos con las suyas, y Reilly sabía que las manos de Axel eran cálidas y que ese calor se difundiría por todo el cuerpo de la chica, sí, incluso se podría pensar que tenía ese calor en las manos que cura enfermedades. Reilly había visto a más de una chica, a la que le temblaban las rodillas. Pero no impresionó a Molly. Esta permaneció inmóvil mirando a Axel Frimann con sus ojos negros.

—Pensamos que tal vez quieras venir al entierro —dijo Axel—. Es el viernes en la iglesia de Brodal. A la una.

Sus ojos lo midieron desde la coronilla hasta los zapatos italianos de piel.

—Solíamos dar un paseo —comentó—. Por la noche. Después de cenar.

—¿Adónde ibais? —preguntó Axel—. Cuéntanos.

—Por el parque —contestó—, al sendero peatonal. Recorre el bosque como una lazada, tiene el largo perfecto. Tardábamos una hora. Luego nos deteníamos en el camino de vuelta y bebíamos agua del estanque de peces que hay allí arriba, hay una carpa que escupe agua.

Axel sonrió con amabilidad.

—Si quieres ir al entierro, podemos venir a buscarte —dijo él.

—Voy a ir con Hanna —respondió ella.

Se quedaron en silencio.

Hizo ademán de querer marcharse.

—¡Melis! —llamó—. ¡Vamos!

—Jon estaba muy interesado por ti —dijo Axel.

Ella dio un paso al frente.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó ella.

—¿Te refieres a la cabaña?

—Sí.

—No lo sabemos —dijo Axel—. Salió por la noche, mientras nosotros estábamos durmiendo. Cuando nos levantamos, había desaparecido.

Ella negó con la cabeza.

—No —replicó—. Habíamos quedado. Jon nunca hubiera faltado a la cita.

—Todo el mundo falta a una cita tarde o temprano —contestó Axel—. Si no lo hicieran, no serían humanos. No debes juzgar a Jon a pesar de que te haya decepcionado.

Volvió a fijar en él esa mirada negrísima.

—¿Juzgar a Jon? Creo que no me estás escuchando.

Fue hacia la puerta a paso rápido, sus estrechos hombros desaparecieron y Melis fue corriendo detrás.

Los hombres salieron. Se volvieron para observar la fachada amarilla. Reilly tenía la sensación de que Molly los observaba desde una ventana.

—No es más que una niña en edad de tener rabietas —dijo Axel—. Ya sabes cómo son cuando pegan patadas al suelo.

—Está enferma —le recordó Reilly.

—No está muy enferma que digamos —repuso Axel—, es una fiera salvaje. Si vas a atrapar a una de esas, tienes que llevar guantes protectores.

En su despacho, Hanna Wigert tenía un sofá azul de respaldo alto. Era de dos plazas, y procedía del hogar de su infancia en Kragerø. Había saltado en él de niña, había escalado por el alto respaldo y visto por las ventanas los destellos del mar. A veces, por la noche, se quedaba dormida en él, y su padre la llevaba en brazos a la cama sin que se diera cuenta. Cuando sus padres faltaron, trajo el sofá y lo colocó en su despacho, le recordaba muchas cosas buenas. No todo el mundo pasaba su infancia en las circunstancias en las que ella lo había hecho, y algunos de los menos afortunados venían a este despacho. Ahora el sofá estaba repleto de muñecas de trapo y peluches. Estaban apilados en un gran montón y ocupaban casi todo el espacio. Dio la mano a Sejer y le pidió que se sentara. Él apartó muñecos y animales a un lado y ella se fijó en que los trataba con mucho cuidado, no los tiraba, sino que los colocaba con suavidad reclinándolos en los apoyabrazos del sofá.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Hanna Wigert.

Sejer apartó una oveja rizada.

—¿Qué pensaste cuando supiste del suicidio de Jon?

—Me sorprendí —respondió.

—¿Por qué?

Ella lo meditó mucho. Su cabello, pensó él, recordaba a la lana de un jersey deshecho. Como la oveja.

—Porque fue inesperado —dijo ella—. Cada persona tiene una luz que brilla. Que se ve en la mirada, o en el cuerpo, y en su manera de moverse. Ves que algo los impulsa, que hay una especie de energía. Jon Moreno conservaba su luz.

Conservaba su luz, pensó Sejer. Es una hermosa manera de expresarlo.

—Recibía ayuda —dijo ella—. Y se alegraba por ello. Había muchas cosas que llevaba guardadas muy adentro, pero había empezado a movilizarlas. Esto es también una cuestión de intuición —añadió—, y yo llevo mucho tiempo aquí. He visto a muchos desfallecer. Pero, cuando llamasteis para decirme que Jon estaba muerto, estuve a punto de caerme de la silla. Y eso es algo que los psiquiatras no debemos hacer.

Sejer levantó una de las muñecas: tenía el pelo corto, de lana amarilla, y ojos azules, iba vestida con un traje rojo con perlas blancas.

—¿Hablabas de la muerte?

—No mencionó la muerte ni una sola vez —dijo Hanna Wigert—. Pero eso no tiene por qué significar necesariamente algo, hay suicidios inesperados. A veces la tensión aumenta sin que nos demos cuenta y, luego, cae el rayo.

Sejer observó todas las muñecas y peluches que lo rodeaban.

—¿Para qué son? —preguntó.

—Bueno —dijo ella—, están aquí porque resultan acogedores. Y porque son útiles. No es fácil ponerse al descubierto, las manos sobran. Por eso les he dado a los pacientes algo con lo que entretener las manos.

Sejer observó la muñeca que tenía en el regazo.

—Eligen cosas muy diferentes —prosiguió ella—. Algunos tienen debilidad por uno en concreto que siempre van a buscar en cuanto llegan. Otros cogen uno nuevo cada día. A algunos les parece una chorrada. La que tienes en el regazo se llama Lady Di.

—¿Así que tienen nombre?

—Casi todos.

Sejer dejó con cuidado a Lady Di y cogió un cerdo de terciopelo rosa con el rabo rizado.

—Deja que lo adivine —dijo—, las chicas cogen este.

—Sí —asintió Hanna Wigert sonriendo—. Cerdo.

—¿Qué hacía Jon Moreno?

Ella se levantó de la silla, rebuscó en el montón y sacó un muñeco de trapo con el cabello corto y negro.

—Solía coger este —dijo ella—. Es un muñeco. Solo tenemos uno que sea un chico, y Jon lo encontró enseguida.

Se lo mostró. Era evidente que lo había cosido alguien con buena mano, los ojos y las cejas estaban hermosamente bordados con un hilo negro y brillante. El cabello era corto y tieso, y el muñeco vestía un mono vaquero azul.

—¿Quién los ha hecho? —preguntó Sejer.

—Los pacientes —dijo Hanna Wigert—. En el taller. Cada año recibimos nuevas aportaciones y algunos se llevan su muñeco favorito a casa. Otros quieren dejar algo aquí al marcharse, para que nos acordemos de ellos. El oso

se llamaba Barney —dijo ella—, y el que tiene una separación entre los dientes, Kurt.

—¿Qué hay del muñeco de Jon? ¿Tiene nombre?

—Se llama Kim.

—Kim. ¿Por qué?

—Me dijo que le recordaba a alguien que conoció una vez. No quiso decir nada más al respecto, y no sé si era importante, pero el muñeco se llama Kim.

Sejer apretó la barriga del muñeco, como si esperara que emitiera algún sonido.

—Hay quien reacciona negativamente —explicó Hanna Wigert—, a algunos les parece que tiene un aire a escuela infantil. Pero luego se van acostumbrando poco a poco a esa pandilla de muñecas de trapo. Es importante ser algo infantil —añadió dedicando una efímera sonrisa al comisario.

La verdad es que era bastante atractivo, pensó, y se permitió apelar un poco a su lado femenino, del que podía tener mucho cuando se lo proponía.

Sejer inspeccionó el muñeco Kim con renovado interés. Tendría unos treinta centímetros de largo, estaba cosido de una tela de un marrón dorado, y en los pies llevaba unos minúsculos calcetines.

—Hay algo que debo decir —observó Hanna Wigert—. Jon no tenía ganas de ir a la cabaña.

—¿Eso dijo?

Ella agarró un muñeco del montón, porque ahora necesitaba algo con lo que entretener los dedos.

—Casi me rogó no tener que ir. Pero yo deseaba tanto que estuviera con gente que lo convencí. Le expliqué lo importante que es mantener el contacto con el mundo exterior. Y que los que iban a venir a buscarlo eran amigos. Que se ocuparían de él de todas las maneras posibles. No percibí sus señales. Es imperdonable, y me va a doler el resto de mi vida.

Se hundió un poco en la silla. Se llevó una mano a los ojos.

—¿Dijo por qué no quería ir?

—Intenté presionarlo un poco, pero estuvo esquivo. Y ahora estoy incumpliendo mi deber de preservar la confidencialidad, pero tú representas

una autoridad que me permite hacerlo —afirmó ella—. Jon sufría mucha ansiedad. Creía que esa ansiedad iría a más si salía del hospital, que le invadiría del todo allí en el bosque. Y es evidente que así fue.

—Pero eso no cambia el hecho de que estés sorprendida por lo ocurrido —observó él—. Cuando un suicidio acontece como un rayo caído del cielo, ¿de qué se trata?

Ella tiró su muñeca otra vez al sofá.

—Podemos llamarlo un accidente psíquico —contestó—. Varias circunstancias se dan a la vez y conducen a un desenlace mortal.

—Ponme un ejemplo.

Ella volvió a quedarse pensativa.

—Estoy intentando encontrar una historia —dijo— que pueda ilustrar lo que quiero decir. Debería tener de dónde escoger, porque esto es algo que he vivido en primera persona. Sí, recuerdo una historia de Suecia, es un buen ejemplo.

Se animó y se inclinó hacia delante.

—Un hombre pasó el fin de semana en una cabaña junto a unos buenos amigos —contó—. Habían ido a cazar alces. Tras unos días estupendos volvió a casa con su mujer llevando carne fresca. El lunes por la mañana se metió en el coche para dirigirse a su puesto de trabajo, bien pagado, en una sólida empresa. Entonces el jefe entró en su despacho y le dijo que la dirección iba a racionalizar los procesos y que, desgraciadamente, debía prescindir de él. En unos segundos lo perdió todo: sus recursos económicos, la pertenencia a un grupo y su estatus. Cuando se metió en el coche para volver a casa, abrumado por la tristeza, sintió que toda su vida se derrumbaba. Se detuvo en una parada de autobús, y ahí se quedó, ahondando en su desesperación. Entonces cayó en la cuenta de que seguía llevando la escopeta de caza en el maletero. Cogió el arma, metió un cartucho y se pegó un tiro en la cabeza.

Sejer escuchó su historia.

—No se dio tiempo para buscar otras soluciones —dijo él.

—Correcto —asintió Hanna Wigert—. Dos circunstancias se dieron a la vez. Una catástrofe y el tener acceso a un arma.

—¿Qué puede haber afectado a Jon?

—No lo sé. No lo comprendo. Según su madre, se puso mal este invierno. Antes de eso funcionaba bien, pero era muy sensible. Desde ese punto de vista tenía cierta predisposición, por supuesto, pero no hay ningún antecedente hereditario del que tengamos noticia, y nunca ha reconocido una experiencia o un trauma que pudiera explicar lo ocurrido.

—¿Tenía confianza con los otros pacientes?

—Se hizo amigo de una de las chicas. Ella tampoco entiende lo sucedido. Le dedicó una mirada inquisitiva.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó ella.

—Es algo rutinario en casos como este.

—Por si no se suicidó —terminó ella—. Entonces ¿murió de otra manera?

—Sí —dijo Sejer—, supongo que así es.

—¿Qué habéis encontrado?

Sejer dudó al responder.

—No puedo hablar de esas cosas —explicó.

—Pero habéis encontrado algo, ¿verdad?

—Deja que lo diga de la siguiente manera —respondió Sejer—. Hay un par de cosas que no cuadran. Algunos detalles que no comprendemos.

Hanna Wigert se miraba el regazo. Parecía una niña cabezota.

—No sabía nadar —dijo ella.

—Nos hemos fijado en ese detalle —respondió Sejer.

—Sus dos amigos —prosiguió ella— tenían mucho poder sobre él.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Ella se echó para atrás, como si se hubiera adentrado sobre una capa de hielo quebradizo, y no le respondió. Él seguía teniendo el muñeco Kim en el regazo. Tiró del duro cabello de lana y cogió con cuidado los pequeños calcetines blancos; le recordaba esa clase de punteras de goma que se colocan en las yemas de los dedos para pasar documentos resecos. Por un impulso que no pudo justificar del todo, se le escapó un pequeño ruego.

—¿Me lo puedo llevar?

—¿Si te puedes llevar el muñeco a casa?

—Quiero tenerlo en el despacho.

—Pero ¿para qué lo quieres?

—Es una conexión con Jon —dijo—. Y es importante ser un poco infantil.

Después pudo hablar con Molly Gram.

Ella no quiso bajar, pero le dijo que podía subir a su habitación, y, cuando él entró, Molly se sentó en la cama con el perrito blanco en el regazo. Vio que era un terrier. Levantó las orejas. Él le tendió una mano que ella ignoró, pero el perro se interesó, lamió y olisqueó. Sejer colocó una silla junto a la cama.

—Puedes hacerme tus preguntas —dijo ella.

Sejer contempló a la muchacha callada con interés paternal. Tenía el cabello completamente revuelto, seco y suave como algodón. Bajo el maquillaje negro su rostro era dulce, pero quería dar otra impresión, el maquillaje casi era una declaración de guerra. Estaba enfadada, amargada y parecía hostil, y no era él quien debía juzgar si tenía motivos. Estuvo un rato pensando en cómo acercarse a ella. Joven y menuda de cuerpo, pensó, pero de mente anciana.

—Cuando conozco a alguien, me gusta jugar a un juego —empezó.

Ella puso los ojos en blanco y acarició el lomo de Melis.

—Les busco un lugar en el reino animal —dijo Sejer—. Según sus cualidades. Y por su aspecto.

Ella seguía acariciando al perro, sus dedos eran delgados como palillos y vio que escuchaba.

—Lo decido muy deprisa —continuó Sejer— y si no se me ocurre un animal al instante, entonces nunca descubro quiénes son. Algunos son indeterminados, o están poco claros, mientras que otros son evidentes, están clarísimos.

Una larga pausa. Ella se había encogido de hombros y Sejer vio que llevaba una abeja tatuada en el cuello.

—Cuando te vi a ti, me decidí al momento. Digamos que tardé cinco segundos.

Ella dejó de acariciar a Melis. Los ojos estaban tan pintados de negro que parecían una máscara, pero ahora le miraba de verdad.

—Eres un mapache —dijo Sejer.

Ella hizo una mueca curiosa. Tuvo que pensar un poco para ver qué le parecía la comparación, pero, antes de que tuviera tiempo de sentir nada, la interrumpió.

—Son rápidos, listos y descarados —prosiguió Sejer—, y roban la comida a los demás. Son bandidos, se abren paso por todas partes y son hermosos, por supuesto.

Anciana de mente o no, Molly fue capaz de sonreír. Al menos a Sejer le pareció que había visto pasar la sombra de una sonrisa por su rostro.

—¿Sigo? —preguntó—. ¿Digo algo más del mapache?

Ella se molestó en encogerse de hombros, podía significar que hiciera lo que quisiera.

—El mapache está muy valorado —dijo él—. ¿Sabes por qué?

Ella no respondió.

—Molly —preguntó él—, ¿puedes imaginarte por qué todo el mundo quiere un mapache?

—No —murmuró.

—Puede que esté siendo un poco descarado —comentó él sonriendo—, pero tú no eres cobarde. La carne sabe muy bien, la piel es la más hermosa del mundo. Y además se encuentran a gusto en cautividad —añadió. Dejó que su mirada recorriera la habitación—. Puedes enjaularlos sin que pierdan su esencia.

—Vinieron a buscar las cosas de Jon —dijo—. Sus dos colegas.

Sejer se puso muy alerta.

—¿Sí?

Ella se acercó a Melis a la cara.

—Yo también me sé ese juego, y a ese Axel lo pillé al momento.

—No es ningún conejito —dijo Sejer—. ¿Estamos de acuerdo en eso?

—Es una serpiente —respondió ella—. Va reptando por ahí.

—¿Y Reilly? —preguntó Sejer.

Ella pensó unos instantes.

—Es un lagarto —decidió—. No resultan bonitos a la vista, pero son mejores que la fama que tienen. Los más grandes pueden ser peligrosos para

las personas, y los más pequeños pueden ser buenas mascotas. Nunca se sabe con los lagartos. Tal vez se convierten en lo que tú quieras.

Volvió a dejar a Melis sobre el edredón, agarró un extremo de la tela y empezó a enrollarlo.

—Puedes hacer tus preguntas —repitió.

Sejer miró al mapache en la cama. Llevaba puesto un minivestido rojo y medias negras hasta la rodilla.

—Tú fuiste la última que habló con Jon antes de que se fuera al coche —dijo Sejer—. ¿De qué hablasteis?

Ella seguía toqueteando el edredón.

—Eso debe quedar entre Jon y yo —respondió ella.

—Pero ¿puedes decirme de qué humor estaba?

—¿Su humor? Estaba contento.

—¿Sí? —se extrañó Sejer—. ¿Estaba contento? Perdona, me he sorprendido un poco, creía que no tenía ningunas ganas de ir. Que fue porque el personal opinó que era importante. Pero tú dices que estaba contento.

—Estaba contento.

—¿Lo dijo?

—Esas cosas se ven.

—Cuéntame lo que viste —le pidió Sejer.

—Eché a correr —explicó ella—. El coche entró aquí, en la explanada del edificio, y Jon echó a correr.

Sejer esperó a que dijera algo más, pero no lo hizo.

—¿Y eso quiere decir que estaba contento?

Ella levantó la mirada.

—Aquí en Ladegården nadie corre —dijo, desanimada—. Estamos deprimidos. Nos arrastramos, ¿entiendes?

Sejer asintió con la cabeza, sonriente.

—¿Y qué fue lo que le dijiste para conseguir que le entrara tal prisa? —preguntó.

Ella apartó la mirada con timidez.

—Eso queda entre Jon y yo —repitió—. Pero digamos que hicimos unos planes.

—Quieres decir, ¿para el futuro?

Ella asintió y se acercó a Melis a la cara.

—Jon pasó la noche en compañía de dos reptiles —concluyó—, y no sé qué pasó. Pero teníamos planes.

Reilly le había conseguido una caja al gato que llenó de arena fina, y el animal enseguida comprendió que era allí donde debía hacer sus necesidades. La caja era de plástico color turquesa y recordaba a una pequeña piscina, la colocó debajo de la ventana de la cocina. Por la noche el gato dormía en la cama de Reilly, se enroscaba junto a su cuello y, cuando ronroneaba, era como un rumor contra sus cuerdas vocales. Si Reilly se movía por el piso, lo seguía fielmente. «Te crees que eres un cachorro —le decía—, pero los gatos son independientes, ¿no lo sabes?» Pero el gatito no era independiente, se le pegaba como una lapa. En cuanto Reilly se dejaba caer en una silla, para tomarse un G o para leer el Corán, se enganchara a sus pantalones de pana para subirse. Por las mañanas, cuando tenía que ir al trabajo, el animal lo miraba desconcertado, con esos ojos que seguían siendo azules. Reilly era camillero en el Hospital Central. Pensaba en el gato todo el rato, mientras empujaba camas por los pasillos. Llevaba a niños a la sala de juegos, a hombres a que los operaran, llevaba a muertos al sótano. Solía silbar bajito mientras caminaba. Y pensaba en el gatito.

Según pasaban los años, Reilly había empezado a liarse un poco, y a veces las camas acababan en el lugar equivocado. Entonces lo regañaban, y se espabilaba. No quiera Dios que lleve al sótano a alguien que todavía respire, pensó.

Ahora buscaba en el armario algo en condiciones para vestir en el entierro de Jon, pero nunca había tenido ropa presentable. Todo lo que tenía estaba gastado y desteñido y casi todo estaba sucio. La mayor parte de lo que encontró parecían trapos y acabaron en un montón en el suelo. El gato saltó dentro para jugar. Después de rebuscar largo y tendido, encontró un jersey de cuello alto y unos pantalones de tela marrón con muchos bolsillos. El pantalón estaba arrugado, y eso le preocupaba. Aunque estaba razonablemente satisfecho, enseguida llegaron otros pensamientos y lo

hundieron. El gatito le siguió con la mirada mientras se vestía. Cuando estuvo listo, buscó el Corán.

«La calamidad, ¿qué es la calamidad?, y ¿cómo sabrás qué es la calamidad? El día en que los hombres parezcan mariposas dispersas y las montañas, copos de lana cardada, entonces el autor de grandes obras gozará de una vida agradable, mientras que el autor de obras despreciables tendrá un abismo por morada. Y ¿cómo sabrás qué es? ¡Un fuego ardiente!»

Dejó el libro. Había leído mucho en el Corán, pero no creía en Dios. Solo le gustaba jugar con la idea de que existía una instancia superior. Ahora había leído que llegaría el castigo por todo lo ocurrido. Un abismo de fuego ardiente. No creía en eso tampoco, y era un alivio, pero imaginaba que, a su manera, cumplía condena al exponerse de manera constante a las tremendas amenazas del Corán.

Axel vino a buscarlo en el Mercedes.

Llevaba un traje que le quedaba a la medida y una camisa color burdeos, y midió a Reilly de arriba abajo con la mirada.

—Vamos a despedirnos de Jon —dijo—, y tú pareces un sin techo.

Reilly le miró con los ojos muy abiertos, no sabía que fuera tan mal, porque el jersey y el pantalón de color kaki eran lo mejor que tenía.

—A Jon no le hubieran importado unas arrugas —murmuró.

Bajó por las escaleras siguiendo a Axel con aire furtivo y se metió en el coche. Con el rabllo del ojo vio el traje de Axel, era de color gris carbón, solapas estrechas y chaqueta larga.

—Podrías haber hecho algo con el pelo —insistió Axel—, ni siquiera te has peinado.

Se inclinó para ver qué llevaba Reilly en los pies.

—Ni siquiera llevas cordones en los zapatos —comentó—. ¿Por qué no tienes cordones?

—Se rompieron —dijo Reilly.

Buscó torpemente el cinturón de seguridad.

—Va siendo hora de que te mires en el espejo —le espetó Axel.

—No tengo ningún espejo —replicó Reilly.

—Tendrás uno en el baño, ¿no?

—Se rompió.

—¿Cómo conseguiste cargártelo?

—No me acuerdo muy bien. Supongo que me habría pasado con el G. No puedo dar cuenta de cada minuto del día —añadió un poco molesto porque Axel comentara sus malas costumbres.

No hablaron más. Siguieron en silencio y Reilly miraba a la gente por la ventanilla del coche. Cada uno de ellos iba a algún lugar, pero, a pesar de eso, todos parecían estar perdidos. Como si no reconocieran las calles, y no se sintieran para nada familiarizados con la ciudad.

—Es extraño —dijo en voz alta— que no haya un propósito detrás de todo esto. De la vida. De nosotros.

—No empieces otra vez con eso —respondió Axel.

—Pero piensa en los cristales de nieve —prosiguió Reilly—. Y en las auroras boreales.

—Son preciosas —dijo Axel—, pero no demuestran nada.

—¿Así que opinas que la belleza es por completo casual? —le preguntó Reilly—. La gente que necesita que se lo demuestran todo es mediocre —añadió—. La gente que necesita pruebas tiene miedo. No se atreven a dejarse llevar por nada, no se atreven a ceder el control.

—Eres un soñador —sentenció Axel—. Nunca llegarás a nada.

—¿Quieres decir que nunca llegaré a tener un sueldo como el tuyo?

—Correcto —dijo Axel.

—Yo tenía razón —respondió Reilly—. Eres muy mediocre.

Miró por la ventanilla otra vez, hacia las personas perdidas.

—¿Crees que vendrá su padre?

—¿Te refieres a Tony Moreno?

—Sí.

—Ni idea. No tenían ningún contacto. Puede que tenga una nueva familia. Tal vez Jon tenga un montón de hermanos a los que nunca pudo conocer, un montón de pequeños Morenos correteando por Nápoles.

—¿Qué vas a decir en la iglesia? —preguntó Reilly.

—Solo unas cosillas —dijo Axel—. Lo que la gente quiere oír.

En el primer banco, cerca de la pared, se había sentado un hombre moreno y menudo que, a pesar de ser pequeño, llamaba la atención en su traje de lino blanco. Era Tony Moreno, que había viajado desde la lejana Nápoles. Se encogía sobre el banco de madera como si no quisiera ser visto y que la gente recordara que se había largado cuando Jon era pequeño. El párroco había cumplido con su parte. Se echó a un lado porque Axel Frimann se acercaba enfundado en el traje que tan bien le quedaba. En la mano llevaba un folio que temblaba, pero la voz sonó clara y sincera cuando dio su pequeño discurso.

—Jon —empezó—, eras un ser humano extraordinario.

Sus primeras palabras provocaron un suspiro entre los reunidos. Su voz recorrió potente la iglesia, y el traje gris le favorecía muchísimo. Se había colocado muy cerca del ataúd, que era de caoba, y una cascada de flores cubría la madera oscura. Estaba profundamente conmovido, por supuesto. Haber obviado unos detalles relevantes sobre la muerte de Jon no le privaba del derecho a llorar su muerte, opinaba, y era agradable compartir estas migajas sentimentales.

—Eras inteligente, humilde y solidario —prosiguió—. Y tenías una conciencia recta que no dejaba pasar nada. Eras mejor persona que nosotros. Sentías con los débiles, te fijabas en las injusticias del mundo y no dejabas de pensar en ellas. Toda la vida soportaste esa tormenta.

Aquí, Axel levantó la vista hacia los congregados, y vio que estaban cautivados. También podía ver lo que estaban pensando, que ese Frimann, este amigo de Jon, desde luego era un tipo estupendo, bien vestido, bien hablado y cargado de buenas intenciones. Le dedicó a Ingerid Moreno, que estaba en la primera fila, una sonrisa dolorida.

—Exigías mucho, a ti mismo y a los demás —dijo—. Eras un buen amigo. Eras sincero, paciente y en extremo sensible. La sensibilidad dificultaba que pudieras alegrarte con las cosas, pequeñas o grandes. Al final, la vida te superó. Mientras dormíamos, te arrastraron tus propios lúgubres pensamientos. No lo comprendemos, no damos la talla ni de lejos. ¿Qué fue lo que no vimos? ¿Qué fue lo que no comprendimos?

Axel se volvió hacia el ataúd y saludó inclinándose con respeto.

—Mientras nos quede un hálito de vida recordaremos las cosas buenas que compartimos —dijo—. Jon Moreno. Muchas gracias por todo.

Cargaron el féretro de Jon acompañados por las notas de «Highway of Light», de Madrugada. Axel y Reilly iban delante; tras ellos, el primo de Jon y el pequeño Tony Moreno con su traje blanco. Al final, dos colegas del trabajo en Siba. Los seis hombres tenían problemas para encontrar el ritmo, pero después de unos torpes pasos fueron capaces de llevar su carga con la cadencia y la dignidad que corresponden al último viaje.

Salieron a la intensa luz. Reilly intentaba mantener el paso, a veces miraba de soslayo a Axel, que avanzaba firme al lado izquierdo. A lo lejos oyeron que alguien cerraba la puerta de un coche. Siguieron su lento caminar. Reilly apartó la mirada de la casulla del sacerdote que flotaba ante él y reconoció a Molly Gram. Llevaba un vestido verde y con el cabello tan claro parecía un diente de león sin flor. No formaba parte de la comitiva, miraba desde un lateral con Melis en brazos; Reilly vio que el animal pateaba para liberarse. Habría esperado en el coche mientras estaban en la iglesia, pensó, y ahora, cuando todo había acabado, había ido a buscarlo. La verdad es que llevaba el pelaje muy enredado, le recordaba a una fregona. Volvió la mirada de nuevo al frente, vio la espalda del párroco y recuperó el ritmo, no faltaba mucho, pudo ver la tumba oscura, y al verla se sintió débil. De nuevo algo se movía por la periferia, y comprendió que era Melis que saltaba del brazo de Molly. El terrier salió disparado, y todo ocurrió a una velocidad incomprensible. Loco de alegría por volver a verlo y con gran decisión mordió la pernera de Reilly. El pantalón kaki estaba rematado al final de la pierna con un cordón al que el terrier se enganchó con los dientes. Reilly intentó retirar el pie, pero entonces el punto de equilibrio del ataúd se desplazó, y el ritmo alterado se transmitió al resto de los que cargaban con él. Axel tuvo problemas en el lado izquierdo, y el primo y los dos colegas de Siba tuvieron que dar unos pasos en el mismo sitio para mantener el equilibrio. Tony Moreno había caído de rodillas, apretó el asa de cobre hasta que sus manos se pusieron blancas por falta de sangre. Un rumor horrorizado recorrió la comitiva. Los tres hombres daban pasos adelante y atrás,

impotentes, mientras el perrito tiraba sin parar del pantalón kaki de Reilly. Los deudos de las últimas filas se habían detenido, algunos se tapaban la boca con la mano, otros se la habían llevado al corazón. Molly empezó a gritar, el ataúd empezó a inclinarse hacia delante, todos manoteaban intensamente intentando mantenerlo sujeto, pero la catástrofe era inevitable. El ataúd de Jon se estrelló inexorablemente contra el suelo. Una de las esquinas impactó con fuerza sobre el suelo enlosado. Las flores patinaron hacia delante y quedaron amontonadas a los pies del sacerdote, un mar de rosas y lirios y cintas blancas. Adiós y gracias. De todos nosotros.

Melis se apartó de un salto, volvió como un rayo y, de un brinco, estuvo de nuevo en los brazos de Molly. Los hombres levantaron el ataúd otra vez. Una de las esquinas estaba dañada, y lucía el color claro de la madera astillada, pero nadie gritó ni voceó. Más tarde Reilly recordaría que Tony Moreno se había santiguado.

La reunión posterior, para recordar al fallecido, tuvo lugar en la parroquia.

Tony Moreno apareció en la puerta, observó a los presentes, que hablaban sin parar, dudó y volvió a retirarse. La gente lo siguió con la mirada mientras se alejaba apresurado, un hombre menudo en un traje arrugado. Axel contaba historias divertidas, Ingerid tuvo que llorar, pero también reír, por todo, porque era un buen contador de historias, y todavía mejor inventándolas, pensó Reilly. Él había participado en la mayoría de las historias que relataba, y apenas podía reconocerlas. En la versión de Axel eran un poco más salvajes y un poco más locas. A Ingerid le venía bien reírse, sus mejillas se sonrojaban. Cuando llevaban un rato sentados hablando, se acordó de algo importante, tenía un bolso en el suelo, metió la mano para mostrarles algo. Tenía las tapas forradas en rojo.

—Mirad lo que me ha dado Hanna Wigert —dijo—. Estaba en un cajón del cuarto de Jon. Es un diario. Todo el tiempo que estuvo ingresado en Ladegården llevó un diario.

Axel la miró desconcertado. Reilly sintió que le daba un vuelco el corazón. Un diario. Vaya faena.

—Hanna me lo quería dar a mí en persona —explicó Ingerid.

Axel asintió. Se agarraba al borde de la mesa. Ingerid volvió a dejar el cuaderno en el bolso y lo cerró.

—Haré lo mismo que Jon. Lo dejaré en el cajón del escritorio. Un día en el que me sienta especialmente valiente, lo leeré. Puede que no sea lo que Jon hubiera querido, un diario es algo muy privado, pero tal vez encuentre algunas respuestas.

Axel pasó a la acción. Se puso en posición para contrarrestar la situación. Acercó su silla, se inclinó sobre la mesa y puso una mano sobre su brazo. Era dorada sobre su piel blanca, una mano morena y fuerte con las venas marcadas.

—Piénsalo dos veces antes de leerlo —dijo—. Podría ser que hubiera algo de lo que quisiera protegerte.

Ella lo miró sorprendida. Enarcó las cejas asombrada.

—¿Como qué?

—Bueno. —Axel tardó en responder—. Las confidencias que tal vez no estuvieran pensadas para nuestros oídos. Quiero decir, los tuyos.

—Pero es mi hijo —replicó ella—, y ya no me queda nada. Solo sus pensamientos, en ese diario, y tengo un gran deseo de conservarlos.

Axel le apretó el brazo con más fuerza.

—Pero las cosas con las que se acude al diario son precisamente las que uno quiere mantener en secreto —dijo.

Ingerid Moreno dudó.

—Lo entiendo, sí. Pero Jon se suicidó. Me dejó sola. ¿Quién me va a enterrar a mí? ¿Me lo quieres decir? ¿Sabes lo que significa esto? Tendré que tumbarme a morir entre desconocidos. Perdonaré a Jon, pero solo si tenía un buen motivo.

—Sí —asintió Axel—. Solo espero que no te decepcione. Que no empeore las cosas aún más.

Ingerid Moreno soltó su brazo de la mano de Axel.

—Jon nunca me decepcionaría —dijo—. De eso estoy segura.

Axel siempre ha sido el motor de nuestra pequeña maquinaria, pensó Philip Reilly. Se ha ocupado de que estuviera en marcha, del mantenimiento, nos ha

sacado de todos los atolladeros. Si empezaba a traquetear en alguna parte, enseguida aparecía para apretar el tornillo. Si necesitaban que los perdonaran por alguna gamberrada infantil, seducía a todo el mundo, ya fueran hombres o mujeres. Así se libraban de todo. Axel Frimann tenía una luz propia, un aura cálida que te desarmaba y, cuando miraba a la gente, sentían que valían más. Ahora había perdido su calma habitual. Axel solía ser un hombre de acción, no había una situación cuyo resultado no pudiera decidir o sobre la que no pudiera influir a su favor. No sentía ningún aprecio por la gente que se entregaba a su destino. Pero ahora había aflorado que Jon se había confesado entre las tapas de un diario, y ya no controlaba la situación.

—Sabes lo que quiere decir esto, ¿verdad?

—No vas a ponerle la mano encima a Ingerid —le advirtió Reilly.

Axel se detuvo en su caminar, desorientado. ¿Qué había dicho Ingerid? Que haría lo mismo que Jon, dejaría el diario en un cajón. Y, entonces, cuando tuviera el valor necesario, lo leería.

—Hay un escritorio a la izquierda, nada más pasar por la puerta —dijo—. Apuesto a que el diario está en uno de esos cajones.

Reilly le miró horrorizado. Las ideas que estaban tomando forma en la cabeza de Axel eran más de lo que podía consentir.

—Tenemos que hacernos con ese cuaderno —dijo Axel.

—Creí que aquí el demente era yo —apuntó Reilly—. Es completamente imposible y supongo que lo comprendes.

—Ese diario es una prueba.

—Eso depende de lo que Jon haya escrito —señaló Reilly—. No lo subestimes.

Axel se acercó a la ventana abierta. Se quedó mirando fijamente hacia el exterior, con las dos manos agarradas al marco, los músculos se abultaban bajo su camisa, y Reilly se imaginó un toro ante una valla cerrada.

—En realidad eres muy inocente —prosiguió—. Crees que tenemos la posibilidad de librarnos de todo, pero no nos libraremos. Y puede que sea lo mejor, siempre he sabido que ese día llegaría. Y tampoco tengo un puesto directivo en Repeat del que preocuparme.

—Es que vives en un tugurio —opinó Axel—. Y tienes un trabajo de mierda.

—Me gusta ese agujero. Me gusta empujar camas.

Axel gimió muy alto junto a la ventana. La espalda se dibujaba ancha frente a la luz del exterior.

—¿Sabes lo que sentí hoy en la iglesia? —preguntó—. Jon no hubiera salido adelante en ningún caso. Jon estaba siempre nervioso, casi le faltaba el aire. Parecía que tuviera una lesión de corazón.

Reilly estaba dándole vueltas a otra cosa.

—¿Cómo crees que es el ataúd por dentro? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Se estampó contra el suelo. Tiene que haberse caído hacia delante. Tal vez esté espachurrado contra una esquina.

—No hay sitio para irse hacia delante en un ataúd —dijo Axel—, los hacen a medida. Y si se ha empotrado la cabeza en una esquina, nadie lo va a ver.

Reilly no respondió. Pero la idea de que Jon no estaba en la postura adecuada lo persiguió durante mucho tiempo.

Las paredes rojas de la casa de los Moreno estaban iluminadas por las últimas flores de ese verano de la planta del dinero. Sobre el timbre había una placa de porcelana con forma de pez. AQUÍ VIVEN INGERID Y JON. Sejer y Skarre esperaron. Ingerid tardó en abrir y cuando por fin apareció en el umbral de la puerta, no dijo ni una palabra. Se metió hacia el interior de la casa.

—¿Cómo estás? —preguntó Sejer.

Ella se dejó caer en una butaca, cogió un cojín y se protegió con él como si fuera un escudo.

—¿Que cómo estoy? He perdido a Jon y he perdido el resto de mi vida.

Sejer protestó.

—No pienses en el resto de la vida —la consoló—. Nadie puede mirar hacia delante cuando está hundido.

Acercó una mano a su brazo.

—Jon ha escrito un diario —dijo ella—. Hanna Wigert lo trajo ayer al entierro, lo encontró en su habitación, en un cajón. Está en mi mesilla de noche.

Se levantó de golpe y fue deprisa al dormitorio a buscar el libro rojo.

Sejer puso una mano sobre la cubierta. La tela roja era tosca y un poco vulgar.

—¿Puedo leerlo? —preguntó.

—¿De qué serviría?

—Lo necesitamos.

Ella pareció desconcertada.

—Hablaremos de esto —dijo él—. Pero cuéntanos cómo fue el entierro. ¿Resultó una bonita despedida para Jon?

Ella se quedó un rato pensativa.

—Pude saludar a Molly —explicó—. Ella y Jon eran muy buenos amigos. Trajo un terrier que provocó cierto revuelo. ¿Habéis oído lo que pasó?

—Sí —dijo Sejer—. Nos lo han dicho. ¿Qué pensaste de lo ocurrido?

—Pensé que era una señal. Que todos los que conocíamos a Jon fuimos incapaces de sostenerlo en vida. Enfermó y se escurrió entre nuestros dedos. Y tampoco fuimos capaces de sujetarlo cuando murió. Lo dejamos caer al suelo. Eso dice algo de nosotros.

—¿Qué dice? —preguntó Sejer.

—Que todos somos culpables.

Ella calló. Esperó a que Sejer siguiera con la conversación.

—Durante la infancia de Jon, ¿hubo algo que te preocupara en él? —preguntó Sejer.

Ella sonrió desesperada.

—Por supuesto. Era mi niño. ¿Hacemos algo más que no sea preocuparnos por ellos? Son tantas las cosas que tienen que ser capaces de afrontar. Deben encontrar su lugar entre los hermanos, en la clase, y tienen que sobrevivir en el patio. Deben pertenecer a un grupo, y que un par de ellos sean buenos amigos. Deben formarse y encontrar trabajo, y conocer a una chica. Y tener hijos. ¿Tenéis hijos? —preguntó.

—Tengo una hija —dijo Sejer—. Y un nieto. Ha sido capaz de hacer todas esas cosas que mencionas. Pero nunca lo he dado por supuesto.

La miró serio.

—Ingerid, debes escucharme. Hay algo que me veo obligado a mencionar, a pesar de que resulte desconcertante.

Ella no respondió, pero el almohadón tuvo que sufrir en su regazo.

—Hay algunos detalles del fallecimiento de Jon que nos resultan extraños. No podemos asegurar nada de momento, pero sospechamos que tal vez se trate de otra cosa, de algo más que lo que creímos al principio.

—No te entiendo —dijo ella.

—Hay algunas cosas del suicidio de Jon que no comprendemos.

Ella soltó el cojín.

—¿Qué estás diciendo? ¿Algunas cosas? ¿Estás diciendo que tal vez su muerte ocurrió de otra manera? No había nadie allí, solo Axel y Reilly. Y son amigos —replicó ella—. Estaban muy unidos. ¿Os habéis vuelto locos?

Sejer puso la mano sobre el libro rojo.

—¿Cuánto has leído? —preguntó.

—Nada —respondió ella—. Ni una sola línea.

—¿Te da miedo?

—Sí, me da miedo.

Algunos recuerdos de su propia vida aparecieron y la inquietaron. El verano que pasó viajando por Europa con una amiga. Un día encontraron una cartera en un baño. Contenía un enorme fajo de billetes que decidieron quedarse tras comentarlo entre ellas unos instantes. Luego se lo gastaron en un restaurante caro. Recordaba el aborto al que se sometió con diecinueve años. Ni siquiera estaba segura de quién era el padre. Había sido infiel a Tony Moreno dos veces en su matrimonio. Las dos veces estando de viaje sola, y borracha. Cuando se acordaba de esas cosas se sentía mareada, cayó en la cuenta de que ni siquiera se había arrepentido. Solo una leve irritación, un pequeño granito de arena en la maquinaria. No se lo había contado nunca a nadie, solo lo había almacenado en alguna parte, y luego lo había olvidado como si fuera algo insignificante. Pero ahora lo recordaba. Miró el diario rojo. ¿Tenía algún derecho a leer las confesiones de Jon? Lo abrió por la primera página, leyó unas pocas líneas. Luego lo volvió a dejar, deprisa, como si se hubiera quemado.

—Lo leeré —dijo—, y hablaré con vosotros.

Molly Gram cruzó el césped de la explanada ante el hospital.

Fue en ángulo hacia el sendero, mirando deprisa a derecha e izquierda, como era su costumbre. Molly tenía diecisiete años, pero parecía menor. Se debía a sus rasgos, a la frente prominente, a su cuerpo y a la manera de moverse. No quería parecer femenina, ya no, se había quemado en el intento. En lugar de eso interpretaba el papel de una niña pequeña, enfadada. Mientras caminaba, se fijaba en todo. Un hombre llegó cojeando por la derecha, una pareja que cruzaba el aparcamiento cogida del brazo. Los contempló evaluándolos y siguió adelante; no parecían ser una amenaza. Cada vez que abandonaba la unidad del hospital se exponía al mundo y a la gente, a la luz y al viento. Algo podía llegar desde arriba, o impactar desde un lado, solo se sentía segura en su habitación. Debajo del edredón. En la oscuridad. Con Melis.

Ahora estaba en el exterior. Por fin llegó al sendero, era por donde solía pasear con Jon Moreno. Ahora el perro era su única compañía. A veces saltaba y tiraba de su falda verde, y entonces lo regañaba con cariño. «Mal perro —decía—, mi chucho adorado». De alguna manera sentía que Jon estaba con ella, que su delgada figura iba a su izquierda como tenía por costumbre, y en su interior iba hablando con él.

«Hola, Jon. Estamos dando un paseo. Hace muy buen tiempo. Me gusta esta época del año, cuando por fin oscurece por las noches. No he encontrado a nadie más para pasear, son tan aburridos, están apalancados en la sala de fumadores y no quieren hacer nada. Tampoco están pendientes de las noticias. No saben que están asesinando a los monjes de Birmania, o cosas así».

La voz interior se quedó en silencio, como si le faltaran fuerzas para mantener a Jon con vida. Enseguida su mirada empezó a vagar de nuevo, y aceleró el paso. Melis tuvo que corretear para seguirla.

Tú y yo podríamos haber sido amigos de por vida, pensó, de eso estoy segura. Pero tuvimos poco tiempo. Jon, tienes que escucharme, porque voy a decirte una cosa, y esto no se lo he dicho nunca a nadie. Yo también quiero quitarme la vida. Pero no me atrevo. No me da mucho miedo la muerte, pero me da miedo arrepentirme. Si, por ejemplo, salto de un puente y cambio de opinión en el último segundo, y el pánico me atenaza en ese momento, cuando esté volando. Y muero con un grito horrible. No quiero morir

gritando, es tan humillante. Tal vez la gente crea que soy una enorme gaviota que llega agitando las alas, ¿te lo imaginas? Y si me decido, no voy a lloriquear ni a quejarme, sino dejar esta vida con dignidad. O si me tomo una sobredosis. Que me arrepienta y luego no sea capaz de vomitar. Quedarme sobre la taza del retrete, agonizando, ¿no sería humillante? No puedo ver el futuro, solo que el camino se estrecha y desaparece tras una curva, en la oscuridad, y voy por ese camino sola. ¡Joder, Jon! ¡Que te den!

Sollozó y siguió andando. Se había adentrado un poco en el bosque. Melis corría en zigzag, un instante estaba a su derecha, luego por delante, después detrás. Una brisa agitó el cabello de Molly e hizo sonar la hojarasca de ambos lados del sendero, como si el bosque fuera un animal que despertara a la vida. Luego oyó otro sonido, una rama que se partía. No era Melis, era demasiado liviano. Se detuvo de golpe y miró hacia atrás, sus ojos se movían deprisa de un lado a otro. ¿Venía alguien? ¿Qué querían? Melis también se había detenido, las pequeñas orejas captaron un sonido. Molly aceleró de nuevo el paso, estaba a una distancia considerable del hospital, nadie la oiría si gritaba. ¿No eran pasos? Un lento arrastrar de pies y algunos crujidos. ¿Sería alguno de los hombres de la unidad de aislamiento?, pensó, ¿uno de los locos? Arriba, en la unidad de aislamiento los pacientes tenían su propio patio para pasear, pero a veces se escapaban. Molly tenía sabor a sangre en la boca. Se volvió una vez más, pero no había nadie a la vista, tal vez fuera un gato que se había colado entre los arbustos, nada por lo que alarmarse. Había otra gente dando un paseo, el bosque no era de su propiedad, y el sendero tampoco. ¡Tranquilízate, Molly!

«¡Que te calmes, joder!»

Pero no era capaz de tranquilizarse. Entonces vio a un hombre a cierta distancia. Estaba inmóvil sobre una roca. Había algo en él que le resultaba familiar. Buscó febrilmente en su memoria.

Axel Frimann levantó la mano para saludarla.

—Pero mira por dónde —dijo—, aquí llegan Molly y Melis.

Hizo una reverencia solemne. Molly no comprendía qué hacía allí, en su sendero. En su hospital. Él dio unos pasos por la senda. Molly estaba inmóvil viendo cómo se aproximaba.

—No era mi intención asustarte —añadió él—, pero de pronto me entraron ganas de dar este paseo. Fuiste tú quien me dio la idea.

Axel Frimann estaba acostumbrado a que la gente se tragara el anzuelo al instante, que quedaran enganchados en cuanto lanzaba la caña. Pero Molly no. Sus ojos negros se mostraron oblicuos y escépticos.

—¿Qué te pareció el entierro? —quiso saber Axel.

A qué se refiere, se preguntó Molly. El entierro de Jon fue espantoso, nunca en toda su vida había ido a un entierro tan triste.

—Me refiero a la ceremonia —dijo Axel—. La homilía del sacerdote. Fue bonita, ¿verdad?

—Fue de lo más corriente —opinó Molly.

—¿Sí?

Axel se quedó en silencio. Esa chica callada lo desconcertaba. No obtenía la reacción a la que estaba acostumbrado cuando se dirigía a las muchachas.

—Vas a tener que adiestrar un poco mejor a ese perro tuyo —prosiguió—. La gente todavía lo comenta, que Jon fue a parar al suelo.

Molly se encogió de hombros.

—Tendríais que haberos mantenido de pie —dijo, seca.

—Reilly tenía un chucho en la pantorrilla.

—West Highland Terrier —puntualizó ella—. Ocho kilos.

Axel probó otra variante, una aproximación más amistosa.

—Es incomprensible, ¿verdad? Quiero decir que se haya quitado la vida.

Molly recordó la voz de Jon. Siempre había una desesperación en ella, un llanto reprimido.

—Tenía muchas cosas con las que cargar —dijo ella.

Axel Frimann se puso alerta.

—Yo también he pensado en eso —repuso—, que algo le había ocurrido que no era capaz de asumir. Pero nunca supe qué era. No quiso confiarse ni siquiera a sus mejores amigos. En realidad, resulta bastante doloroso que te excluyan de ese modo. ¿Se confió a ti?

Molly miró fijamente sus pies calzados con deportivas de color rosa.

—Hablamos de casi todo —dijo ella.

Axel alargó el brazo.

—¿Vamos juntos? —propuso.

Molly empezó a caminar en dirección contraria, de vuelta a la unidad, y ahora iba deprisa.

—Prefiero que no —contestó.

—No te pongas tan seria, vamos —comentó él—. Por Dios, si solo te estoy preguntando.

Molly trotaba, Axel iba detrás, Melis gruñó desde las profundidades de la garganta.

—¿Tal vez Hanna Wigert te ha hecho preguntas? —quiso saber Axel. Ahora iba a su lado sin tener que esforzarse por estar a su altura.

Molly siguió caminando lo más deprisa que pudo.

—Me refiero a Jon —insistió Axel—. Por si tienes información que pueda explicar su suicidio.

Ella se detuvo y lo observó molesta.

—Tenía dificultades, así de sencillo. ¡Por Dios! ¡Qué pesado eres!

—Lo siento —dijo Axel—. No tengo ningún derecho a interrogarte, pero Jon era mi mejor amigo. Es una gran pérdida.

—Tengo cierta capacidad para valorar las situaciones —zanjó Molly—. Lo único que has perdido es el control.

Por la noche se fue a dormir con Melis.

La oscuridad emergió de los rincones y sintió el calor del perro que respiraba. Pensaba en lo que Jon había dicho. «Hay tantas cosas por las que tengo remordimientos —decía—, he cometido algunos grandes errores. He descubierto algo terrible sobre mí mismo. Que soy cobarde». Esa clase de cosas eran las que le decía. Pero todo el mundo comete errores en la vida, hay muy pocos héroes, pensó Molly, esto de Jon tenía que ser algo muy grave. Dio un respingo porque se abrió la puerta. Un haz de luz cruzó el suelo y vio a la enfermera de guardia esa noche, Ruth. Melis levantó la cabeza para reconocer a la intrusa. Ruth se acercó y observó a Molly en la cama. Esta se había desmaquillado para la noche, y sin la pintura negra era otra, una niña pálida y desdibujada entre sábanas blancas. Ruth se sentó en el borde de la cama y Molly la agarró del brazo con las dos manos.

—Da gusto tocarte —dijo—. Eres como una masa de pan caliente.

Ruth rio con ganas. Tenía unos cuantos kilos de más y estaba acostumbrada a que Molly fuera directa.

—¿En qué piensas ahí tumbada? —preguntó.

—Pienso en Jon. Y en todas las cosas que dijo. Y en cómo voy a seguir adelante sin él.

—Hay más gente ahí fuera que es digna de confianza —repuso Ruth—. Tómame tu tiempo. Encontrarás a alguien.

—Pero ninguno de ellos será como Jon —prosiguió Molly—. Y lo que compartimos, eso nunca voy a volver a encontrarlo.

Ruth dio unas palmaditas a Molly en la mejilla con su mano regordeta.

—¿Te contó algo a ti de lo que le rondaba por la cabeza? —preguntó.

Molly se sentó en la cama. Se subió el edredón hasta el cuello.

—Ayer vi a un hombre en la televisión —dijo—. Ya sabes, uno de esos aventureros. Iba a vivir treinta días en tierras agrestes de Canadá. Donde viven los esquimales. Tenía todo lo necesario en un trineo que iba arrastrando. El trineo pesaba cien kilos. Casi no era capaz de moverlo por el hielo.

Ruth esperó a que continuara.

—Tan mala conciencia tenía Jon. Tanto tenía que arrastrar.

Ruth suspiró.

—Nunca debería haber ido a esa cabaña —opinó—. No tenía ganas, tal vez intuía que podría suceder algo. Todos los que trabajamos aquí en Ladegården nos sentimos responsables. Teníamos tantas ganas de que fuera, Dios sabe en qué estaríamos pensando. Pero si se hubiera quitado la vida aquí, en el hospital, nos habríamos sentido más culpables todavía. Y si le hubiéramos dado el alta, y luego se hubiera quitado la vida, entonces también nos habríamos sentido responsables. Y si lo hubiera hecho en casa, en su propia cama, entonces su madre se hubiera sentido culpable. ¿Lo entiendes? Eso es lo que pasa con los suicidios.

Molly se acercó a Melis a la cara. Inspiró su olor, recordaba a una especia dulce.

—Si quieres, podemos ir un día a visitar su tumba —dijo Ruth—. Tú y yo juntas. Podemos dejarle unas florecitas. Podemos quedarnos allí e

intercambiar unas palabras, e imaginar que le llegan a Jon, porque esas cosas nunca se saben con seguridad.

Molly negó con la cabeza.

—No oírás ni una palabra —objetó ella—. Y lo sé seguro.

—Molly —le rogó Ruth—. Debes conservar algo de mística en tu vida. No lo sabes todo.

—Esos colegas suyos —dijo Molly—, ¿crees que eran buenos amigos?

Ruth la miró sin comprender.

—¿Te refieres a los que fueron con él a la cabaña? Seguro que sí. Se conocían de siempre. ¿Por qué lo preguntas?

Molly dejó a Melis en su sitio, a los pies de la cama.

—No todos los amigos son buenos —replicó—. Algunos solo siguen ahí por costumbre. O porque les interesas de algún modo.

Ruth se quedó en silencio, escuchando.

—Ganan con ello —prosiguió Molly—. O te necesitan por otra razón. Pero visto desde fuera parece una amistad.

Ruth intentó seguir el hilo de sus pensamientos.

—Pero si Jon no quería formar parte de ese trío —dijo—, podría haberse retirado.

—Tal vez fuera eso lo que intentaba hacer —continuó Molly—. Tal vez se refugió aquí dentro, pero ellos vinieron a sacarlo otra vez.

—¿Por qué dices eso?

Molly hizo un gesto brusco con la cabeza.

—Solo me fijo en cosas.

—Te irá bien, Molly, porque eres aguda.

—No me irá de ninguna manera —observó Molly, ahuecando un poco la almohada—. Voy a estar aquí, en Ladegården, para siempre. En esta cama. En esta habitación. Contigo.

Ruth era bastante sabia, por eso no protestó.

—Sí, tal vez —asintió—, tal vez nos quedemos aquí para siempre, tú y yo.

Se levantó del borde de la cama. El gran cuerpo se movió por la habitación.

—Me recuerdas a un carguero en alta mar —dijo Molly.

Ruth resopló a modo de respuesta.

—Estás un poco hundida en el agua. También te escoras, pero llevas las velas llenas, eso no se puede negar.

—Duérmete ya —repuso Ruth riendo—. Duerme, descansa esa afilada lengua tuya.

Ingerid Moreno estaba junto a la ventana.

Tenía las manos apoyadas en el alféizar. Seguía llevando el anillo de Tony Moreno en la mano derecha. Él la había abandonado, pero le gustaba el anillo, con una perla rosa. Deslizó la mirada por el jardín y las otras casas de la zona de chalets en la que residía. Todo era hermoso, bien cuidado y frondoso, todos los setos recortados, todos los frutales podados, porque la gente que vivía por allí era hacendosa. Pasó mucho tiempo admirando las hojas rojizas, la hierba húmeda, algún que otro pájaro sobre una rama. Cascadas de nubes en el cielo, el sonido de la música que salía por alguna ventana abierta, todo esto que Jon se estaba perdiendo. Se dio la vuelta y lanzó una mirada a la mesa del salón: ahí estaba el diario, brillando con una luz roja. Puede que no tenga ningún derecho, pensó, pero solo soy un miserable ser humano. Se acomodó en la butaca con el cuaderno en el regazo. En la parte de atrás vio una etiqueta blanca que decía «Made in China», y el precio marcado en amarillo. Aquí está la vida de Jon, y el precio son veintinueve noventa. Encendió la lámpara de lectura y abrió por la primera página.

Mi nombre es Jon Moreno. Soy paciente del Hospital Psiquiátrico Ladegården, y me he sentado a escribir. ¿Sirve de algo poner las cosas por escrito?

¿Se aclarará todo? ¿Será un alivio? ¿Puede considerarse una confesión, y así obtener el perdón de todo? Necesito perdón. Pero me encuentro en unas circunstancias en las que es imposible obtenerlo. La gente dirá que actué de forma imperdonable, y es cierto. Pero, si no confieso, iré sucio a la tumba. No creo en Dios, pero tampoco soporto la idea de la última hora, cuando estaré lleno de arrepentimiento y culpa. Siempre hay que tener consideración, hay otras personas, los sueños de otros, sus planes de futuro. ¿Voy a estropear más cosas de las que ya he destruido? No soy muy fuerte. A veces, por la noche, cuando estoy retorciéndome en la oscuridad, rezo a Dios de todas formas. Me ayuda un par de minutos. Luego me siento más falso que antes, porque rezo a algo en lo que no creo, que tal vez exista después de todo, y entonces verá mi cinismo, y es todavía peor. Cuando por fin me duermo tengo pesadillas: aporrean con fuerza la puerta, vienen a buscarme, y todo ha terminado. Tal vez tengo esos sueños porque en el fondo es lo que espero que ocurra. Que alguien por fin me descubra y me pida explicaciones. Esa oscura noche de diciembre me tortura cada segundo. Cuando me desperté al día siguiente, me sentí desconcertado. Intenté recordar qué había ocurrido, si tal vez nos habíamos salido de la carretera y habíamos acabado en una zanja. Tal vez pueda decirse así, que fuimos a parar ahí todos juntos, perdidos, y yo sigo en esa cuneta. Me han dado tantas cosas. He tenido una buena infancia. Mamá me enseñó la diferencia entre el bien y el mal. Toda la vida he pensado que tenía un alto sentido de la moral, que era decente, honesto y sincero. Pero ¿adónde fue a parar esa moral cuando me pusieron a prueba? Una voz desagradable empezó a susurrar que podía escabullirme, que además éramos varios, que era mucho lo que arriesgaba. No entiendo de dónde surgió esa voz, no sabía

que existiera, tal vez ha estado ahí siempre, aletargada, y entonces, cuando me hizo falta, empezó a susurrar de un modo despreciable. No hay nada que objetar a la conciencia de Reilly, es un tipo sin ínfulas, pero Axel Frimann es como un dios en su reino. Era como una competición para ver quién tiraba más fuerte de la cuerda, y por supuesto que fui yo quien no dio la talla. Haga lo que haga me despreciarán. A veces intuyo la silueta de un demonio, que alguien nos observaba esa noche y nos tendió una trampa. Sé que solo es una tontería, porque la vida está llena de casualidades. Pero, a pesar de eso, estoy amargado, porque no somos mala gente. ¿Quién sabe lo que uno vale mientras la vida es paz y tranquilidad?

Axel Frimann tenía su propio despacho en la agencia de publicidad Repeat, y él mismo se había ocupado de su elegante decoración. Así era como se veía, tenía clase, estilo, y la mayoría estaba de acuerdo con él. Este era el reino de Axel Frimann, aquí reinaba solo él, aquí era creativo y agudo, desde aquí iba a seducir a la gente a través de la publicidad, y de eso sabía mucho. Conocía la psicología y los mecanismos con los que funcionaba. El poder del humor y las implicaciones de la risa, la que hacía que la gente se abriera, de manera que el mensaje entrara como una marea, pasando por encima de todos los obstáculos.

Estaba dándole vueltas a unas ideas en un cuaderno cuando un colega entró en el despacho.

—Parece que nos van a dar la campaña de la nueva maquinilla de afeitar —anunció—. Es de fabricación noruega. Se llama Hellrazor. Un nombre bastante chulo.

Agitó una hoja.

—Se han propuesto sacar a Gillette del mercado noruego, ni más ni menos, y por eso nos contratan. Así que ya sabes lo que tienes que hacer. Y no quieren seguir la misma línea pomposa para el marketing, tenemos que proponerles algo totalmente nuevo.

—¿Hellrazor? —exclamó Axel, entusiasmado—. La maquinilla que llegó del infierno. Esa gente tiene sentido del humor, vamos a trabajar con ellos sin problema.

Cogió la hoja. Estudió la imagen y el texto, la maquinilla y todas sus funciones y excelencias.

—Déjame que lo adivine —prosiguió—. ¿Hellrazor apura más que cualquier otra maquinilla?

El compañero se encogió de hombros.

—Supongo. Es totalmente nueva.

Axel sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Pero ¿cuánto apura? ¡Joder!

El colega lo miró desconcertado.

—Supongo que no dejan de aparecer nuevos y mejores materiales —dijo—. ¿Qué más te da? ¡Coño! Lo único que tenemos que hacer es que se venda y, si puede ser, más que Gillette.

—En ese caso tengo la siguiente propuesta —respondió Axel—, y así mandaremos un mensaje bien claro.

Se reclinó en la silla y dibujó en el aire.

—Una pareja duerme en una cama. Sábanas de seda negra, paredes y cortinas blancas. El sol entra por la ventana. ¿Me estás escuchando?

—Sí —dijo el colega.

—Suena el despertador, el hombre despierta y le da un beso a su amada. Está sin afeitarse, por eso añadimos un sonido rasposo, desagradable, por ejemplo, dos papeles de lija que se frotran. La mujer aparta al hombre y va al baño, él la sigue. El baño tiene azulejos negros y focos. Porcelana de color perla de Porsgrund y un lirio en un jarrón sobre un estante. El hombre se pone un batín y se acerca al espejo. Coge la maquinilla para afeitarse mientras ella se lava los dientes.

Axel Frimann hizo una pausa.

—¿Y entonces? —preguntó el otro—. ¿Qué sucede?

—Él acaba. Se acerca de puntillas para que ella lo bese, porque ahora está recién afeitado. Pero por encima del cuello del batín solo hay un cráneo.

—¿Eh?

—La maquinilla ha llegado hasta el hueso —concluyó Axel—. Todo lo que vemos es un cráneo blanco y liso. Y una voz que dice: «Hellrazor. No hay un afeitado más profundo».

—Venga hombre —dijo el otro—. No hablas en serio.

—Soy mortalmente serio —respondió Axel Frimann—. Esa publicidad iría con el nombre, estamos hablando de una hoja infernalmente cortante, ¿no es cierto? Entonces les daremos un esqueleto. Tenemos que dirigirnos a un público más joven, más ágil y, en ese caso, el humor es muy importante.

El colega se marchó, la puerta se cerró de golpe. Al cabo de diez segundos la abrió y volvió a asomarse.

—Eso no es publicidad —dijo—, es una parodia.

Luego desapareció por segunda vez. Pero Axel estaba satisfecho con la idea. Todo el mundo comentaría un anuncio así, porque era descarado, atrevido y divertido, y ganaría premios. Se quedó mordiendo un bolígrafo. Su enorme creatividad había tenido una vía de escape; estaba solo y se quedó en silencio. El silencio le provocaba la sensación de estar a la deriva. Sintió la necesidad de ladrar alguna orden, pegar un puñetazo sobre la mesa, dar un portazo, para demostrar que estaba allí y que seguía siendo él quien decidía. Algo había empezado a interferir en su mundo siempre tan controlado, una leve punzada, el corazón que latía con fuerza cuando llamaban a la puerta. La sensación, en la calle, de que alguien lo seguía, una nueva sensibilidad a los ruidos y los pasos. Los pensamientos que llegaban por la noche, de la policía reunida en un despacho cuestionándose el suicidio de Jon. Axel Frimann estaba inquieto. La luz del otro lado de la ventana lo molestaba, y ahora el silencio se vio interrumpido por unos ruidos del gran edificio, puertas que se cerraban, teléfonos, algunas risas, ¿de qué coño se reían? La existencia se agrietaba, se rajaba como pintura seca. Había una sensibilidad extrema por todas partes, como si la vida, que nunca había sentido como una amenaza, ahora le pinchara con alfileres. Levantó las manos y las observó al detalle: la piel clara en las palmas de las manos, las finas líneas. ¿No estaban muchas de ellas interrumpidas? Se inclinó hacia delante y descansó la cabeza sobre la mesa, con la mejilla sobre la madera cálida, notó el olor a roble y aceite para muebles. Aquí estoy yo, pensó Axel Frimann, y estoy vivo. ¿Cómo sabe el cuerpo cuándo debe rendirse? ¿Quién decide cuándo debe dar el corazón el último latido? ¿Hay un código en cada uno de nosotros, una cantidad limitada de fuerza, como cuando se da cuerda a un juguete?

Axel Frimann no acostumbraba a pensar en la muerte. Le intranquilizaba. Le pareció que su corazón latía desacompañado, y le sudaba la frente. Sentía también un leve cosquilleo en un diente, una muela de la mandíbula inferior, nada más, algo insignificante. Se enderezó en la silla. Extrañado, se acarició el maxilar. Sí, era un cosquilleo, como si algo muy pequeño viviera en la base de la muela; imaginó un renacuajo que se retorció, no siempre, pero a ratos. A

veces, el cosquilleo pasaba a ser un gruñido o casi una pequeña vibración en la parte inferior. Se inclinó sobre los papeles para trabajar, intentó pensar en la maquinilla Hellrazor, seguía convencido de que la idea del esqueleto en bata funcionaría. Pero en poco tiempo el gruñido pasó a ser un dolor. Axel Frimann se sintió profundamente irritado. No admitía que ocurriera algo, algo que escapara a su control. O me voy a casa, pensó, o tomo algún analgésico. Esto es una chorrada inaguantable.

Salió del despacho y entró por la puerta contigua, donde estaba la secretaria, Ella, frente a la pantalla del ordenador.

—¿Tienes paracetamol? —preguntó Axel.

Ella sonrió amable y agarró su bolso. Miró un buen rato en su interior y él oyó cosas entrechocando en el fondo del bolso.

—Lo siento. Pregúntale a Margaret.

Axel siguió por el pasillo. Los hombros, siempre tan anchos, estaban caídos. Llamó con los nudillos a la puerta del despacho de Margaret y entró, ella estaba junto a la fotocopidora. Salía humo de una taza de café sobre la mesa.

—¿Qué hay? —preguntó ella.

—Me duele una muela —explicó Axel—. ¿Tienes un paracetamol? ¿O algo más fuerte?

—Espera un momento que voy a ver —dijo ella.

Se acercó al escritorio. Movía el culo al andar. No tenía ninguna posibilidad con Axel, pero nunca perdía la esperanza, y el culo era su gran atractivo. Sacó un cajón y buscó entre bolígrafos y papeles, dejó un batiburrillo encima de la mesa: tijeras, pegamento, celo y una caja de clips.

—Suelo tener —afirmó—. Pero se me ha terminado. Pregúntale a Jørgen. Padece jaquecas. Seguro que tiene algo por si acaso.

Axel Frimann llamó a la puerta de Jørgen.

—¿Qué pasa, tío? ¿Estás enfermo?

Axel se dejó caer en una silla. Se puso la mano en la mejilla y lo miró con expresión doliente.

—Me pasa algo en la boca —dijo—, es peor que una mina. Algo está atacando la raíz, lo noto hasta la mandíbula. ¿Tienes un paracetamol?

Pero Jørgen no tenía nada. Axel tuvo que marcharse de nuevo, arrastró los pies por los pasillos, abrió una puerta detrás de otra pidiendo como un mendigo. Recordó el que tenía despacho en el sótano, el que se ocupaba del correo, ¿no sufría de reuma? Y luego estaba Randi, de la cafetería, tenía más de sesenta años y seguro que más de un achaque, desgaste, dolores en el cuello y los hombros. En la recepción, en la planta baja, había una chica delgada que siempre estaba muy pálida. Tenía el rostro surcado por venas verdosas y le temblaban mucho las manos. Anemia, supuso, un trastorno alimentario. Ansiedad, tal vez dolores de cabeza. Recorrió los pasillos abriendo una puerta detrás de otra, pero todos negaban con la cabeza sintiéndolo mucho.

Nadie podía librar a Axel del dolor.

Querido diario:

He empezado a mirar a la gente como si la viera por primera vez. Cuando salgo a caminar por el parque, delante de la unidad del hospital, los veo con otra luz. Cambia la manera en que les da el sol, los rostros aparecen radiantes. Por ejemplo, el de la bicicleta que pasó por mi lado esta mañana nunca hubiera actuado de manera tan poco reflexiva como lo he hecho yo. Habría asumido su responsabilidad y hecho lo correcto, lo vi en sus ojos y en la manera en la que yergue la cabeza. Porque conoce lo que vale, sabe que es bueno. En su vida hay reglas claras que siempre respeta. La anciana con un carrito de la compra que salía del supermercado, ella seguro que es de las que salva a los insectos y los deja en libertad. Y la de la panadería, a la que le compré unos bollos ayer, la de las mejillas sonrosadas, es la bondad personificada. Antes, yo era uno de ellos. Pertenecía a ese exclusivo grupo de personas que tienen la conciencia limpia. Me resulta difícil mirar a la gente a los ojos, no tengo fuerza en la voz. Sé que algo malo me ocurrirá, y no tardará. La vida que creemos tener predestinada puede cambiar en un instante, sobre la espalda llevamos nuestra buena voluntad, nuestra herencia, la que nos dieron nuestra madre y nuestro padre. Y luego, un chasquido de los dedos, nada más, y nos desviamos por un ramal que transcurre por un paisaje desconocido. De repente lo vemos todo de otro modo porque estamos en un terreno ignoto, donde las reglas que rigen son otras. Ya no me reconozco, no encuentro el camino, y no olvido lo que pasó. Casi no me atrevo a abrir el periódico, casi no me atrevo a poner la radio, me da miedo lo que pueda suceder y cuánto puedan averiguar. Es un milagro que siga siendo un hombre libre.

El dentista constató que Axel tenía una infección en una muela del juicio. Estaba a la izquierda, en las profundidades de la boca.

—Todo parece estar bien en la superficie, pero hay mierda en el fondo. Como pasa con frecuencia en la vida —bromeó.

Levantó la radiografía hacia la luz y señaló.

—Nunca había visto nada igual —dijo—, es una infección agresiva. Tengo que abrir y limpiar. Me temo que tienes que prepararte para sufrir ciertas molestias.

A Axel le ardían las mejillas. Estaba cabreado porque tenía que postrarse ante un hombre, la respiración y las manos de un hombre. Anestesiado, toda la mandíbula inferior estaba como muerta, carne gelatinosa, como si ya no fuera su boca, y no sentía su lengua. Me pasaré el resto del día babeando como un idiota, pensó. Después del tratamiento le dieron unos analgésicos, que solo le aliviaron un poco. Condujo hasta casa, se sentó en el sofá y se sirvió un vaso de Gran Feudo que se bebió a grandes tragos. Le dolían las raíces de la muela, la cabeza, latigazos ardientes, tremendos, que le dejaban sin respiración. Había oído que las infecciones como esa podían expandirse y atacar toda la mandíbula. Por un momento sintió pánico. Imaginó que todo el maxilar se deshacía, que no se podía curar y que él, Axel Frimann, de espléndido perfil, acabaría siendo un engendro sin contorno definido. Se frotó la mandíbula con la mano, sentía mucha pena de sí mismo, por el dolor, que efectivamente se focalizaba junto a las raíces de las muelas pero encontraba la manera de ascender por la cabeza, amenazando su orgullo. Axel Frimann era un hombre ofendido, porque algo que escapaba a su control ignoraba su excelencia y hacía lo que le daba la gana. No se dejaba impresionar por la excelente posición de Axel sino que le torturaba y molestaba como si él fuera cualquiera.

Llamaron a la puerta. Sabía que era Reilly.

—¿Qué te has metido esta vez? —preguntó Axel al ver su mirada acuosa.

—Georgia Homeboy —dijo Reilly.

—¿Y qué es eso?

—Ghb. O Sallywater —explicó Reilly—. O G. A un hijo querido se lo llama de muchas maneras. ¿Qué hay?

Entró.

Axel quiso decir que tenía dolor de muelas. Pero empezó un relato. Ni él mismo comprendía por qué. No tenía costumbre de hacer confidencias. Quienes contaban intimidades eran como bebés que regurgitan leche. Pero los dolores parecían abrir paso a cuestiones sobre las que normalmente guardaría

silencio. Esto también era un dolor que habitaba en su interior y llevaba mucho tiempo ignorando.

—Ayer estuve en la residencia —dijo—. Visitando a mi padre.

Reilly lo miró sorprendido. Axel no hablaba nunca de eso. Puede que se avergonzara de él, o tal vez la tragedia era demasiado difícil de asumir. En unos pocos segundos le habían robado a su padre, un tipo estupendo que de repente se derrumbó en una zanja. Para después quedarse metido en una cama, pálido e informe como unos kilos de carne picada.

—Te voy a contar cómo fue —prosiguió Axel—. Para que lo sepas. Íbamos por un camino, mi padre y yo, hace cuatro años. Era verano. Había ido a visitarlos a la casa de vacaciones. Íbamos a comprar una bandeja de huevos en una de las granjas, porque mi madre iba a hacer un pastel. Idílico, ¿verdad? Padre e hijo por el camino campestre, al sol, hacía calor. Tenía cincuenta y tres años, cincuenta y tres, Reilly. Estaba estupendo, estaba musculado y todo.

Reilly asintió. Había echado un pie a un lado para mantener el equilibrio. Preferiría sentarse en una silla; la cabeza le daba vueltas, pero no se atrevía a moverse.

—Era por la tarde y hacía calor —continuó Axel—. Recuerdo algunas cosas, pocas. Insectos. Ortigas en las cunetas. Una jodida cantidad de ortigas. Huelen de un modo especial, por cierto. ¿Conoces ese olor? Preparan sopa con ellas, no entiendo que pueda saber bien.

Reilly no estaba muy seguro de adónde iban a ir a parar. Lo del padre de Axel no era un secreto, todo el mundo sabía que estaba acabado, que nunca se levantaría ni volvería a caminar. Pero Axel estaba muy pálido, los ojos tan negros como si de pronto fuera a lanzarse sobre el primero, cualquiera, que pasara por allí. Yo soy el primero y cualquiera, pensó Reilly. Y dio un paso atrás por si acaso.

—Íbamos por el camino —dijo Axel—. En plena conversación. Mi padre era un jodido charlatán, siempre tenía algo que decir, o una opinión que compartir. Una afirmación. De repente se fue hacia la izquierda y acabó en la cuneta de cabeza. Nunca he visto nada tan desagradable, fue como si se saliera el aire de un muñeco hinchable. Yo solo pensaba en las ortigas, porque llevaba puesta una camisa de manga corta. Cuando me incliné sobre

él vi la mandíbula descolgada de un modo desagradable. Hacia un lado, ¿entiendes?

Lo entendía. Vio que Axel tenía una mano en la cara. Reilly se pegó a la pared en busca de apoyo, porque la droga que había tomado hacía que todo se moviera.

—Tenía la cara completamente deformada —prosiguió Axel—. No entendí qué sucedía, llamé para pedir ayuda. Tuvimos que esperar mucho. No conseguía sacarle nada, me limité a estar allí, al sol, en cuclillas, pensando que alguien le había dado una paliza, porque ese era el aspecto que tenía. Alguien le había dado tal paliza que estaba roto para siempre. No sabía qué había pasado, pero entendí exactamente eso, que estaba roto. Ahí, tirado, emitiendo sonidos desde el fondo de la garganta, mientras daba golpes con una mano, como si quisiera apartarme. Yo lo hice todo mal. Tampoco aguantaba verlo, tuve que ponerme de pie y alejarme unos pasos por el camino, y todo el tiempo oía los ruidos que hacía. Entonces vinieron a buscarlo. Pudieron pasarlo a una camilla, y más tarde a una cama. Nunca he hablado con él después de eso.

—Pero ¿puede emitir sonidos? —intentó Reilly.

La seriedad del asunto consiguió abrirse paso entre la droga.

—Sí, pero no tienen ningún significado —lo interrumpió Axel—. Solo son unos gorgoteos y unos gruñidos. Sería mejor que se callara la boca. Casi no soy capaz de mirarle. Ni siquiera sé si se alegró de verme. Creo que no. Creo que se siente jodidamente incómodo. Todo da vergüenza. Todo es desagradable, vergonzoso, necesita ayuda para todo. De gente desconocida.

—¿Te conoce? —preguntó Reilly con cuidado.

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Llora.

Axel hizo una pausa. El dolor le atenazaba la mandíbula y una enorme pena por sí mismo se estaba apoderando de él.

—Se ha pasado cuatro años en esa cama —dijo.

—Vaya... —murmuró Reilly, apenado.

—Tiene úlceras —añadió Axel—. Varias. Son jodidamente profundas.

Reilly asintió por segunda vez. Nunca había visto úlceras, porque él solo empujaba las camas, pero entendía bien que, cuando uno pasaba años tumbado en una cama caliente, la piel no recibía la sangre que precisaba, sobre todo allí donde la piel se tensaba sobre las articulaciones. Se enrojecía, se volvía sensible, y poco a poco surgían pequeñas, finas grietas. Así imaginaba que sería.

—Son profundas —repitió Axel—. Tiene todo el cuerpo lleno de agujeros, y los agujeros desaparecen en largos túneles.

Reilly abrió mucho los ojos. Iba drogado, pero pudo ver los largos túneles y de pronto se sintió mal.

—Es como si una anguila se hubiera abierto paso —dijo Axel—, y no hay manera de cerrar esas heridas, son demasiado grandes. Una vez estuve allí cuando cambiaban los vendajes. Olía a podrido. Está perforado. Como una manzana comida por los gusanos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Reilly—. Estás alteradísimo.

—Infección en una muela del juicio.

—Vaya mierda. ¿Duele?

—Un huevo —respondió Axel.

—Podrías haber empezado por ahí —dijo Reilly—, en lugar de dar un rodeo por tu padre perforado.

Axel dejó escapar un gemido.

—Es que había algo que quería resaltar —señaló—. Mi padre lo hizo todo bien. Toda la vida. Porque pensaba que le conduciría a algo bueno. Pero he aprendido una lección. No tengo ninguna obligación, joder. Me reservo el derecho a hacer las cosas según mis propias normas. Nunca he firmado ningún contrato ni he dado promesa alguna. Puedo hacerlo todo bien, pero nadie me va a dar un premio por eso.

—No acabo de entender adónde quieres ir a parar —tartamudeó Reilly.

—A ninguna parte —bramó Axel—. Puedo darle todo lo que tengo a un pobre de África, y al segundo siguiente salir a la calle y morir atropellado por un camión. Esas son las situaciones con las que tenemos que convivir. ¡Así que no me pidas a mí que tome decisiones morales! ¡Y nada de lloriquear por Jon!

Reilly abrió la boca para responder, pero Axel ya se había adelantado otra vez, ahora casi colérico, con los ojos relucientes.

—¡Ni una palabra del Corán! —gritó.

Reilly acercó una silla a la mesa. El apartamento de Axel tenía vistas al río; vieron un carguero llegar deslizándose con destellantes luces de navegación. Ahora que Axel había acabado con su amarga diatriba, se quedaron un buen rato en silencio.

—¿Qué carga crees que llevará? —preguntó Reilly señalándolo.

Axel se masajeaba la mandíbula.

—Creo que podría ser un depósito de productos químicos —respondió Reilly.

—Me da completamente igual lo que pueda haber en ese barco —repuso Axel—. Por mí puede ir hasta los topes de ratones de chocolate.

—La gente que trabaja en los cargueros que llevan productos químicos se queda estéril —aseguró Reilly—. Nunca tiene hijos. Además, no importamos los ratones de chocolate, los fabricamos nosotros. ¿No son de la marca Nidar esos ratones?

Axel estaba concentrado en respirar. Sabía que el suministro de oxígeno suficiente era importante a la hora de afrontar el dolor.

—Tengo que hablar con Hanna Wigert —dijo—. Tengo que saber si sospecha algo. Tengo que mantener el control.

—Lo perdimos en diciembre —repuso Reilly.

Axel bebió un interminable trago de vino tinto.

—Hay que estar atento —comentó—, y esa Molly, tampoco me fío de ella. Esa clase de chicas tiene una fantasía muy loca. Y de las fantasías pueden surgir rumores.

Reilly sacudió la cabeza, desanimado.

—Será mejor que te lleves un hacha para exterminar todo Ladegården. Así te quedarás tranquilo. Túmbalos, sin más. Empieza por la base, cerca de la raíz. Cárgate también a Ingerid, seguro que en este momento está leyendo el diario de Jon.

Volvió a dirigir la mirada hacia el gran carguero. Sentía un asombro infantil ante la capacidad para flotar de esas mil toneladas. Axel explicaría, como era habitual en él, que era cuestión de repartir el peso correctamente,

que siempre se trataba de eso. También cuando había que abrirse paso por territorio hostil, comentaría, se trataba de colocar los pies con sensibilidad y precisión.

—Tengo ganas de trabajar en un barco —dijo Reilly—. Estar todo el tiempo en movimiento, bajo el cielo, nuevas ciudades, nuevos paisajes. Pasar la noche en la cubierta más alta y contemplar las estrellas. La sensación de flotar. La sensación de dejarse llevar, no estar atado a nada. Y se gana pasta. Aunque no me importa el sueldo.

Miró de soslayo a Axel.

—Antes una libertad humilde que una esclavitud opulenta —apuntó.

—Empiezo a estar hasta los mismísimos de ese Corán —exclamó Axel.

—Corán no, Axel. Solo es un viejo dicho.

Callaron. Reilly sintió que la droga le llenaba la cabeza, que le tornaba valiente y confiado, que aplacaba su conciencia, se volvía generoso y tolerante consigo mismo. En realidad, no he fallado, pensó, soy una víctima. De las circunstancias. Claro que sí, coño. Miró de nuevo hacia el río. La idea de que el gran carguero tal vez llevara ratones de chocolate le hizo reír. Imaginó que los ratones escapaban del embalaje, que corrían por el tanque, subían por el barco y se desparramaban por las cubiertas, mientras la tripulación se pegaba a los pasamanos contemplando la invasión.

—Puedes bajar un poco la voz —rogó Axel—. Tengo dolores.

Reilly volvió en sí y se arrepintió.

—Una mierda muy triste lo de tu padre —dijo.

Axel lo hizo callar a manotazos. Reilly siguió el carguero con la mirada. La lentitud del barco, la belleza del carguero y su elegancia en el agua gris del río le cautivaban.

—Nunca le he puesto la mano encima a nadie en toda mi vida —observó Axel de repente—. Ni a Jon ni a nadie.

Reilly quería contestar, pero la droga lo amodorraba, y no era capaz de explicar nada.

—¿Alguna vez le he puesto la mano encima a alguien? —preguntó Axel.

—No sé muy bien —murmuró Reilly.

—¿No lo sabes? —dijo Axel—. ¡Qué mierda de respuesta es esa!

Pero Reilly mantuvo la boca cerrada. Cuando Axel perdía el control, era mejor mantener un perfil bajo.

Un gran arroyo de aguas agitadas desembocaba en la laguna de Glittertjern; sentada junto a la orilla una mujer miraba al cielo. Era una de esas personas a las que la vida ha tratado bien, por eso tenía una sonrisa en los labios, le resultaba natural. Tras ella había un montículo, rodeado de densa vegetación y, más allá, una modesta playa de arena. Estaba sentada sobre una plataforma rocosa. A su lado, una bandolera de arpillera en la que llevaba papel para acuarela, lápices, pintura y pinceles. Cogía agua del lago. Glittertjern era un hermoso motivo. Tenía un gran sentido del detalle, y le interesaba la luz que cambiaba constantemente, porque las nubes se movían arrastradas por una suave brisa. El sol se abría paso a ratos, entonces cerraba los ojos y disfrutaba del calor. Donde el arroyo desembocaba en el lago había una poza de un verde negruzco, y el agua desenfrenada había formado una gran bola de espuma. De la poza asomaba la raíz retorcida de un árbol. Este motivo era el centro del dibujo. La raíz atascada casi era una escultura en sí misma. Decidió rebajar la intensidad de las formaciones de nubes en el cielo para no alterar el equilibrio de la imagen. El foco estaría abajo, el cielo era secundario. Se puso el cuaderno en el regazo y empezó a trazar el motivo con un lápiz blando, y si alguien hubiera mirado por encima de su hombro habría visto que era una dibujante muy diestra. No dudó ni un segundo. Había una conexión directa entre la mirada y la mano. Mientras trabajaba, disfrutaba de todos los elementos como de las distintas voces de una orquesta, el viento, el agua agitada y el olor a hierba. La poza, pensó, parece un pozo, y el montón de espuma, la nata de un café irlandés. La raíz, un brazo acusador, se imaginó que señalaba algo muy lejano en la laguna; «Mira —decía—, ¡mira ahí fuera!». Observaba cubriéndose los ojos con una mano, pero no veía nada, solo la superficie brillante que le había puesto nombre a la laguna. Siguió dibujando. No perdía la sonrisa, estaba tan satisfecha con todo, con el lugar y con su propio talento. Cuando el motivo estuvo esbozado, bajó a coger agua en una taza de plástico, luego mezcló los colores en la tapa de la caja de pinturas. Del bosque le llegaban algunos sonidos, una paloma, un pájaro

carpintero en un tronco. El pincel no dejaba de volar sobre el papel, en pasadas ligeras y rápidas, los finos pelos de marta trazaban círculos y ondas, saturados de verde y azul. Llevaba años pintando la laguna de Glittertjern; en casa tenía incontables versiones ejecutadas en distintas circunstancias, épocas del año y condiciones climáticas. Cuando acabó el cuadro, lo apoyó en una roca. Dio unos pasos atrás, con frialdad y claridad valoró su obra. Soy bastante buena, pensó, y su descaro la hizo sonreír. Vio que no era perfecto, porque el tronco de la poza verdaderamente parecía un brazo. Como si alguien hubiera llegado arrastrado por el agua y se hubiera atascado en la orilla. Se volvió de golpe y clavó la vista en el agua. No puede ser, pensó. Pero de todas formas bajó a investigar, anduvo balanceándose por unas piedras y se agachó. Entre aquello escurridizo, verde y negruzco, vio un diente.

El cadáver era de un hombre, y algunos indicios parecían apuntar a que era de origen extranjero. La larga estancia en el agua había hecho que la piel se taladrara y el cuerpo se había hinchado el doble de su tamaño. Eso hacía que pareciera grande y fuerte, cuando en realidad era de miembros menudos y bajito. Iba vestido con pantalones vaqueros y un fino cortavientos, y lo único que encontraron en sus bolsillos fue una llave sujeta a un trozo de cuerda. La llave era de la marca Trio-Ving.

El informe empezaba así: «Hombre, probablemente asiático, ciento sesenta y siete centímetros de altura. Dentadura saludable sin empastes. Ninguna cicatriz quirúrgica, ni tatuajes, ni lunares, ninguna fractura ósea. Edad, menor de veinte». Los hallazgos fueron comparados con una lista de personas desaparecidas. Y se hizo un perfil de ADN.

Sejer y Skarre estaban a punto de marcharse de la oficina. Los dos alargaron la mano para coger la chaqueta y Skarre sacó una gominola con forma de hombre de una bolsa.

—Antes prefería los verdes —dijo—, ahora me gustan los de color naranja.

Sejer lo miró mientras masticaba la pequeña figura de gelatina.

—Seguramente saben todos igual —opinó—, pero supongo que esperas algo diferente de un hombre de gominola rojo que de uno amarillo.

La afirmación hizo que Skarre mirara preocupado hacia el interior de la bolsa.

—Ahora me va a tocar pensar —dijo.

—¿Por qué?

—Porque hemos encontrado a un hombre en un lago. ¿Sabes lo que quiero decir?

—No leo los pensamientos ajenos —comentó Sejer.

—Pienso en que yo también voy a morir —respondió Skarre—. Voy a morir, pero no me preocupa en exceso.

Sejer ordenó los papeles, y su mirada cayó sobre el informe del Instituto de Medicina Legal.

—Pero entonces voy un poco más allá —prosiguió Skarre—. Dentro de unos años morirán también aquellos que me conocieron, y no quedará nadie que me recuerde. Ni que visite mi tumba. ¿Jacob Skarre?, dirá la gente. Nunca he oído ese nombre.

—Qué cosa tan triste —le dio la razón Sejer.

—Y ahora nos acercamos al punto negro —dijo Skarre—. Mi tumba será derruida. Y no existiré en ningún lugar, ni en la conciencia de otros ni en el cementerio.

—¿Por qué te preocupas por cosas así? —preguntó Sejer—. Eres cristiano. Vas a vivir eternamente.

—Lo dudo —reconoció Skarre.

—Pero lo dice la Biblia —objetó Sejer—. ¿Escoges unos trozos aquí y allá y los vuelves a juntar como te conviene?

—Sí —reconoció Skarre—, es así como lo hacemos.

Se dejó caer sobre una silla.

—Los humanos también se extinguirán —observó Sejer—, al final solo quedarán insectos. Y nadie sabrá que hemos estado aquí.

—Pero fuimos una muy buena ocurrencia —replicó Skarre.

Sonó el teléfono y lo cogió.

—Medicina legal. Snorrason.

Sejer cogió el auricular y agarró un bolígrafo.

—Te paso un informe preliminar —anunció Snorrason—. He estudiado sus pulmones. Y resulta difícil afirmar algo con seguridad después de tanto tiempo. Pero hay indicios de que estaba muerto cuando cayó al agua.

—Entonces tenemos un caso.

—Probablemente.

—¿Alguna idea sobre su identidad?

—De momento no. Os avisaré.

—¿Lesiones por cortes? ¿Golpes?

—No parece. No encuentro lesiones ni internas ni externas.

—¿Estrangulamiento?

—No.

—¿Tóxicos?

—Las muestras están enviadas. Llevará tiempo.

—Así que ¿no puedes decir nada de la causa de la muerte?

—Todavía no. Y tendrás que disculparme si menciono esa posibilidad, pero a veces no lo conseguimos. Este joven asiático es un caso difícil.

—Esperemos que llegues a alguna conclusión —dijo Sejer—. Tiene padres en alguna parte, esperando.

—Todos los que me llegan tienen padres —repuso Snorrason.

Sejer y Skarre salieron del despacho y recorrieron el pasillo. Durante años habían caminado así, el uno junto al otro, algunas veces en animada conversación, otras en silencio, como ahora. Cuando Sejer de pronto tropezó dando un par de pasos a un lado, Skarre se lanzó al frente instintivamente para sujetarlo. Sejer cayó hacia la pared y se quedó unos instantes con los ojos cerrados.

—¿Qué pasa? —preguntó Skarre.

Sejer se llevó la mano a la cabeza. Veía borroso.

—No, nada. No lo sé.

Se frotó los ojos desconcertado. Se le pasó en parte el mareo y Skarre, ante él, volvía a estar definido.

—¿Estás enfermo?

—Para nada.

Quería seguir andando. Fue con cuidado, Skarre se apresuró a seguirlo.

—¿No has comido? —preguntó.

Nunca había visto al comisario perder el equilibrio de ese modo.

—Por supuesto que he comido —contestó Sejer—. No seas pesado.

Llegaron al ascensor. Sejer había recuperado la compostura. Apretó el botón y el ascensor se puso en movimiento en algún lugar.

—Habría sido una bajada de tensión —murmuró Skarre.

—Entra en el ascensor —dijo Sejer.

Entraron. Sejer contempló a su colega más joven, decidió confesarle algo.

—Haber dado un par de pasos a un lado no es muy grave —dijo—. Pero cada mañana cuando entro en el baño ocurre algo desagradable. Miro en el espejo y veo a un viejo ahí enfrente, que me observa. Me resulta familiar. Tiene una mirada penetrante, como si me conociera mejor que yo mismo. Hay algo en ese hombre que me desconcierta —añadió Sejer—, me dan ganas de echarlo a patadas.

Skarre miró al canoso comisario.

—Hace mucho que lo conozco —dijo—. Está perfectamente.

Querido Diario:

Todos cargamos con una culpa, todos pecamos de algún modo. No me refiero a los pecados de nuestros antepasados, no creo en esas cosas, pero somos muy niños la primera vez que pecamos. No tardamos mucho en robar o mentir. O en hablar mal de alguien a sus espaldas. Todo el mundo ha odiado, todo el mundo ha sentido la envidia correr por sus venas. Todo el mundo ha sido avaricioso, todos nos hemos apropiado de algo que no nos correspondía. Todos hemos tenido ganas de pegar, de gritar, todos hemos sentido ese fuego interior, y tal vez hemos pensado que era bueno. A pesar de eso, algunos viven como si esto fuera un baile. Y los que deberían sentir vergüenza no tienen juicio suficiente para hacerlo. Pero, a pesar de eso, soy capaz de perdonármelo casi todo, no lo que ocurrió en diciembre, sino todo lo demás. Que de pequeño robaba dinero de la cartera de mi madre para comprar chocolate, esas cosas que hacen los niños. Tal vez debería habérselo contado, aunque seguro que ya lo sabe, porque las madres son listas, siempre van un paso por delante. Sería bueno tener algo a lo que echarle la culpa, una infancia difícil o malas amistades. Papá nos abandonó, pero mamá nunca me dio ocasión de echarlo en falta, se sacrificaba por dos. Si acabo ante un tribunal, será con la cabeza gacha, ningún abogado defensor encontrará circunstancias atenuantes. Me pregunto cómo es perder a alguien, no tener nunca una tumba, no tener ese lugar concreto en el que recogerse. Un pequeño parterre de flores que limpiar de malas hierbas, cuidar de algo que crece donde el muerto descansa. No tener todas esas cosas, no saber nada mientras la imaginación trabaja. Duele pensarlo y me siento invadido por un desprecio tan intenso hacia mí mismo que casi no puedo respirar. El desprecio hace que mi sangre se espese. Cuando me despierto por la mañana la sábana está pringosa del odio que destilo por mí mismo. Reilly se droga. Lo entiendo muy bien, yo también tomaría algo para atenuar la desesperación. En cuanto a Axel, me cuesta entenderlo, pero se parece a su madre: ella es una máquina, una de esas personas que cogen lo que quieren sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

Tiene a quién salir. «De los huevos que pone el demonio salen hijos endemoniados», dice Reilly. Siempre tiene algún comentario acertado. Es porque lee mucho. Reilly es un tipo lento y apacible, a veces parece indiferente y apático, pero tal vez nos sorprenda de otro modo. Axel es el jefe, siempre ha sido así, pero Reilly trabaja en silencio. No me extrañaría que de pronto hiciera algo. Algo dramático que rompa el equilibrio.

La muela del juicio de Axel cada vez dolía más y, el tercer día, al volver del trabajo, se arrancó la ropa y se fue a la cama. Apagó la luz. Se encogió de cara a la pared. Se quedó apretándose la mejilla con un trapo, a intervalos regulares iba al baño para mojarlo en agua fría; eso lo aliviaba un par de minutos. Se pasaba el trapo por la cara, por las mejillas y la frente, dejando escapar unos leves gemidos. El dolor le llenaba la cabeza, le hacía tensar los músculos, y eso empeoraba los dolores; era un círculo vicioso. Cuando llamaron a la puerta permaneció tumbado. Pero el que estuviera allí fuera no se quería rendir, y al final fue tambaleándose hasta el recibidor.

—Joder, menuda pinta tienes —dijo Reilly.

—Se está extendiendo —gimió Axel—. Baja por la mandíbula.

—Entonces ¿tendrás que ir a un hospital?

—No sé. Tengo náuseas, sudores fríos.

Axel se dejó caer sobre la pared. Miró a un punto del suelo y, mientras tenía la vista clavada en él, empezó a moverse. Era una araña. Le puso el talón encima.

—Han encontrado un cadáver —dijo Reilly—. En la laguna de Glittertjern.

Axel se quedó con la boca abierta.

—Estás de coña.

—Han encontrado un cadáver. Dicen que de origen asiático.

Axel se quedó completamente inmóvil. Por primera vez en mucho tiempo el dolor insoportable pasó a un segundo plano.

—Ven —dijo—. Sentémonos.

Se dejó caer sobre una silla sin dejar de apretar el trapo contra la mejilla. Los muebles de Axel eran de piel de búfalo; siempre había jugado con la idea de que las sillas y los sofás habían galopado por la sabana. Ahora sentía, literalmente, que era así, que la silla se movía. El trapo que apretaba sobre su mejilla hacía mucho que estaba templado, pero le servía, era un símbolo, como una venda sobre una herida. En el talón seguía pegada la araña aplastada.

—No puede ser él —murmuró.

—Por supuesto que puede ser él —dijo Reilly.

—¿Y cuándo sabrán quién es?

—Esa clase de cosas lleva su tiempo —opinó Reilly—. Seguro que se ha descompuesto, lleva meses ahí.

Se quitó a tirones la larga gabardina.

—Tienen que estar seguros, pero, cuando tengan clara su identidad, empezarán a investigar hasta llegar al 19 de diciembre. No se rendirán. Nos encontrarán, Axel.

Se acercó a la ventana y miró al exterior, no había ningún gran carguero en el río ese día, solo pequeñas embarcaciones.

—Me pregunto qué vistas tendré desde la ventana de la celda —murmuró.

—¿Quieres callar la boca? —gimió Axel.

Se aferraba a los brazos de la silla.

—Ahora me duele también la garganta —se quejó—. Creo que las bacterias se han diseminado por la faringe. Me pregunto si pueden pasar al torrente sanguíneo.

Se pasó el trapo por la frente y se secó unas gotas de sudor.

—¿Así que han encontrado a un jodido chino?

Reilly se dio la vuelta.

—No sé de qué parte del mundo será, pero para nosotros pinta fatal.

—La culpa ha de demostrarse más allá de cualquier duda razonable —advirtió Axel—. Tenemos mucho terreno disponible. Tendrán que pelearlo.

—¿Qué hay de la verdad? —dijo Reilly, serio.

Axel manoteó irritado con el brazo que tenía libre.

—Eres tan inocente —replicó—. ¿Adónde crees que nos llevará la verdad? ¿Crees que la verdad es una limusina que nos llevará a un hotel de cinco estrellas con un vestíbulo repleto de gente jaleándonos? La verdad es incómoda, Reilly; Ingerid Moreno no la quiere. Le debemos a Jon preservar su buena reputación. Recuerda que esa fama ha de durar varias generaciones.

—Veo que piensas a muy largo plazo —comentó Reilly.

Axel asintió.

—Eso es lo que nos diferencia —dijo—. A ti solo te preocupa aliviar tu conciencia. Crees que la verdad es liberadora, que nos llevará a nuevas cimas. Que recuperarás todo lo que tenías antes de que ocurriera toda esta mierda.

Pero nunca lo tendrás. Uno de nosotros tiene que pensar en las consecuencias. En realidad, eres un jodido egoísta, Reilly, siempre tú y tus escrúpulos.

—Yo estaba pensando sobre todo en Ingerid —murmuró Reilly.

Se dejó caer en el sofá. Su largo cabello le ocultaba el rostro, solo asomaba la nariz larga entre los mechones de pelo.

—Quiero decir que ella piensa que la muerte de Jon es culpa suya, que ha sido una mala madre. Todo el resto de su vida tendrá que cargar con esos pensamientos. Lo piensa por la mañana y por la noche antes de dormir. Y cuando visita su tumba. Que fue una mala madre y que lo hizo todo mal. Y no es cierto.

—Todos tenemos que cargar con lo nuestro —dijo Axel, con una mueca de dolor—. Debes dejar de preocuparte por el resto de la gente, Reilly, eso te impide vivir con plenitud.

—¿Qué crees que habrá escrito Jon en el diario? —preguntó.

—Está claro que nada que nos descubra —contestó Axel—, si no, hace mucho que Ingerid se hubiera presentado aquí.

—No vendrá aquí —opinó Reilly—, irá derecha a la policía. ¿Sabes lo que pienso con frecuencia? Creo que no se han creído nuestra versión ni por un instante. Solo han estado esperando a que emergiera algo. Y ahora ha ocurrido. Van por delante de nosotros, Axel, han ido por delante todo el tiempo.

Los oscuros presentimientos de Reilly alteraron a Axel.

—Estoy mareado y débil —dijo—. Tengo sudores fríos. ¿Podrían ser síntomas de un envenenamiento de la sangre?

Reilly ignoró la pregunta.

—Alguien puede habernos visto, pienso mucho en eso. Estábamos tan ocupados con lo que pasó que ninguno de nosotros se hubiera dado cuenta.

Axel seguía con el trapo apretado contra la mejilla; a Reilly le recordaba a un soldado herido.

—Mucha gente se ahoga —opinó—. Seguro que no es nuestro hombre.

Lo más sencillo y cercano suele ser verdad, pensó Sejer, que Jon fuera al lago porque estaba enfermo. Llevo demasiado tiempo en esto. He desarrollado un profundo escepticismo que va conmigo a todas partes. No me fío de nadie, pienso que todo es posible y no doy por sentado que se ahogara voluntariamente. Es necesario pensar así. Pero puede que eso fuera lo que sucedió; a pesar de que no supiera nadar tal vez se atrevió a adentrarse un poco en el agua antes de hundirse. Quizá hubiese actuado impulsado por el pánico, con fuerzas inesperadas; la misma pelea con la muerte puede haberlo llevado hacia dentro. Y por supuesto que puede haberse vestido con el cuidado de siempre, aunque tuviera planeado suicidarse. Haberse abrochado la chaqueta y atado los zapatos con doble lazada. No había un manual de instrucciones al que la gente se atuviera en esas circunstancias; había escuchado muchas historias de comportamientos extraños en relación con un final como aquel. Algunos limpiaban la casa, ordenaban y tiraban la basura, otros se vestían con esmero y encendían velas en la habitación en la que iban a morir. Algunos ponían música, algo que los acompañara al otro lado, había quien se iba al bosque, como un gato viejo. Y había quien se llevaba a otros en su caída. Cada vida es única, siguió pensando Sejer, y la muerte también lo es. Una y otra vez había leído la declaración de los dos amigos, Philip Reilly y Axel Frimann. Había algo que no cuadraba en el relato que habían hecho. Frimann parecía sospechosamente indiferente, a pesar de la tragedia, y Reilly, muy esquivo. A la vez no podía ver un motivo para el crimen, los tres se conocían de toda la vida; Ingerid Moreno había hablado bien de los dos. Siempre habían cuidado de Jon, como dos hermanos mayores.

Se quedó escuchando el zumbido de voces de la comisaría, le gustaba mucho formar parte de ese gran engranaje. Le gustaban los interrogatorios, detectar una mentira, porque tenía un tono propio y, con el paso de los años, había aprendido a reconocerlo. Le gustaba ese momento en que, por fin, se producía la confesión, cuando todas las cartas estaban encima de la mesa y el desarrollo de los hechos se podía registrar y archivar. Ahora, tu abogado puede construirte una defensa, basada en las premisas que tú has creado. Puede darte aquello a lo que efectivamente tienes derecho. Justicia. Tal vez incluso comprensión. Y, si hay alguna circunstancia atenuante, también las

tendremos en cuenta. Si estás en desacuerdo con la sentencia, puedes apelar. Y recurrir una segunda vez.

Bajó la mirada de nuevo hacia los papeles y comprobó que Jon Moreno había ido de viaje a la cabaña el viernes 13. El día aciago en el que todo podía suceder. ¿Cómo puedo cogerlos?, pensó, y ¿por qué hay que cogerlos?

Apartó la silla del escritorio, se quedó mirándose las piernas, eran largas y fuertes. Siempre lo habían sostenido. Por las tardes corría por el bosque, era rápido, fuerte y resistente, y estaba en muy buena forma. Se inclinó y apoyó las manos sobre las rodillas, sabía que tenía las piernas en condiciones, que no era eso. El mareo está en la cabeza, pensó, me tropecé porque ocurrió algo aquí arriba.

Entonces sonó el teléfono. Fue un alivio poder dejar los pensamientos a un lado.

—Estoy con el hombre de Glittertjern —dijo Snorrason—, y no me gusta tener que decírtelo, pero de momento no he encontrado una causa clara de la muerte. El tiempo transcurrido en el agua nos lo dificulta, está en avanzado estado de descomposición. Debe de llevar allí todo el verano. El agua arrastra mucha información importante.

—Pero algo tendrás, ¿no? —preguntó Sejer sin perder la esperanza.

Se hizo un silencio bastante prolongado. Tal vez el médico estuviera consultando sus papeles. Sejer se quedó rascándose el codo, porque, siempre que pasaba algo, su eccema eclosionaba y le molestaba.

—No he encontrado ni un solo indicio que indique que alguien lo haya maltratado —dijo.

—Pero ¿estaba muerto cuando cayó al agua? ¿Sigues pensando que fue así?

—Sí, sigo pensándolo.

—Para mí es prueba suficiente de delito —apuntó Sejer—, los muertos no se tiran al agua ellos solos. ¿Qué hay de su identidad? Dime que sabes quién es.

—La identidad del hombre está clara, y eso ya es algo —respondió Snorrason satisfecho—. O, mejor dicho, el chico, porque solo tenía diecisiete años. Vivía aquí con su madre desde los ocho años, son de Vietnam.

Desapareció a mediados de diciembre, y las circunstancias que rodean su desaparición no están claras.

—¿Nombre? —preguntó Sejer.

—Van Chau —contestó Snorrason—. Kim Van Chau.

—¿Puedes repetir el nombre?

—Kim Van Chau —dijo Snorrason.

Sejer lo apuntó en un cuaderno. Le resultaba familiar y se esforzó por recordar, Van Chau, Van Chau de Vietnam. Por fin apareció en su memoria el caso de desaparición de diciembre, y, a la vez que recordaba, vio un destello de algo mayor, un significado que había estado esperando, que había estado allí todo el tiempo. Kim Van Chau desapareció después de una fiesta. Tras varias batidas de gran envergadura, desistieron de encontrar al joven, parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Y Frimann, Reilly y Moreno estaban involucrados. Se les tomó declaración de forma rutinaria, pero no había base para sospechar que se hubiera cometido un delito. Ahora, al cabo de muchos meses, su cuerpo había aparecido en Glittertjern. Sejer cayó en la cuenta de una cosa más. Su mirada recorrió el escritorio hasta dar con el muñeco de tela del peto azul. El muñeco de Jon de Ladegården, que se llamaba Kim.

Querido diario:

Me alegro de todas las cosas que tengo aquí en Ladegården.

De mi habitación, de la cama y de Hanna Wigert. Agradezco las medicinas que aplacan mi ansiedad. El ritmo y las rutinas, que siempre haya voces y sonidos en el gran edificio. Agradezco la comida, que tomamos juntos, en la gran mesa del comedor. Me alegro de que esté Dagny, que se ocupa de la cocina, de las guardias nocturnas de Ruth, que viene a ver cómo estamos cada hora de la noche. La sensación de que me cuidan como a un niño. Y puede que no sea otra cosa que un niño, uno que todavía se cuelga de las faldas de su madre. A la vez, me resulta difícil haber llegado aquí, por fin, porque me doy cuenta de que no existe ninguna receta mágica, ninguna cura que haga efecto a los quince días. Esperan de mí que colabore haciendo confidencias, contando los pensamientos que llevo más adentro. Pero para poder ponerme al descubierto, debo exponer a otras personas, y no siento que tenga derecho a hacerlo así, sin más. ¿Me salvo yo y dejo que los demás se hundan? Cuando hablo de estas cosas con Hanna, no parece que entienda lo serio que es, dice: «Querrás superar esto. Querrás que las cosas cambien, ¿no?». Y quiero, por supuesto, porque no puedo vivir de esta manera. Soy Jon el cobarde. Lo digo muchas veces seguidas.

Jon-el-Cobarde, Jon-el-Cobarde, Jon-el-Cobarde.

Cuando subo y bajo por el pasillo, me sorprende que la gente sonría, me salude, como si fuera un tipo cabal que merece amabilidad. ¿No ven que es Jon-el-Cobarde quien se acerca? ¿No ven las moscas que zumban alrededor de mi cabeza? ¿No ven el rastro de mierda que voy dejando por

el pasillo? Por eso paso mucho rato solo, o doy un paseo con Molly; ella no es como los demás. Ella tampoco quiere hablar de lo que le resulta difícil, pero sé que tiene un hermano mayor al que odia. No quiere hablar de él, ni siquiera quiere decirme cómo se llama, así que me hago una idea. Molly y yo nos hemos hecho amigos de por vida. Nunca nos lo hemos dicho en voz alta, pero lo sabemos los dos, y cuando la veo llegar caminando siento que todo mi cuerpo burbujea, como un refresco en un vaso. Ayer estaba sentado en el despacho de Hanna Wigert, estoy allí todos los días entre las once y las doce, en el sofá azul. Me había colocado uno de los muñecos en el regazo, como tengo por costumbre. A veces lo torturo un poco, le tiro del pelo y le pellizco los pies, y eso me sienta bien. No sé si Hanna lo ve, o si comprende por qué lo hago, pero me gusta torturar a ese muñeco, no tengo otro objetivo al que dirigir mi ira. Hacia el final de la hora Hanna se quedó en silencio. Hizo rodar la silla hasta donde estaba yo en el sofá.

—¿De qué tienes miedo, Jon? —preguntó.

Me puse muy nervioso, porque sentí que me estaba presionando, así que tiré del muñeco hasta que las costuras cedieron. Pero también quería ser un buen paciente y contestar con tanta sinceridad y honradez como me fuera posible.

—A condenarme —susurré.

—¿Condenarte?

Se acercó todavía más, no dejaba de mirarme.

—¿Quién te condenará? —preguntó ella.

—La gente —dije yo.

—¿La gente? ¿Toda?

—Sí. Toda.

—¿Tan grave es tu falta?

—Sí, es muy grave.

—¿Conoces a toda la gente, Jon? ¿O solo a unos pocos?

—Conozco a unos pocos.

—Bien. Unos pocos. ¿Y opinas que te condenarán?

—Cualquier persona decente me condenaría —dije yo.

—¿No crees que haya personas generosas, comprensivas y dispuestas a perdonar? ¿Has pensado en eso?

—No hay mucha gente así —señalé yo—. Tú también me condenarías, pero no lo sabes.

—Tal vez te equivoques —respondió ella.

—No me equivoco. Puede que me haya equivocado en otras ocasiones, casi todo el mundo lo hace. Pero esta vez tengo razón.

Así fue la conversación que mantuvimos. Me sentí fatal cuando acabó la hora. ¿Comprensión? ¿Perdón? Nunca obtendremos nada de eso. No mientras vivamos.

Estoy atrapado en un callejón sin salida. Si sigo callándome soy un cobarde. Si lo cuento, Axel y Reilly me odian.

—¿Qué habéis hecho? —gritó Ingerid Moreno.

Estaba en la puerta, furiosa, mirando fijamente a Axel.

—¡Cuéntame qué es lo que habéis hecho! ¡Cuéntamelo ya!

Tenía manchas rojas en las mejillas, como si hubiera corrido, y puede que lo hubiera hecho, había corrido desde el coche hasta el bloque en el que vivía

Axel, había corrido desde el ascensor hasta su puerta. Entró pateando el suelo y dio un portazo, traía los pelos revueltos.

—¡Cuéntame qué es lo que habéis hecho!

Axel retrocedió. Tenía la mano en la mandíbula, como siempre en los últimos días, y al ver a Ingerid Moreno se puso pálido. Su cerebro trabajaba febril para ponerse a la altura de las circunstancias, había pensado en la posibilidad de que viniera, pero había imaginado a una mujer que se arrastraría, no un ciclón.

—¡Respóndeme! —gritó—. Sé que ha ocurrido algo, lo he leído en el diario de Jon. Habéis estado involucrados en algo y ¡me vas a decir qué es! Y no me mientas, Axel, porque te daré una paliza de muerte, y puedes reírte, pero no tienes ni idea de lo fuerte que soy, ¡te destrozaré si no me respondes!

Axel observó instintivamente sus uñas, que eran largas y rojas. Reprimió el susto, se concentró profundamente y, por fin, recuperó la capacidad de hablar, la que siempre le salvaba.

—Ingerid —dijo con suavidad—. Entra. No te quedes ahí de pie, gritando.

Fue hacia ella con los brazos abiertos, pero ella se apartó. Entonces él se dio la vuelta y entró en la casa, alargó la espalda un poco para que destacaran sus anchos hombros, de manera que ella pudiera ver que era grande, fuerte y seguro, que era él quien conocía la verdad y tenía el control.

—Siéntate —la invitó con amabilidad.

Ella se sentó al borde de una silla. Las garras rojas se quedaron quietas en su regazo y no apartaba la vista de él.

—Discúlpame —dijo Axel—, pero tengo una muela infectada, así que estoy un poco alterado. Querida Ingerid, tendrás que explicarme de qué se trata, porque no entiendo nada.

Ingerid Moreno siguió observándolo fijamente. Puede atacar en cualquier momento, se dijo Axel, le han arrebatado a Jon, no tiene nada que perder. Puede sacarme los ojos y la gente lo comprenderá; pobre Ingerid, pensarán, no sabe lo que hace porque está loca de pena.

—He leído su diario —dijo ella—. Escribió en él cada día, y trata de vosotros tres. Explica que tiene mala conciencia, que habéis hecho algo terrible juntos, y si eso le quitó la vida ¡tengo que saber qué fue!

—¿Algo juntos? —preguntó Axel.

Respiraba con una falsa calma. Pero el resto de su ser estaba en tensión. Qué hago si nos ha desenmascarado, pensó, le retorceré el cuello. No, no haré eso. Joder, Jon, mira que embadurnar el papel con tu mala conciencia para que todo el mundo la vea.

—¿Escribió que hicimos algo juntos? —insistió.

—Sí —afirmó ella—, queda claro en el texto. No he traído el diario conmigo, Axel, pero no cabe duda. Conocía a Jon. Habla como si hubiera cometido un gran pecado.

—¿Un gran pecado? ¿Y dice que yo y Reilly hemos participado?

Le dedicó una mirada compasiva, como se mira a un niño perdido. Intentó ignorar el dolor infernal de la muela del juicio; amenazaba todo el rato con sacarlo de su papel.

—No dice exactamente eso —repuso ella—, pero solo salía con vosotros. No tenía otros amigos.

—¿Dice que hemos hecho algo horrible pero no dice qué? —susurró Axel.

Ingerid se mordió el labio. Le costaba estarse quieta, le dolía todo el cuerpo, Axel nunca la había visto tan alterada. A la vez, sintió un alivio tan grande que los dolores de la boca perdieron intensidad.

—Jon estaba enfermo —dijo él con voz queda.

Su voz tenía un tono consolador que hizo que ella lo escuchara.

—¿Lo oyes, Ingerid? Estaba enfermo.

Ingerid se liberó de su voz hipnótica y volvió a pasar al ataque.

—Ese diario está escrito desde la desesperación, no desde la locura. No me subestimes... —Boqueó para tomar aire—. No me subestimes porque sea una mujer. Porque esté pasando un duelo. Porque sea mayor que tú. ¡No lo hagas!

—Conocías a Jon —dijo Axel, tranquilo—. Sabes cómo era su conciencia, se despertaba ante las cosas más nimias. Jon era un chico frágil, con los nervios siempre a flor de piel. No soy capaz de imaginar qué es lo que ha podido torturarlo tanto que no haya aguantado más. No hay ningún incidente entre nosotros que pueda explicar lo ocurrido. Puede que se trate de algo sin importancia, algo que Reilly y yo hayamos olvidado hace mucho,

pero a lo que Jon ha seguido dando vueltas. Tal vez haya crecido hasta dominarlo. Lo siento tantísimo, Ingerid, pero no entiendo nada de todo esto.

Ingerid Moreno estaba a punto de echarse a llorar. Pendiente del rostro de Axel como una mendiga, ¡había estado tan segura de que él tenía la solución!

—Debes tener en cuenta una cosa —prosiguió Axel—. Algunas personas tienen tendencia a exagerar sus pecados y sus fallos hasta sobredimensionarlos por completo. Minúsculos errores de juicio se convierten en monstruos que los devoran enteros. Seguramente sea eso lo que ha hecho Jon. Eso es lo que llaman psicología.

Ingerid luchaba contra el llanto. La seguridad de Axel la hacía dudar.

—Pero algo hay ahí... —balbuceó—. Página tras página de arrepentimiento. Página tras página de desprecio por sí mismo. Estaba tan segura de que podrías ayudarme... Iré a ver a Reilly. Se lo preguntaré a él.

Axel le dedicó una mirada compasiva.

—Creo que deberías hacerlo. Haz lo que tengas que hacer, pero me temo que te llevarás una decepción. Jon no hizo nada malo, eso te lo puedo asegurar. Jon era sensible, honesto y bueno. Y, aunque sea difícil reconocerlo, tendrás que afrontar que tal vez desvariara.

Ingerid se puso de pie y fue hacia la puerta.

—Jon no tenía nada de eso —dijo—, de ser así lo habría sabido. Su médico lo habría sabido. Voy a descubrirlo como sea y, si te estás guardando algo, ¡nunca te lo perdonaré!

Empezó a gritar otra vez. Perdió el control, su vida ya no valía nada sin Jon.

—¡Te conozco desde que eras un niño! —proclamó—, y conozco a tu madre. Te he puesto tiritas en las rodillas, te he dado la merienda, te he preparado refrescos. Has entrado y salido de mi casa durante años, y siempre he pensado bien de ti. Eras un mocoso, pero eras amigo de Jon. Y no debes engañarme, ¡porque no lo soportaré!

Se marchó cerrando de un portazo. Axel agarró el móvil y llamó a Reilly.

Yoo Van Chau era una mujer menuda de redondeadas mejillas infantiles. Al ver a Sejer, le dio la espalda y se tapó la cara con las manos. Había ropa de

abrigo colgada de la pared y desapareció entre una gabardina y un chaquetón. Sejer se fijó en dos cosas: tenía el cabello negro, sedoso, y unas minúsculas zapatillas bordadas en los pies.

Tras esconderse un rato entre la ropa, volvió a asomar con una sonrisa de disculpa. La siguió hasta el salón, y enseguida vio la foto de Kim Van Chau. Estaba en una cómoda alta. A su lado ardía una vela. Kim había sido un chico hermoso, pensó instintivamente al recordar el cuerpo que habían sacado del agua. No era agradable recordarlo, pero eso no lo sabía Yoo Van Chau.

La mujer señaló un sofá. Era rojo, con cordones dorados. Ella se dejó caer en una silla, Sejer no podía apartar los ojos de las zapatillas bordadas, creyó ver que el dibujo eran dragones lanzando llamas.

—Puedo preparar té —ofreció ella.

—Tú tranquila, no te molestes —repuso Sejer.

Las manos descansaron en su regazo y empezó a hablar sin parar. Hablaba bien el noruego, con un acento encantador, y tenía la voz de una niña pequeña.

—Dijeron que estaba junto a la orilla —señaló—, ha estado allí mucho tiempo. Han pasado nueve meses desde que desapareció. Así que estoy contenta. Porque había desistido ya, pensé que todo se había perdido, que mis manos estarían vacías para siempre.

—¿Tienes más hijos? —preguntó Sejer.

Tenía la esperanza de que dijera que sí. De que en cualquier momento apareciera una hija adolescente, que saliera de una de las habitaciones, que se acercara y le rodeara el cuello con los brazos. O que un niño más pequeño viniera a subirse a su regazo, porque parecía joven.

—Solo tengo a Kim —explicó—. No tuvimos más hijos, porque mi marido murió, solo tenía treinta y dos años, y yo no fui capaz de mantenernos a los dos. Kim solo tenía ocho años cuando vinimos a Noruega, somos de Yen Bai, y vinimos aquí porque teníamos unos parientes que nos dijeron que estaba bien.

—Y ¿qué te parece a ti? —preguntó Sejer—. ¿Noruega está bien?

—No os falta de nada —dijo ella con sencillez.

Sejer no respondió a eso.

—Kim no hizo muchos amigos —prosiguió ella—. Y, si encontraba alguien con quien pasar el tiempo, se emborrachaban. Me lo decía: si quiero ir con ellos tengo que beber hasta emborracharme.

Detuvo el fluir de sus palabras.

Sejer escuchaba en silencio. Venir tan lejos, reflexionó, desde la bella Vietnam, llegar al oscuro invierno noruego con hielo y nieve, y perder todo lo que uno tenía. Y, a pesar de eso, sentarse con calma y contarlo con las manos en el regazo. Manos minúsculas, como de porcelana. Y en los pies, dragones que lanzan llamaradas.

—¿No es raro que algunos estén solos? —dijo ella—. Él lo tenía todo. Era buen estudiante, y puedes ver por su foto que tenía buen aspecto, para mí es difícil de comprender. Muy difícil.

—Háblame de la noche en que desapareció —le pidió Sejer.

—Sí —asintió ella—, te lo contaré. Fue el 19 de diciembre, el año pasado, un poco entrada la tarde. Él quería ir al centro, no iba a encontrarse con nadie en especial, dijo que quería ver un poco de animación, y yo insistí en que se abrigara bien, porque ese día hacía un frío helado. Y un chico de diecisiete años no tiene que estar sentado en el regazo de su madre, lo sé bien, así que me alegraba de que quisiera salir a disfrutar de la vida, estar con otros, a pesar de que yo no los conocía. Me llamó desde el recibidor. Fue la última vez que oí su voz; todavía puedo escucharla una y mil veces, lo último que dijo. Hacia medianoche me fui a la cama, pero no dormí, estuve esperando oír su llave en la cerradura, porque hace un pequeño chasquido, muy nítido, inconfundible. Estuve pendiente de oír su voz, y pasos, y esperé a que sonara el agua en las cañerías del baño. Nunca la noche ha estado tan repleta de ruidos, oía algo todo el tiempo, y cada vez me incorporaba de golpe. «Ahora es Kim el que llega, seguro que ahora es Kim, ¿no es eso un coche que arranca en la calle?, porque le habrán traído a casa, claro, él solo se junta con gente decente». Porque él es decente. Así me pasé la noche, pensando. Después de muchas horas llegó la luz, y entonces estuve segura de que algo había ocurrido, desde la puerta veía su cama vacía, casi no me lo podía creer. Luego hubo mucho lío para averiguar qué había sucedido. Cuando en el periódico salió que había desaparecido, llamaron varios testigos. Se había encontrado con unos jóvenes y fue con ellos a una fiesta, y

les tomaron declaración a todos, pero ninguno de ellos comprendía qué podía haber ocurrido. Pero Kim había hecho lo mismo que ellos, había bebido, y no tenía costumbre. Así que lo dijeron tal cual, que Kim Van Chau estaba borracho. Y no sé qué ocurrió, pero no debería haber bebido, porque no le sentaba bien.

—¿Qué pensaste que podría haber ocurrido? —preguntó Sejer.

—Durante mucho tiempo pensé que se habría dormido en una cuneta al volver a casa y que habría muerto de frío, pero entonces me dijeron que alguien le había traído en coche hasta los buzones, y empecé a dudar. Pasaban los días y nadie lo encontraba, y entendí que era otra cosa completamente distinta, algo incomprensible. No entiendo por qué lo encontraron en el agua, tal vez atravesó el hielo. Pero este invierno hizo mucho frío, el hielo tenía que ser grueso, y ¿qué quería hacer ahí arriba, en Glittertjern?

Se secó unas lágrimas de la mejilla.

—¿No quieres un poco de té? —preguntó de nuevo.

—Tú tranquila, no te molestes —repitió Sejer.

En cuanto dijo que no, se arrepintió. Tal vez ella quisiera ir a la cocina y hacer algo, hervir agua, sacar tazas del armario, hacer las cosas que tenía por costumbre cuando tenía visita. Y él había rechazado su hospitalidad. Por unos instantes consideró la posibilidad de pedirle una taza a pesar de todo, pero no tuvo tiempo.

—¿Podéis averiguar algo después de tanto tiempo? —preguntó ella—. No es que quiera acusar a nadie, pero, si alguien tiene la culpa de lo que ocurrió, tienen que ser castigados por ello. La policía pensó que a lo mejor se había suicidado, porque descubrieron que estaba solo, claro. Pero Kim nunca habría hecho algo así.

—El caso se va a reabrir —dijo Sejer—. Ahora que lo hemos encontrado, será más fácil investigar. No se ahogó, eso lo sabemos, pero, por lo demás, la causa de la muerte es desconocida. ¿Estaba bien de salud?

Ella asintió.

—Estaba sano. No tomaba ninguna medicación, nada de eso. No tomaba drogas, de eso estoy segura. Tampoco fumaba.

Volvió a llorar un poco. Enderezó un mantel bordado de la mesa y sonrió para disculparse por dejarse llevar otra vez.

—Si averiguáis la verdad, me alegraré —dijo—. Ahora paso las noches despierta e imagino lo peor. Imagina que lo mataran. Todos esos jóvenes borrachos en esa fiesta. Imagina que lo mataran a golpes.

—No lo hicieron —aseguró Sejer—, el médico lo habría visto.

—¿Se puede beber tanto que te mate? —preguntó ella.

—Sí —dijo Sejer—, es posible. Y el médico ha hecho pruebas que mostrarán si tenía intoxicación etílica, aunque no creemos que ocurriera de ese modo.

—¿Puedes saber si la gente miente? —preguntó ella.

Sejer meditó un par de segundos.

—Muchas veces puedo, pero no siempre.

—¿Hablarás con los que estuvieron con él la última noche?

—Hablaré con todos y cada uno de ellos.

Yoo Van Chau se puso alerta.

—Tienes que mirar detenidamente a todos aquellos con los que hables —le previno ella—. Tienes que escuchar su voz y ver en sus ojos si dicen la verdad.

—Escucharé con cuidado todo lo que me quieran decir —asintió Sejer.

—Y tienes que mirarles las manos —añadió—, fíjate bien en las manos, si no dejan de moverlas.

—Les miraré las manos —prometió.

—¿Puedes averiguar qué ha sucedido? —repitió ella, y ahora su voz era insistente—. ¿Podéis saber si alguien lo ha matado o le ha hecho sufrir? ¿Podéis descubrir por qué su corazón dejó de latir? Su corazón joven y fuerte. Hay una razón —insistió ella—, nada ocurre sin motivo.

—Es cierto —dijo él—, pero ya sabes que, con frecuencia, son varias cosas las que suceden a la vez.

—Entonces quiero saberlas todas —repuso—. ¿Puedes averiguarlo? Por favor —añadió, mientras esperaba la respuesta, ansiosa.

Parecía pequeña, daba la sensación de estar perdida en la butaca, le quedaba grande. Sejer no quería prometer nada, no quería darle garantías,

nunca lo hacía, porque sabía que no podía. Pero, de repente, se sintió débil, y dejó escapar las palabras prohibidas a pesar de todo.

—Averiguaré qué ha sucedido —dijo—. Lo prometo.

La fiesta tuvo lugar en Skjæret el 19 de diciembre. Skjæret estaba en Åkerøy, e Irene Selmer figuraba como propietaria de un pequeño ático con vistas al mar.

Fueron al coche. Sejer confesó el momento de debilidad que había padecido en su encuentro con Yoo Van Chau.

—Prometí averiguarlo —dijo.

—¿Qué quieres decir con prometí? —preguntó Skarre.

—Que es seguro que tendrá una explicación de lo ocurrido. Era imposible decirle que no. Lleva unas zapatillas con dragones bordados —explicó.

—Pero no podemos prometer eso —dijo Skarre—. Tienes que dar una de esas respuestas estándar. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance. Esa no está mal, ¿no?, impresiona bastante.

—Si hubieras visto a Yoo Van Chau, tú también lo habrías prometido —contestó Sejer.

Pusieron rumbo a Åkerøy.

Media hora más tarde vieron los destellos azules del fiordo entre las casas y, más allá, algunos islotes con cabañas rojas y blancas. Skarre habló mucho rato de su infancia; se había criado en la casa del párroco de un pueblo de la costa del sur, y ahora sentía la llamada del mar.

—Quiero un piso aquí —dijo—. ¿Cuánto crees que costarán?

—Demasiado para nosotros —respondió Sejer.

Skarre miró soñador hacia la salida al mar.

—Supongo que aquí hará frío en otoño y en invierno —añadió—. El mar entra de lleno. ¿Tú qué crees?

Miró al comisario buscando su apoyo.

—No puedes vivir aquí —dijo Sejer—. Hace un frío horrible.

Irene Selmer tenía puesta una camiseta, le llegaba por los muslos y llevaba impreso el texto: PRINCESA DE JUERGA.

Parecía poco receptiva. Pensó que tal vez fueran vendedores, y ella no quería nada.

—Policía —anunció Sejer.

Se quedó con la boca abierta. Luego cayó en la cuenta de lo sucedido, algo que la ponía nerviosa.

—¿Es por Jon Moreno?

Sejer no tuvo tiempo de responder.

—He oído decir que fue un suicidio —expuso ella—. ¿Fue un suicidio?

—Hemos venido por otro motivo —contestó Sejer.

Tiraba de la camiseta. No se decidía a invitarlos a pasar. Luego se le ocurrió otra cosa desagradable. Algo que casi había olvidado.

—Hemos encontrado a Kim Van Chau —dijo Sejer.

—¿Está muerto? —susurró ella.

—Sí.

—¿Se murió de frío? ¿Dónde estaba?

—Lo encontramos en Glittertjern —explicó Skarre.

Ella movió la cabeza, sorprendida.

—¿En Glittertjern? Pero si vive en Nattmål, en las casas adosadas. ¿Habéis descubierto qué pasó?

—No —dijo Skarre lanzando una mirada a Sejer—. Pero haremos todo lo que esté a nuestro alcance.

Ella les dio la espalda y entró en el piso.

—No tendría que haberlo echado —se lamentó ella—, estaba muy borracho. Todo es culpa mía.

—¿Por qué es culpa tuya? —preguntó Sejer.

Empezó a darles explicaciones, sin mirarles.

—Lo he pensado desde el principio, que si hubiera dejado que se quedara a dormir, habría vuelto a su casa con vida. Pero no quería tenerlo aquí. No sé en qué estaría yo pensando.

—Empecemos por el principio —pidió Sejer—. Lo de la culpa podemos hablarlo después.

Encontraron sitio para sentarse. Irene Selmer levantó un extremo de la camiseta y se secó los ojos, extendiendo el maquillaje por la cara en churretones negros.

—Ya lo he contado —explicó ella—. Lo he contado varias veces.

—Y ahora tienes que contarlo otra vez —dijo Sejer—. Háblanos de la fiesta.

—Era una fiesta de inauguración —empezó ella—. Mi padre me regaló este piso cuando cumplí los veinte. Fue una fiesta bastante informal, nos sentamos en el suelo, no había sillas para todos. Había avisado a los vecinos, porque aquí se oye todo. Pero no hubo ninguna queja, porque aquí todos son gente joven y toleran bastante bien el follón. Pedimos pizza al autobús de la pizza; la trajeron sobre las diez.

—¿Hubo mucho alcohol? —preguntó Sejer.

Ella se tiraba de los cordones de los zapatos.

—Cada uno trajo lo que quiso para beber. Algunos, cerveza y vino, otros tenían vodka. Por supuesto que la gente se emborrachó, yo ya contaba con eso.

—¿De qué conocías a Kim Van Chau? —preguntó Skarre.

—No conocía a Kim. No estaba invitado.

—Entonces cuéntanos cómo acabó en tu fiesta.

—Estaba haciendo autostop —dijo—, junto a Nattmål. Quería bajar al centro. Dos amigas mías pasaron en coche y lo vieron. Venían aquí. Y se lo trajeron. Fue una broma.

Hizo un gesto reticente con la cabeza. Tal vez se avergonzaba, o tal vez estaba harta de lo ocurrido.

—Estaba aquí sentado en el suelo, y alguien le puso en la mano una botella de cerveza. Y otra, y otra más. No tenía aguante. Nos divertimos haciendo que hablara en vietnamita, porque suena muy raro. Nos echábamos a reír y entonces él también se reía. Hacía todo lo que le pedíamos.

—¿Os contó algo de sí mismo?

—Vivía en casa de su madre en los adosados de Nattmål. Iba al colegio Sanderud. Su padre había muerto. No sabíamos nada más.

Levantó la vista hacia Sejer.

—Todo el rato le ponían una botella en la mano y yo dije que lo dejaran ya, porque ni siquiera sabíamos si tenía permiso para beber alcohol. Y tenía que volver a casa de alguna manera.

—¿Así pasó la noche? ¿Estuvisteis sentados en el suelo bebiendo?

—Como puedes ver, no hay espacio para bailar —señaló ella.

—Sigue —le ordenó Sejer—. ¿Qué pasó después?

—Se hizo muy tarde —dijo—, y tuve que echar a la gente porque nadie se quería marchar. Estábamos a bajo cero. Es imposible hablar con borrachos —añadió, desesperada.

Skarre la miró muy serio.

—¿Esa noche circularon otras cosas además de alcohol?

—Que yo sepa no. Y, si lo hubiera notado, les habría avisado al momento. Aquí dentro no lo consiento, no me atrevo por mi padre.

—¿Te gusta Axel Frimann? —preguntó Skarre.

Ella lo miró desconcertada.

—Siempre lleva detrás una cola de chicas.

—Eso no responde a mi pregunta —dijo Skarre.

—Ser la chica de Axel da prestigio —explicó ella.

—Creo que es todo un personaje —opinó Skarre.

—A mí no me interesa el prestigio —apuntó ella.

—Empezaste a echar a la gente —prosiguió Sejer—. ¿Cómo se fueron a casa?

—La mayoría en taxi. Los cogían entre varios. Algunos se fueron caminando, porque viven aquí en Åkerøy, y unos pocos cogieron el último autobús a la una.

—¿Y Kim Van Chau?

—Él era el más problemático. Para entonces estaba muy borracho. Pero eran las tres de la madrugada y no quería tener a nadie durmiendo en el suelo cuando me despertara por la mañana. Tampoco llevaba dinero para un taxi, les dije a Axel y a los otros que lo metieran en el coche y lo acercaran al centro. Podían dejarlo donde lo recogieron las chicas, justo en los buzones del final de la cuesta de Nattmål, y desde ahí solo hay unos metros hasta la puerta. Pensé en su madre, que seguro que lo estaba esperando despierta. Luego empezamos a discutir.

—¿Qué acordasteis? —preguntó Sejer.

—Axel y Reilly acabaron sacándolo por la puerta y metiéndolo en el Mercedes —prosiguió—. Para entonces yo llevaba ya un buen rato insistiendo. Axel es muy testarudo.

—¿Axel había bebido?

—Creo que no —murmuró ella.

Empezó a darle vueltas a una sortija que llevaba en el dedo, y Sejer recordó las palabras de Yoo Van Chau. «Fíjate bien en sus manos, si no dejan de moverlas».

—¿Qué hay de Reilly y Jon?

—Jon estaba completamente ido, porque no aguanta gran cosa, Reilly también iba bastante tocado.

—Entonces tenemos la siguiente secuencia —apuntó Sejer—. A las tres de la mañana, Axel, Jon, Reilly y Kim salen por la puerta para ir en coche a Nattmål. ¿Viste que se metieran en el coche?

—Yo solo veo el mar —dijo ella.

—Pero, tal y como tú lo entendiste, ¿Axel tenía intención de llevar a Kim a Nattmål?

—Ese era el trato —repuso ella—. Lo prometió. Jon y Reilly lo prometieron.

—Así que ¿esa fue la última vez que viste a Kim Van Chau? —preguntó Sejer—. ¿Cuando Axel y Reilly lo ayudaron a salir por la puerta?

—Sí —dijo ella—. Esa fue la última vez que lo vi.

Ingar y Ragni Lund también habían estado en la fiesta de Irene en Skjæret. Eran mellizos. A Sejer le fascinó el parecido, que no solo se reflejaba en sus rasgos, sino también en sus gestos, a pesar de que no eran idénticos.

—Cuando llegamos, la fiesta ya llevaba un par de horas —explicó Ragni—, y a Kim le habían asignado el papel de mascota. Estaba borracho. Se reía de todo lo que decíamos. Parecía un amuleto de la suerte, con su cabello negro.

Sejer apuntó algo y volvió a mirar a los mellizos.

—¿Hubo alguien que se marchara de la fiesta y después volviera? —quiso saber.

—Sí, ¿verdad? Stian y Jon se fueron a comprar soda —dijo Ingar—. Hay una gasolinera Shell, que no cierra, en la carretera principal —siguió explicando—. Estuvieron fuera una media hora.

—¿Alguien más?

—No.

—¿Alguien que se metiera en alguna de las habitaciones?

Los dos negaron con la cabeza.

—Irene había cerrado con llave la puerta de su dormitorio —apuntó Ragni—, porque no quería que nadie se metiera allí a darse el lote.

—¿Sabéis si alguno de los invitados conocía a Kim de antes?

—Nadie conocía a Kim —dijo Ragni—. De repente apareció en la puerta y a Irene le supo mal decirle que se fuera. Esa noche hizo mucho frío, casi veinte grados bajo cero, y no iba muy abrigado, solo una chaqueta no muy gruesa. No habría sobrevivido.

Luego cayó en la cuenta de que precisamente eso era lo que había ocurrido: no sobrevivió.

—¿Se produjo algún conflicto durante la noche?

—Solo alguna pequeña discusión —dijo Ingar.

—¿De qué discutieron?

—Cosas de chicos... Cuándo dejó tal bajo tal banda, quién lo reemplazó, cuándo se metió una sobredosis... esas cosas que les interesan a los chicos.

—¿Ninguna discusión que tuviera que ver con Kim?

—No.

—¿Ni insultos ni acoso de ninguna clase?

Los mellizos negaron con la cabeza.

—Dijimos algunas tonterías. Pero nada serio.

—¿Diríais que Jon Moreno estaba borracho? —preguntó Sejer.

—Sí —confirmó Ingar—. Estaba borracho.

—¿Y Philip Reilly?

—Yo diría que estaba bastante tocado, pero es enorme y aguanta bastante.

—¿Y qué hay de Axel Frimann?

—Creo que se tomó unas cervezas al principio de la noche —contestó Ragni—, pero conducía, así que tuvo cuidado. Se comporta de una manera completamente histérica con ese Mercedes. Nunca lo pondría en peligro.

—¿Cuándo os fuisteis de la fiesta?

—Sobre la una —dijo Ingar—. Creo que fuimos los primeros en marcharnos. Cogimos el último autobús al centro.

Sejer dejó el bolígrafo.

—Kim apareció en Glittertjern —anunció—. ¿Conocéis algún lugar donde sea habitual que se reúnan los jóvenes? ¿Una playa o un mirador?

—Nos reunimos en una playa —dijo Ragni—. Ahí se hacen muchas fiestas en verano. Hay que ir por el lado oeste —explicó—, pasando por delante del centro de acogida de refugiados y luego girar inmediatamente a la derecha. Entonces la verás enseguida. Es una playa minúscula. La llamamos Copa Cabana.

Yoo Van Chau se puso una rebeca de punto y un par de botas, porque quería bajar a los buzones. Al llegar a la calle sintió frío, mientras pensaba que precisamente aquí había estado Kim, solo en la noche helada, con el pulgar levantado, cuando un coche se había aproximado. Se pondría contento cuando las chicas lo invitaron a ir con ellas a una fiesta, supuso, por fin lo veían y contaban con él. Todo lo que siempre había deseado llegó rodando sobre cuatro ruedas. Dos chicas guapas y una invitación. «¡Hola! ¿Te vienes?» Por un momento se quedó tan paralizada que olvidó por qué había salido. Se acercó a los buzones y abrió el suyo, en el fondo había un montón de publicidad. De ataúdes. De lápidas. También había un catálogo de una floristería. Incluso la muerte es un negocio, pensó ella, nos asaltan mientras estamos derrotados. Habrá gente ambiciosa tras todo ese papel satinado. Entonces cayó en la cuenta de que ellos también iban a morir, los que fabricaban los ataúdes y tallaban la piedra. Y los que ataban las flores de las coronas fúnebres. Los hijos morirían, las hijas, las madres, los padres, todo el mundo tenía que tomar estas decisiones tarde o temprano. Se sintió débil. Se agarró al soporte de los buzones unos instantes, los catálogos resbalaron de su mano y cayeron al suelo, tuvo que agacharse y recoger los ataúdes, las flores y las lápidas, que se habían manchado un poco de barro, y los limpió con la manga.

Luego subió otra vez hacia las casas adosadas, iba deprisa porque no quería hablar con nadie, no quería dar explicaciones. Entró y cerró la puerta, dejó los catálogos sobre la mesa. Ya los miraré, pensó, pero ahora no, necesito comer algo. Necesito una taza de té. Y luego tengo que descansar un poco, porque es una gran decisión la que tengo que tomar, he de estar

tranquila y descansada, no como ahora, alterada y desesperada. Fue a la cocina a buscar algo de comer, sacó una hogaza de pan del cajón y un poco de mantequilla y mermelada del frigorífico. Ha vuelto a casa, se dijo, justo cuando había perdido la esperanza. Debo alegrarme por ello, porque es mucho más de lo que tenía este invierno, entonces solo había palabras y afirmaciones de gente desconocida, y nadie quería que le reprocharan nada. No habían hecho nada más que dejar que entrara en su casa. No pensaba que nadie le hubiera hecho daño, ¿por qué iban a hacerlo? Él no era peleón. Se quedó agachada sobre la encimera, pensando. No concebía por qué lo había perdido, por qué flotaba en Glittertjern. Se preparó una rebanada de pan, una taza de té y se las llevó al salón. Allí tomó su tentempié, sin apartar la vista de los catálogos. Ya los ojearé, pero antes debo descansar. Estoy muy cansada. Tengo tanto sueño... Se tapó con una manta, dormitaba. Música, pensó, flores. Kim en una caja, en el suelo, metido en una caja, eso era, pero la llamaban ataúd, y estaba decorada por dentro y por fuera, casi como un nido revestido con un forro y con blondas. Se puso una mano sobre el corazón, latía suavemente bajo su blusa como si no hubiera pasado nada, sin dejarse influir por el enorme dolor que sentía precisamente en ese músculo. Estuvo completamente quieta durante una hora, cada segundo quería levantarse y ponerse a hacer algo, luego se dejaba caer otra vez. Escuchaba los sonidos del exterior, la gente que cruzaba la plaza, entre las casas; allí fuera pululaban igual que antes, solo en su mundo se había producido un seísmo. Puedo morir ahora, y nadie me encontrará. Me quedaré tirada varias semanas, hasta que alguien note que mi puerta huele mal. Esa idea le hizo levantarse de golpe. Tengo que esforzarme, pensó, hay cosas que debo organizar para Kim, no puedo estar aquí tumbada sin hacer nada. Apartó la manta y cogió el primer catálogo. Pasó las páginas, nerviosa, con un bolígrafo hacía una crucecita junto a las lápidas que más le gustaban. Fueran como fuesen, eran carísimas, no sabía que costaran tanto. Pero alguien las había tallado, grabado y pulido, eran artesanía pura, por supuesto que costaban dinero. Dejó el catálogo y cogió otro. Se dio cuenta de que estaba buscando algo que nunca encontraría. Quería algo sencillo, porque ellos eran gente sencilla. Pero también quería que la lápida se distinguiera de las demás del cementerio, porque solo había un Kim. Se dejó caer otra vez y cerró los

ojos; sentía inquietud por todo el cuerpo, por eso volvió a inclinarse para coger otro catálogo, esta vez de ataúdes. Solo le gustó uno, era de caoba, y no se lo podía permitir. Se quedó mirando el ataúd. Le gustaba la madera oscura. No poder pagarlo le hacía sufrir. Volvió a dejar el catálogo, porque se distrajo con otra cosa. Debía encontrar a alguien que pudiera llevar el féretro, tal vez alguien de su clase, hablaría con el profesor de Kim, seguro que se ocuparía si se lo pedía por favor. Nunca habían querido estar con él, pero ahora iban a hacerle un último favor, quisieran o no. Después debería ocuparse de que hubiera una sencilla reunión. Pero ¿dónde hacerlo? No tenía sitio en el salón. Podría servir algo de comer, y tener en cuenta los gustos de los jóvenes, que no toman cualquier cosa. ¿Cómo debe ir vestido?, pensó de pronto, esa idea hizo que saliera disparada otra vez. Era importante, y no lo había pensado hasta ahora. No quería una especie de túnica blanca, una mortaja, Kim lo hubiera detestado, pero no tenía ningún traje oscuro. Tendría que comprar uno. Sabía bien cómo era su cuerpo, porque era su niño. Un traje oscuro con una pechera blanquísima. Estilo, elegancia y dignidad. Entonces tuvo un pensamiento espantoso. Hacía tiempo que percibía su amenaza, pero lo había bloqueado: Kim había estado muchos meses en el agua. Tal vez no se le pudiera poner ropa alguna.

Reilly se había preparado bien, pero parecía que ahora todo hubiera salido volando de su cabeza.

—Habéis encontrado al vietnamita ese, ¿supongo que es por eso por lo que venís?

—Así es —confirmó Sejer—. Lo hemos encontrado.

Reilly intentó organizar su cuerpo desgarrado, pero solo cuando cogió al gatito del suelo se tranquilizó. Había contado con que lo bombardearían a preguntas, pero estaban quietos, mirándolo.

—Supongo que tenéis mi declaración de este invierno —dijo—, y ahora queréis que la repita, y no pasa nada, tenéis unos protocolos que seguir, y lo comprendo. Así que, si puedo ayudar en algo, por supuesto que lo haré. El problema es que esa declaración sigue en pie, y doy por hecho que la habéis leído.

Tuvo que tomar aire. Se tiró nervioso de las perneras del pantalón de pana, le quedaban un poco grandes, y tenían brillos en las rodillas.

—No —repuso Sejer—. No la hemos leído.

Esa pequeña mentira desconcertó a Reilly.

—¿No la habéis leído?

—No me gusta tener ideas preconcebidas —dijo Sejer—, me gusta hacer mis propias observaciones. Y a Skarre le gusta tomar sus propias notas.

Reilly no supo muy bien si estaban hablando en serio. Empezó a dar vueltas por la habitación con el gatito en brazos, quien se agarró con las uñas a su jersey ante el miedo a caer de tanta altura, porque Reilly medía casi dos metros. ¿Qué esperan de mí?, pensó, mientras daba vueltas, ¿qué hace una persona que no tiene nada que temer? Se sienta con la mirada franca, sonrisa amable, receptiva. Pero no era capaz de sonreír, y sí tenía algo que temer.

—¿De qué murió? —preguntó.

Los dos policías se habían sentado en el sofá. Se fijó en que Skarre apuntaba algo.

—Es difícil establecer la causa de la muerte después de tanto tiempo —contestó Sejer—. Y resulta especialmente complicado cuando el fallecido aparece sumergido en el agua. Lo encontramos en Glittertjern.

Reilly empezó a hablar otra vez, a pesar de que Axel le había desaconsejado que hiciera precisamente eso. «Limítate a contestar a las preguntas —le había dicho—, por lo demás quédate callado, nunca tienes la cabeza despejada, no te lías».

—Solo queríamos ayudar —señaló—. Nadie en Skjæret quería hacerse cargo de él. Irene quería sacarlo de casa a toda costa, nadie iba a quedarse a dormir, lo tenía clarísimo, y esa chica sabe lo que quiere. Hasta había cerrado con llave la puerta de su dormitorio. Pero si un cuerpecillo como ese duerme en una esquina... y no pasa nada. No es que quiera echarle la culpa a Irene —afirmó apresurado, no era eso lo que quería decir, se acercó a la ventana a hurtadillas. Se aferraba al gatito—. Y tampoco fue fácil llevárselo —añadió—, fue como intentar poner un flan de pie.

—¿Qué hora era cuando os detuvisteis en Nattmål? —preguntó Sejer.

—Debían de ser más o menos las tres y media, porque nos fuimos de la fiesta a las tres —respondió Reilly—, y fuimos directamente allí. Pero como

nevaba nos lo tomamos con calma, porque Axel no corre ningún riesgo con su Mercedes, tiene mucho miedo a darle un golpe a la carrocería. Es un Mercedes bastante caro —añadió—, con asientos de cuero y todo.

—Ahora que ha sido hallado muerto —dijo Sejer—, ¿qué piensas? ¿Te sientes culpable?

Reilly se detuvo y los observó desde arriba.

—¿Si siento culpa?

Se echó atrás el largo cabello con un gesto hastiado. El gatito dio un respingo por el movimiento repentino.

—Por supuesto que siento culpa. Siento culpa porque no lo acompañamos hasta la puerta. Tal vez deberíamos haberlo ayudado a abrir la puerta, tal vez deberíamos haberlo metido en la cama. Os referís a eso, ¿verdad?

Les dio la espalda. Movi6 sin motivo unos botes del alféizar de la ventana.

—Jon también se sentía culpable —observó Sejer—. Lo expresó con claridad en su diario, que hemos leído con detenimiento. Pero hay algo en su sentimiento de culpa que nos chirría. Que vosotros le hayáis dado unas vueltas y de vez en cuando hayáis sentido cierta responsabilidad por lo sucedido podemos entenderlo. Pero, en relación con lo que has descrito ahora, es difícil comprender que Jon eligiera quitarse la vida. Esa elección no guarda proporción con lo que nos estás explicando.

Reilly volvió a dar vueltas por la habitación.

—Oh, sí —aseguró—, claro que guarda proporción, pero vosotros no conocíais a Jon. Él creía que todo era responsabilidad nuestra. Que no deberíamos haberle dejado al principio de la cuesta. Pero me parece que es pasarse. Nadie más quiso hacerse cargo, pero nosotros, al menos, lo dejamos en casa. Junto al soporte de los buzones, al final de la calle. Cuando nos fuimos, estaba subiendo hacia las casas. Un poco inestable, claro, pero iba encaminado. Al día siguiente oímos que había desaparecido. No entendimos nada.

—¿Había tráfico por la zona?

—Algún que otro coche.

—¿Hablasteis con él?

Reilly asintió.

—Le dijimos que se fuera a la cama. Le preguntamos si tenía llave y él dijo que sí, que tenía la llave en el bolsillo. Estábamos cansados, queríamos irnos a casa, así que nos dimos la vuelta y nos alejamos. Y no tengo nada más que decir. Lo he explicado muchas veces, y no lo entiendo mejor que vosotros. Además, es bastante agotador remover el tema una y otra vez —dijo—, debo reconocer que estaría encantado de dejar atrás este lío.

—Lo entiendo muy bien —observó Sejer—, pero es ahora cuando empieza.

Tras la conversación con Philip Reilly, Sejer y Skarre fueron a Glittertjern. Pasaron ante el centro de acogida de refugiados. En la explanada, ante el edificio que parecía un barracón, unos hombres iban de un lado a otro. Un par de ellos estaban sentados en un banco, fumando, y otros tiraban una pelota a una canasta.

—El año pasado se ahogaron aquí dos niños, dos hermanos procedentes de Gambia —dijo Skarre—. ¿Lo recuerdas? Tenían ocho y once años. Su madre todavía vive aquí, en el centro. No sale nunca.

—Lo recuerdo —asintió Sejer—. Fue en mayo, el agua estaba fría.

Poco después giraron a la derecha, y enseguida vieron una playa y a continuación un pequeño montículo. Alrededor crecían unos arbustos, formando una especie de densa corona, y parte de la vegetación colgaba sobre el agua. Sejer empezó a escalar y enseguida alcanzó el punto más alto.

Desde donde se encontraba pudo ver el pequeño embarcadero desde el que se habían bañado los niños de Gambia. También se veía la poza en la que apareció Kim Van Chau. Al otro lado del lago había dos o tres cabañas. Una de las ventanas producía un intenso reflejo. Algo negro se movía ante la pared, probablemente un perro. En su imaginación creía poder escuchar el delito cometido, que los gritos y las voces todavía estaban en el aire, si es que había habido gritos y voces, y que las oiría si se concentraba lo suficiente. La energía tenía que estar aquí, la energía y el miedo. La ira. O la desesperación, ella es la que nos lleva a matar, quizá lo habían matado, tal vez para ocultar las huellas de otro delito. O para ocultar un error. Pero ¿qué clase de error? ¿Cuántas cosas pueden salir mal en un cálido Mercedes que hace el recorrido

de Skjæret a Nattmål? Bajó la vista hacia Skarre. Él también parecía estar escuchando. De vez en cuando se agachaba y hurgaba en la fina arena con los dedos. Sejer descendió del montículo.

—Copa Cabana —dijo Skarre—. Vaya, vaya.

Sejer recordó a Philip Reilly, que había expresado sentimientos contradictorios, como amargura, desesperación y culpa. Su explicación no debía de ser verdadera, pero iba cargada de una especie de enfado justificado, como si algo externo hubiera tomado el control de sus vidas y no pudieran considerarse responsables. Jon Moreno está muerto, pensó entonces. Ahora Reilly es el eslabón más débil, y lo sabe.

—Vinieron aquí —dijo en voz alta.

—Pero ¿por qué? —preguntó Skarre.

—Porque algo salió mal y tenían que ocultarlo.

—Tal vez ocurriera algo ya en la fiesta —propuso Skarre—. Todos están protegiendo a todos los demás.

—En ese caso son muchos los que tendrán que tener la boca cerrada durante mucho tiempo —dijo Sejer—. Pero alguien es culpable de la situación que surgió, puesto que no pidieron ayuda. Se han puesto de acuerdo en una explicación, y desde entonces todos se han mantenido fieles a ella. Reilly, Frimann y Moreno recibieron el encargo de deshacerse del cuerpo, porque tenían coche. Puede que fuera eso lo que pasó.

Empezó a caminar otra vez en dirección al coche, Skarre le seguía despacio. Ocuparon sus asientos y Sejer se quedó en silencio, con las manos apoyadas en el volante. Estuvo así un buen rato, pensando. Skarre se fijó en las muchas canas que tenía. Con el paso de los años había adelgazado, tenía los rasgos más marcados. En la mano derecha llevaba el anillo de boda de su esposa fallecida, lo había fundido con el suyo. Tal vez estuviera pensando en ella en este preciso momento, o en el hombre mayor que le devolvía su mirada en el espejo por las mañanas. O tal vez pensaba en Yoo Van Chau y la promesa que le había hecho.

—Eres un policía increíblemente eficaz, pero no puedes con todo —dijo Skarre.

No obtuvo respuesta. Sejer estaba absorto en sus pensamientos.

—Quiero decir que solo eres un ser humano —prosiguió Skarre—. Si tienes que incumplir la promesa que le hiciste a Yoo Van Chau, eso no quiere decir que hayas fallado, o que no des la talla. ¿Pasas las noches en vela, Konrad?

—Ese Mercedes de Axel Frimann —dijo Sejer—. Vamos a llevarlo a una inspección de Criminalística ahora mismo.

Ingerid Moreno era hermosa, pero la pena la había maltratado, había hundido sus mejillas. Sus dedos trataban torpemente de abrochar los botones del abrigo. Eran los últimos días de octubre. Se ató un pañuelo floreado alrededor del cuello. Se había propuesto pasar a la acción, porque le ponía enferma estar afligida, esperar que sucediera algo que tal vez no fuera a pasar. Pero le costaba moverse, la lentitud se había instalado en su cuerpo, y las cosas que antes hacía sin darse cuenta ahora le llevaban más tiempo, como vestirse, cerrar la puerta e ir hacia el coche. Estaba acostumbrada a que los días fueran magnitudes conocidas, predecibles. Como una escalera que tuviera que empezar a subir cada mañana, y en el último peldaño le esperara la cama. Ahora la escalera se había desmoronado. Eran grandes bloques que se desplomaban formando un montón de escombros, y no encontraba su camino.

El viento tiró de su pañuelo en cuanto pisó el sendero de losetas. Era un pañuelo magnífico, con un estampado de amapolas rojas, que había comprado en Nápoles. Fue allí donde conoció a Tony Moreno. Se metió en el coche y fue hasta Nattmål; se detuvo un rato al final de la cuesta, pensativa. Se bajó deprisa, leyó los nombres de los buzones, vio que había acertado con la dirección. ¿Seré capaz?, ¿de verdad voy a hacer esto? No tengo ningún derecho. Pero, aun así, condujo por la cuesta interminable hasta llegar a las casas adosadas. Se quedó en el coche escuchando algo de música en la radio. Cuando acabe esta canción, entro. Unos minutos más tarde se acercó a la puerta de Van Chau. De pronto estaba a punto de echarse a llorar. ¿Qué sabía ella de lo que podría ocurrir? Tal vez una persona iracunda apareciera en la puerta y le gritara: «¡No vengas a mí con tu dolor, ya tengo bastante con el mío!». Oyó un pequeño chasquido en la cerradura. Una mujer morena la miraba interrogante y, como esta era minúscula, Ingerid se sintió grande y torpe.

—No me conoces —balbuceó—, pero yo sé quién eres tú. He leído en los periódicos sobre tu hijo. Sobre Kim.

Quería explicarse deprisa. No sabía durante cuánto tiempo permanecería la mujer en la puerta, escuchando.

—Yo también he perdido a mi hijo —dijo—. Se ahogó voluntariamente. O, mejor dicho, creemos que se ahogó voluntariamente, pero no es seguro,

porque hay algo raro en todo esto que no comprendemos. Solo han pasado unas semanas, había ido de excursión con unos amigos y, cuando se levantaron por la mañana, había desaparecido. Eso dijeron. La policía vino a verme ayer —añadió—. Me contaron algo que yo no sabía y me asusté.

Se animó, porque no parecía que Yoo Van Chau la fuera a hacer callar.

—Él también estuvo en la fiesta, en diciembre, en Skjæret, en Åkerøy. Estuvo allí con Kim.

El silencio era total. Yoo se acercó a Ingerid y le puso la mano en el brazo, sus ojos grandes llenos de lágrimas.

—Ahora están muertos los dos —dijo Ingerid—. ¿Tienes alguna idea de lo que ocurrió en esa fiesta?

—Pasa —repuso Yoo.

Se echó a un lado porque el recibidor era estrecho. En cuanto entraron en el salón, Ingerid vio la foto sobre la cómoda. Estuvo un rato contemplando al chico vietnamita.

—Era guapo tu chico —comentó.

Yoo se llevó la mano al corazón. Todo lo hermoso que se decía de Kim lo guardaba allí dentro y lo llevaría con ella.

—Jon era completamente rubio —dijo Ingerid—. Él también era menudo, era el más bajito. De ellos tres —explicó—. Ya sabes, Axel y Reilly. ¿Conoces a Axel y Reilly? ¿Sus amigos?

—No —contestó Yoo—. No los he visto nunca. Pero fueron ellos los que llevaron a Kim en coche a casa. Hasta los buzones. Eso fue lo que declararon a la policía. No sé si es verdad. Ya no sé nada.

De repente tuvo una idea.

—¿Tu hijo iba en ese coche?

—Sí —afirmó Ingerid—. Iba en ese coche.

Se sintió desfallecer. Ahora, cuando llegaban a la parte desagradable, la que no sabía muy bien qué era, las fuerzas la abandonaron.

—¿Puedo sentarme?

Yoo señaló el sofá. Esta se deslizó sobre una silla; lo hizo con una elegancia que hizo pensar a Ingerid en un cisne que aterriza en el agua.

—No sé qué es lo que ha pasado —dijo—. No sé en qué ha participado Jon, y casi no me atrevo a mirarte a los ojos, pero no tengo más remedio. Me

cuesta tanto creer que Jon haya hecho algo ilegal. Era un buen chico. Sabía distinguir el bien del mal, estoy segura, pero iban varios en el coche esa noche, y habían bebido. Jon murió a mediados de septiembre —prosiguió—. Lo encontraron en el fondo de un lago llamado Dødvannet, la Laguna de los Muertos.

—¿Dødvannet? —preguntó Yoo.

—Tu chico también apareció en un lago —dijo Ingerid—. Todo esto significa algo, eso creo yo.

Perdió un poco el hilo y tuvo que pensar.

—Jon dejó un diario —añadió—. Escribe página tras página sobre lo culpable que es y que no tiene derecho a vivir. Creo que tiene que ver con Kim, por eso quería hablar contigo. Tenemos que averiguar qué pasó esa noche.

Yoo escuchaba en silencio. Desprendía una calma que hacía que Ingerid se relajara.

—Jon estaba ingresado en un hospital —explicó—, tuvo un colapso nervioso. Pero nunca dijo una palabra de que pensara suicidarse, y todavía me cuesta comprenderlo. Cuando alguien se quita la vida, actúan fuerzas muy potentes. Pero ¿de verdad procedían de su interior? ¿O fue algo externo lo que le quitó la vida? Le doy muchas vueltas.

—Kim se montó en un coche —dijo Yoo—, porque quería ir a una fiesta. Eran dos chicas jóvenes las que conducían, me pregunto quiénes eran y qué pensaron cuando lo vieron allí en la calle. Yo estaba en esta silla cuando se alejaron. Debería haberlo cuidado mejor.

—No puedes tener a un chico de diecisiete años en el regazo —opinó Ingerid—. Salen, se exponen a que les pasen cosas. ¡Esto no es culpa nuestra!

—No es culpa nuestra —repitió Yoo.

Se miraron a los ojos.

—Pero tengo una sensación muy fuerte de que por ahí anda alguien que es culpable de algo, y esa culpa es la que quiero encontrar —dijo Ingerid.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Yoo.

Ingerid la miró exaltada.

—Axel y Reilly, los dos amigos de Jon, ocultan algo. En el diario de Jon queda muy claro que algo ocurrió, algo sobre lo que perdieron el control.

¿Entiendes? Algo sucede a nuestras espaldas.

Yoo estaba inclinada hacia delante, escuchando.

—Lo que más temo —prosiguió Ingerid— es que la policía no los pueda coger. Porque es difícil después de tanto tiempo, y porque no han encontrado nada. Ya sabes, pruebas. Kim estuvo tanto tiempo en el agua... Pero no puedo estarme quieta, tengo que actuar. No podemos agredirles, pero podemos darles un susto de muerte.

Yoo Van Chau se sentía feliz por haber encontrado a alguien que necesitaba lo mismo que ella.

—He pensado hacerlo con una mentira —explicó Ingerid—. Les devolveré el golpe que me han dado. Les mandaré un saludo que hará que se despierten de repente.

—¿Un saludo?

—Una carta anónima —aclaró Ingerid— que les hará creer que alguien más lo sabe. Eso es lo que temen, que alguien sospeche de ellos, ¿no es cierto? Tú y yo sospechamos, y lo van a sentir a flor de piel.

Yoo cerró los puños en el regazo, las mejillas sonrosadas.

—Escribiremos una carta —dijo—, pero debes escribirla tú, yo cometo muchas faltas. Hablar noruego va bien, pero escribir no. Voy a coger papel.

Se levantó corriendo de la silla y fue hacia la cómoda donde estaba la foto de Kim. De repente amenazó con el puño.

—Vamos a cogerlos —sollozó.

Abrió uno de los cajones y rebuscó, luego volvió con pasitos cortos con papel y bolígrafo. Ingerid los cogió.

—Debe de ser breve —dijo—, e incisiva. Debe ser amenazante.

Yoo sintió que la venganza le llenaba el corazón, y era verdad lo que decía la gente: era dulce. Ingerid empezó a garabatear en la hoja. Tachó y escribió de nuevo. Yoo parecía una niña que espera un regalo sorpresa, estaba sentada en el extremo de la silla y alargaba el cuello. Ingerid tachó una vez más y arrancó la hoja. Empezó con una nueva. Así estuvo otro rato. Por fin adoptó un aire decidido, y ahora escribía sin parar. Luego empujó el cuaderno por encima de la mesa.

SABEMOS LO QUE HABÉIS HECHO.
OS ESTAMOS VIGILANDO.

—¿Adónde la mandamos? —preguntó Yoo.

—A Reilly —dijo Ingerid—. Reilly es el más débil.

Después, Yoo cogió un atlas de la librería.

—Mira, aquí están China, Laos y Camboya. Aquí, el mar de China del Sur y la bahía de Tailandia —le explicó a Ingerid mostrándole en el mapa—. Y esto —señaló un punto— es Vietnam.

El pequeño país aparecía en color violeta. Al noroeste de Hanói estaba el pueblo Yen Bai. Dibujó una larga línea con la punta del dedo hasta Noruega.

—Tuvimos que dejarlo todo atrás —contó—, porque mi marido enfermó y murió. Nos quedamos completamente solos.

Entonces Ingerid señaló Italia, que era de color rosa. Puso el dedo sobre Nápoles.

—Aquí vive el padre de Jon —explicó—. Se marchó cuando Jon era pequeño. De repente hizo la maleta y desapareció. Solo quedamos Jon y yo.

Yoo guardó el atlas.

—Nuestros chicos están muertos —dijo Ingerid—, pero nosotras no. Quiero salir a que me dé el aire. Si tienes algo de pan seco podemos ir al lago de los patos. Abrígate bien.

Yoo se apresuró a ir a la cocina a coger algo de pan. Cuando salieron a la escalera les golpeó el viento helado.

—Como si la pena no fuera suficiente —señaló Ingerid—, los dioses mandan una tormenta.

Se agarraron la una a la otra mientras caminaban. Nadie más había salido con aquel frío. Les llevó media hora llegar hasta el lago, encontraron un banco muy cerca del agua y Yoo sacó un cuscurro de pan de la bolsa. Los patos lo oyeron y llegaron deslizándose como pequeñas naves, una densa aglomeración de plumas. Las patas naranjas trabajaban con entusiasmo bajo el agua.

—No pasa nada porque pasemos un poco de frío —comentó Ingerid—, porque luego podemos entrar en calor. ¿Estás bien? ¿Tienes las manos frías?

Yoo empezó a tirar pedacitos de pan a los patos. Le pareció muy divertido ver cómo se acercaban todos a ella para que les diera algo. Era como si le tuvieran cariño.

—Quiero venir aquí todos los días —reconoció—. Con todo el pan duro que tenga.

—Estaría encantada de acompañarte —dijo Ingerid—. Si me dejas.

Miró con amabilidad a la pequeña mujer.

—¿Sabes lo que pienso a menudo? —añadió—. Cuando ocurre algo horrible, hablamos de superarlo. ¿Lo ha superado?, pregunta la gente, como si la tragedia fuera un estorbo en el camino y tuviéramos que saltar por encima. No es tan fácil. La pena es algo que tenemos que pasar —observó—, es como ir a la guerra. Y el enemigo es el resto de tu vida. Todas las noches. Todas las horas.

Recordó algo que había leído en el diario de Jon.

—Se avergonzaba tantísimo —explicó—, estaba tan hundido en la culpa y la vergüenza... Escribía como si no tuviera derecho a la vida.

Miró el trozo de pan que Yoo sujetaba en la mano.

—Este cuscurro de pan me recuerda algo —dijo—. Un hombre estaba preso de los alemanes durante la guerra. Lo sometieron a cosas horribles, maltrato, tortura, desnutrición y frío. Eran treinta hombres hacinados en un barracón helado, y la nieve entraba por debajo de la puerta. Pero sobrevivió y regresó a casa al acabar la guerra. Cuando por fin tuvo suficiente calor y comida, vivió muy poco más, porque lo torturaba un acontecimiento espantoso: una noche le robó un trozo de pan a otro preso que estaba dormido. Fue ese incidente el que le quitó la vida. No era capaz de comer.

—Es una historia muy triste —repuso Yoo.

Podía imaginárselo todo, un hombre esquelético vestido de preso robando de noche. Solo en la oscuridad, royendo el mendrugo seco.

—Sí, se puede decir que sí —dijo Ingerid—. Pero a mí me parece que también dice algo bueno de las personas. Necesitamos decencia. Sin ella no podemos vivir una buena vida. Y esa decencia Jon la había perdido.

Yoo bajó los ojos hacia los restos del pan.

Ingerid cogió una de sus manos y la presionó con cariño.

—Ponte los guantes otra vez —le aconsejó—, estás muy fría. Mira. Quieren más comida.

Señaló a los patos que seguían llegando.

—Hemos hecho unos amigos para toda la vida —comentó Yoo sonriendo.

Volvieron a Nattmål para entrar en calor con un té.

—Kim nunca volverá a casa —dijo Yoo—, eso quiere decir que, si muero, nadie me encontrará. Hasta que pase mucho tiempo. A mi casa no viene mucha gente —explicó.

—Yo también me podría quedar tirada en una situación como esta —dijo Ingerid—. ¿Nos llamamos por las noches?

Entonces Yoo se enganchó al brazo de Ingerid. Y anduvieron el último tramo muy juntas.

—¿Qué nos pasa? —preguntó Yoo cuando llegaron a Nattmål—. ¿Es decente mandarle esa carta a Reilly?

Ingerid también tenía respuesta para esto.

—Perdonamos al desgraciado que robó pan —dijo—, robó porque pasaba penurias. Nosotras también. Para eso rigen otras reglas.

Axel Frimann se quedó mudo cuando Reilly le habló de la carta, y el silencio se prolongó un buen rato. Reilly sostenía el móvil junto a la oreja; podía imaginar con claridad cómo los músculos de sus mandíbulas trabajaban mientras digería la noticia.

—Me cago en la hostia —oyó.

Luego repitió la blasfemia con mayor ímpetu.

—¡Me cago en la hostia!

Mientras esperaba que Axel continuara, Reilly caminaba sin descanso por su apartamento. El gatito corría tras él y le arañaba las perneras del pantalón.

—Jon nos ha descubierto —dijo Axel.

—Nunca en la vida haría eso —objetó Reilly.

—¿Quién podría ser si no? —repuso Axel—. ¡Utiliza la cabeza, hombre! Reilly siguió caminando, el gatito continuó con su baile.

—¿El matasellos es de aquí? —preguntó Axel.

—Sí. Buen sobre. Bonito papel y todo. Letras mayúsculas.

—¿Papel bueno? Entonces se trata de una mujer —opinó Axel—. En ese caso es Molly.

—Pero dice «sabemos» —le recordó Reilly—. «Sabemos lo que habéis hecho».

Axel volvió a callarse, y Reilly pensó que él también estaría dando vueltas en su propia casa pero en círculos más grandes, porque su salón era tres veces mayor.

—Creo que deberíamos marcharnos una temporada —oyó decir a Axel.

Reilly detuvo su deambular. Desde donde estaba podía ver la carta, relucía blanca sobre la mesa.

—Tengo que ir a trabajar, no puedo desaparecer.

—Me refiero a un par de días —aclaró Axel—. Nos iremos el viernes. Tienes libre este fin de semana, ¿verdad? Iremos a Dødvannet, necesitamos relajarnos un poco. Y hablar de algunas cosas importantes. Hay mucho en juego. ¿No estás de acuerdo?

Reilly observó el tiempo otoñal. El viento aumentaba de intensidad, y frente a la ventana las copas de unos árboles estaban pasando lo suyo.

—Compraré algo de comida rica —le tentó Axel.

Su voz era convincente, porque quería salirse con la suya.

—Te recogeré sobre las seis —añadió—. Reilly, ¿te apuntas?

—Pero ¿para qué vamos a irnos? —preguntó Reilly—. Alguien nos ha visto. Están pendientes de lo que hacemos. Solo es cuestión de tiempo, y aparecerán en la puerta tarde o temprano.

—Todo es cuestión de tiempo —dijo Axel—. La tierra pronto se extinguirá, es una cuestión de tiempo. Tú y yo vamos a morir, es una cuestión de tiempo. Nos hemos arreglado hasta ahora, y solucionaremos lo que falta.

Cuando colgaron, Reilly había accedido a ir de excursión a la cabaña, del mismo modo que siempre, durante años, se había dejado dominar por la férrea voluntad de Axel. Se quedó mucho tiempo sentado en una butaca con el gatito en el regazo. Se tomó un G, pero no le tranquilizó, por eso se tomó otro, y ahora estaba alterado. Había empezado a dudar. ¿Para qué quería Axel ir a Dødvannet? ¿Cuáles eran sus motivos? Volvió a observar la carta de lejos.

«Os estamos vigilando». ¿De qué manera?, se preguntó, ¿lo seguían cuando iba por la calle? ¿Estaban delante del hospital cuando llegaba al trabajo, se escondían tras un biombo en los pasillos y veían todos los errores

que cometía, que se confundía por los pisos, como si ya no conociera el gran edificio? ¿Sabían que había llevado a una mujer de noventa años al paritorio, de manera que Nader, cuando lo supo, se dio golpes en las rodillas riéndose a carcajadas con sus blanquísimos dientes árabes? ¿Sabía Axel que se estaba dejando ir, que se pasaba todo el día en el sofá con el gato, que buscaba refugio en la droga?, ¿que ya no era capaz de alegrarse por nada?, ¿que se consolaba con el Corán, buscaba condenarse, se torturaba para hacer penitencia por lo que habían hecho? Puede que esa excursión a Dødvannet sea una trampa, reflexionó. Axel quiere asegurarse de que sigue controlando la situación, nunca lo dejará atrás. Tengo que estar alerta.

La madre le miró a través de la puerta entreabierta, sorprendida.

—Philip —dijo—. ¿Tú aquí? ¿Pasa algo?

Supuso enseguida que algo había ocurrido. Era como si pudiera olerlo. Le miró a través de los cristales manchados de sus gafas y le dio unas palmaditas en el brazo. Lucía una permanente férrea en la cabeza y gastados zapatos de horma ancha en los pies, como siempre. Chirriaban al caminar. Pasó por su lado y entró. De la cocina llegaba un olor a frito que se mezclaba con el aroma a tabaco rancio.

—No —contestó él—. Solo he venido a buscar una cosa.

Ella cerró la puerta y entró tras él, los tablones del suelo también chirriaban, sonaba como si un carro viejo pasara por encima. Tenía las piernas muy arqueadas, le pareció que había empeorado con los años, como si su esqueleto se ablandara. Podría pasar un barril entre esas piernas, pensó.

—Pero ¿podrás quedarte un ratito? —rogó ella—. Tengo un bizcocho de especias, está recién hecho. Siéntate, y prepararé café. Por cierto, ¿has leído los periódicos? Han encontrado a ese chico, ya sabes, el que desapareció antes de Navidades, vosotros anduvisteis con él. ¿Te has enterado, Philip? El vietnamita.

—Sí.

Ella fue a la cocina y siguió a gritos desde allí.

—¿Has vuelto a hablar con la policía?

—Sí —dijo él—, están contactando con todos. Es el mismo rollo otra vez. Nos han vuelto a tomar declaración a los dieciséis.

Se sentó en una butaca, tamborileó los dedos sobre el apoyabrazos mientras escuchaba los ruidos que llegaban de la cocina, el tintineo de las tazas, agua corriendo, un cuchillo sobre una tabla. Todo en ella era voluntarioso, había fuerza tras todas sus acciones, una energía cruda, decidida. Al cabo de cinco minutos volvió con una bandeja. Le pareció que parte de su cabello canoso empezaba a ponerse verde, como el líquen en la montaña. Quería darle algo, pero estaba demasiado nervioso para ser generoso, por eso respondió mecánicamente a todas sus preguntas.

—¿Y Axel? —quiso saber ella.

—Bueno, Axel —dijo algo esquivo—. Nos vemos de vez en cuando, ya sabes. Como siempre.

—Se os hará raro sin Jon —opinó ella.

—Sí —asintió él—. Se hace raro.

—Pobre Jon Moreno.

—Sí, fue bastante horrible.

—He oído unos rumores muy feos —dijo ella.

Le dio un vuelco el corazón.

—Que no fuisteis capaces de llevar su ataúd. Que se fue al suelo con un ruido enorme.

—Vino un chucho y nos fastidió —contó él—. Se metió entre nuestras piernas y nos hizo perder el equilibrio.

—Ah. Me dijeron que era un caniche blanco.

Él se sirvió un trozo de bizcocho, se deshizo en pedazos, los recogió con los dedos. Ella se sentó frente a él. Su vestido descolorido estaba lleno de pequeños agujeros provocados por las brasas de los cigarrillos.

—Pero ¿qué has venido a buscar? —preguntó ella masticando bizcocho—. El trastero está casi vacío, ya lo sabes, no creo que quede nada ahí, Philip, ni ropa ni esquís viejos. Je, je, ¡tú y el deporte! Como si lo estuviera viendo. Tú vestido para jugar al hockey, Philip. O con un palo de golf.

Reilly sorbió café. La miró con disimulo. Puede que se cuidara poco, pero era aguda. La boca vivía su propia existencia, dejaba escapar todo tipo de chorradas superficiales, mientras que el cerebro razonaba agudo y ecuánime.

No era sentimental. Solo tenía en cuenta los hechos confirmados. Había preparado unas cuantas tarteras a lo largo de los años, había estampado su firma torpe en los boletines de notas, había lavado ropa, cocinado alimentos para que hubiera comida sobre la mesa. Y creía que eso la convertía en una madre.

No me importas, pensó él, pero tampoco te das cuenta, porque eso exigiría una sensibilidad que no tienes.

—No —carraspeó—, hay algo que siempre he tenido ganas de pedirte. Y tú, desde luego, no lo necesitas.

Ella lo miró interrogante.

—El viejo revólver que dejó padre.

Ella soltó la taza de café con estrépito.

Creyó que iba a romper el platillo.

—¿El revólver? ¿Para qué lo quieres?

Él fue capaz de sonreír, pero sintió que le estaban rechinando los dientes.

—Siempre he querido ese revólver —dijo—. Es una herencia. Me gusta pensar que ha estado en la guerra.

Ella se secó la boca con el dorso de la mano, los dedos amarillos de nicotina.

—Pero, desde un punto de vista legal, no tienes permiso para tenerlo —contestó ella—. Padre tenía licencia, tú no. ¿Has pedido una licencia?

Intentó hacerse el duro.

—No tengo ninguna intención de pegarle un tiro a nadie, solo quiero tenerlo guardado. En un armario.

Ella cogió otro trozo de bizcocho y empezó a masticar con la boca abierta. Tenía la lengua gris y pálida.

—Claro que te puedes llevar el viejo revólver —dijo ella—, lo que pasa es que me ha sorprendido. Nunca lo habías mencionado, y lleva aquí toda la vida de Dios. Y tú eres un hombre de paz, por así decirlo. Pero tienes que guardarlo bajo llave. Te pueden multar.

—Que sí, no seas pesada.

Reilly cogió otro pedazo de bizcocho. No había nada que objetar a sus habilidades como repostera, sabía a canela, jengibre y cardamomo, y mucha mantequilla. Tenía los dedos grasientos.

—Tengo un gato —comentó.

—¡Vaya! ¿Para qué lo quieres?

Su madre cogió la bolsa de tabaco de liar Petterøes que estaba sobre la mesa y sacó una porción.

—¿Un gato? —repitió—. No será una hembra..., esas tienen camadas antes de que te puedas dar cuenta. Y luego los tendrás por todo el apartamento, y estás pillado. Tendrás que ahogarlos en un cubo, porque nadie los quiere. Ya verás, ya, qué follón.

—Es un macho —se apresuró a decir—. Me hace compañía. Pero es un gato casero. Me sigue a todas partes. Se tumba en mi regazo y en la cama.

—No vas a hacerte mayor nunca —afirmó ella—. Un gato en la cama, pero si eres un hombre hecho y derecho. Casi parece que te hubiera faltado algo de niño.

Sus labios se arrugaron alrededor del cigarrillo, y las brasas salieron disparadas hacia su regazo, pero ella no se dio cuenta.

Se quedaron un rato tomando café. Era ella la que hablaba sin parar, él se limitaba a murmurar algo en las pausas y ella tampoco se daba cuenta de su falta de interés. Luego él dio las gracias, apartó la silla y señaló el buró, donde estaba el revólver de su padre. Junto al arma, que era un viejo revólver de la marca Enfield, había una caja de munición. La cogió también.

—Pero ¿te vas a llevar también las balas? —exclamó ella con la boca abierta—. ¿Para qué las quieres?

—Son parte del arma —dijo él—. ¿No te viene bien deshacerte de ellas?

—Hay que guardarlos por separado —recordó ella—. Las balas. Y el revólver. Lo dicen las normas.

Parecía que quería retractarse y quedarse con el revólver después de todo, en su mirada había aparecido una repentina sospecha.

—Pero si tú siempre los has tenido en el mismo armario —objetó él.

Ella se encogió de hombros. Luego se acordó de otra cosa. Se apresuró a ir a la cocina y empezó a abrir y cerrar puertas de armarios de golpe.

—Hay algo más, ya que vienes aquí a pedir.

Él esperó paciente. Sujetaba el revólver con solemnidad, era sorprendentemente pesado. Oyó un tintineo, unos murmullos: «Dónde lo habré dejado —oyó, y después—: ah, sí, aquí está. Madre mía, sí que pesa,

sí». Para rematar, una breve risa. Luego volvió a su lado. Miró lo que tenía entre las manos. Un barco vikingo de cristal.

—Coñac —explicó ella—. Se lo regalaron a padre por su cincuenta cumpleaños, ¿te acuerdas? De sus colegas de la fundición.

—¿Coñac?

—Sí, fíjate. Mi nave va cargada de coñac —explicó riendo entre dientes—. Parece ser que encima es bueno, pero es una cursilería meter el alcohol en un barco. Llévatelo tú —sugirió ella—, es Larsen. Yo no bebo coñac.

—Yo tampoco —dijo él.

—Se ha conservado bien —prosiguió ella, como si no le hubiera oído—. Recuerda, debe estar a temperatura ambiente.

Cogió el barco de coñac. Se sentía un idiota allí de pie, con él entre las manos.

—No bebo coñac —repitió él.

Ella volvió a ignorarle.

—A veces, uno no sabe lo que la vida le tiene preparado —insistió—, y llega un día en el que te hace falta un coñac enorme, eso te lo puedo asegurar. Y entonces está bien que sea un Larsen, eso creo yo. Y todos los hombres beben coñac —remató.

Él asintió. Fue hacia la puerta, quería salir, ella le siguió con sus zapatos chirriantes de horma ancha.

—Bueno —dijo su madre—, ¿así que sigues saliendo con Valentino? —Se refería a Axel—. ¿Es de esos a los que les gustan los hombres? —quiso saber. Parpadeó al decirlo.

Reilly se encogió de hombros.

—Es solo por diversión. Juega con todo el mundo.

—Es un tipo único —opinó ella sacudiendo la cabeza.

Los rizos no se inmutaron. Pero ahora sonreía. Las mujeres sonreían al pensar en Axel Frimann.

—Necesito algo para llevarlo —comentó Reilly.

Ella se agachó ante el ropero y sacó una bolsa de plástico horrible de asas de color rosa.

—Es lo más espantoso que he visto —dijo él—. No puedo ir por la calle con eso.

—¿Te has vuelto un pijo, como Axel?

Por la noche se tomó una enorme dosis de G. Luego entró en internet para leer sobre el revólver del que ahora era propietario. Había varios modelos, pero enseguida encontró el que tenía a su lado, sobre la mesa, y que había sido de su familia desde los tiempos de la guerra. Un arma corta británica, producida por la empresa de titularidad estatal Royal Arms Factory en Enfield. El primer modelo fue empleado por la policía, y los de producción posterior fueron reglamentarios durante la Segunda Guerra Mundial. El revólver pesaba 765 gramos, y tenía capacidad para seis cartuchos. Después averiguó que al elevar el percutor se podían disparar las seis balas una detrás de otra. Se levantó de la silla, alzó el revólver y apuntó a un jarrón del alféizar de la ventana. Tal vez Axel haya hecho planes, pensó.

Pero con esto en la mano soy yo quien tiene el control.

Sejer estaba frente a la tumba de su esposa temblando de frío. Llevaba con él a su perro, un pequeño shar-pei gris que se llamaba Frank Robert. Tienes que perdonarme, Elise, podría haber traído una rosa. Pero los años pasan. Ya no miro por encima del hombro, porque sé que no vienes siguiéndome. Yoo Van Chau se sienta en su butaca y todavía espera oír pasos, porque por unos breves instantes olvida lo ocurrido. La certeza tarda mucho tiempo en llegar.

Se levantó y se metió las manos en los bolsillos.

Pero gané de todas formas, pensó, el premio más grande que toca en la lotería de la vida. Porque te encontré a ti, y pude tenerte muchos años.

Elise. Mi primer premio.

Abandonó el cementerio, bajó helado por la ribera del río. Empezó a llover. El río venía más fuerte de lo habitual, el agua bajaba en tromba, se espumaba en blanco contra los pilares del puente con una fuerza incontrolable. Siguió los remolinos con los ojos, eran como negras ollas en el agua y la lluvia arreció. El perro le miraba. No avanzamos, pensaba tal vez, hace frío.

Lo peor de perder a alguien —meditó Sejer— es la angustia que produce la idea de perder algo más. Una piedra cae y todo el muro está en peligro. Cuando Elise falleció, tuvo un miedo atroz a que le pasara algo a su hija.

Pensaba que esa muerte había apuntado un foco hacia ellos, y que a esa luz quedaban al descubierto, que el mal los vería y podría lanzar un nuevo ataque.

—Nos quedaremos un rato pasando frío —le dijo al perro—. Es lo menos que podemos hacer por Elise.

Esa noche soñó que estaba en una parada de autobús con el perro y a su alrededor reinaba la oscuridad. Al cabo de mucho tiempo llegó el autobús con las ventanillas iluminadas, y los dos ascendieron al cálido interior. Sejer se metió las manos en los bolsillos buscando monedas, por eso tuvo que soltar la correa un momento y, antes de que pudiera darse cuenta, Frank había saltado. Iba a echar a correr para buscarlo, cuando la puerta con forma de acordeón se cerró y el autobús empezó a moverse. Sejer pidió al conductor que se detuviera.

—Tendrás que esperar —dijo—. Tengo que cumplir el horario de la ruta.

—¿Cuánto falta para la siguiente parada? —preguntó Sejer.

—Mucho —explicó el conductor—. Siéntate.

Encontró un asiento junto a la ventanilla. Sentía un profundo dolor en su interior porque había perdido a Frank. Se quedó mirando fijamente hacia el exterior, estaba oscuro y no se veía gran cosa. Tampoco sabía dónde se encontraba, era un paisaje desconocido, y no comprendía cómo iba Frank a ser capaz de volver al bloque de pisos por su cuenta. Su imaginación iba a tope. Puede que lo atropellara un camión y tuvieran que llevárselo metido en un saco.

Siguió mirando fijamente por la ventanilla. No había nadie por la calle con ese frío, y había largos tramos sin iluminar. Cuando el autobús por fin se detuvo, bajó de un salto y echó a correr. Todo el tiempo iba llamando a Frank. Corrió en zigzag por caminos y senderos, atravesó bosquecillos, pero el pequeño shar-pei gris había desaparecido.

Entonces llegó una chica caminando en la oscuridad.

—Hay una perrera un poco más adelante —dijo ella—. Llevan allí a todos los perros extraviados.

Señaló y explicó dónde estaba. Sejer empezó a correr, llegó a un edificio que parecía un granero, encontró la entrada, tiró de la puerta y explicó a qué venía. Un hombre lo llevó a una gran estancia. Sejer miró hacia el interior y

le dio un vuelco el corazón, porque nunca encontraría a Frank entre esa marabunta de perros. Todos eran de la raza shar-pei, y todos eran grises.

Se despertó de golpe. Se quedó pensando largo rato. ¿Para qué me sirve todo lo que he vivido, lo que sé de la pena y de la muerte? ¿Qué valor tienen las palabras? Puedo encontrar una explicación y dársela a Yoo Van Chau, pero no es suficiente. Quiere un sentido. ¿Qué pensará si le digo que ganó el primer premio en la lotería de la vida?, se preguntó. Encendió la luz y bajó la mirada hacia el suelo. Frank dormía con la cabeza apoyada en las patas.

Axel apareció el viernes a las seis en un Nissan Micra color plata.

—¿Qué es eso? —preguntó Reilly.

Observaba el pequeño vehículo con la boca abierta.

Axel le dio al coche un golpecito en el techo.

—Es un coche de alquiler —dijo—. La policía ha recogido el Mercedes, está en la sección de criminalística.

—¿Qué?

—Lo van a inspeccionar —explicó Axel—. Como parte de la investigación. Tendremos que apañarnos con este.

Reilly observó el coche con escepticismo. En la mano llevaba una bolsa de viaje, y en su interior, un jersey grueso. Envueltos en el jersey iban el Corán y el revólver Enfield con seis cartuchos en la recámara. A sus pies tenía un pequeño transportín, el gatito miraba asustado entre los barrotes.

—¿Estás seguro de que esto es un coche? —preguntó Reilly—. A lo mejor es para colgarlo en el árbol de Navidad.

—¿Llevas la carta? —preguntó Axel—. Dame la carta, tengo que ver esa mierda.

Reilly se sacó el sobre del bolsillo trasero del pantalón.

Axel cogió la hoja de un tirón y la levantó hacia la luz.

—Ningún tío tiene papel como este en el cajón —dijo—. Esto es de chica.

Dobló la hoja, se la metió en el bolsillo y abrió el maletero. Reilly dejó la bolsa de viaje junto a la mochila de Axel y una caja con la compra.

Puso el transportín de gato en el asiento trasero.

Al cabo de unos kilómetros el gato empezó a babear.

—Se ha mareado —explicó Reilly.

—¿Va a vomitar? —preguntó Axel, escéptico.

—En cualquier caso solo vomitaría dentro del transportín —contestó Reilly—, y lo he forrado de papel de periódico.

Axel frenó y se detuvo junto a una gasolinera Shell.

—He olvidado algo —dijo—. Será un momento.

Entró en la tienda y salió con una bolsa de plástico. Reilly oyó que abría el maletero y hurgaba en él. Luego volvió a colocarse tras el volante.

—Traigo buena comida —comentó—. Cerdo criado en libertad.

—¿Qué clase de cerdo? —preguntó Reilly.

—El cerdo ha vivido en libertad. Nunca ha estado encerrado en una pocilga con otros cerdos.

Reilly se preguntó si Axel le estaría tomando el pelo.

—¿Me quieres hacer creer que ese cerdo sabe mejor que el otro?

—Por supuesto. Un cerdo libre es un cerdo feliz, y un cerdo feliz es un cerdo con mejor sabor.

—Déjame adivinar —dijo Reilly—. Un cerdo feliz es un cerdo mucho más caro. Y no notaríamos la diferencia en ningún caso.

—Yo noto la diferencia —repuso Axel—. Los cerdos que están en una pocilga no pueden ni darse la vuelta. Están así toda la vida, hacinados, royéndose los unos a los otros.

—No entiendo quién puede haber enviado esa carta —dijo Reilly.

Eran casi las nueve de la noche cuando se desviaron hacia el montículo de hierba, frente a la cabaña. Metieron las cosas en dos tandas, las dejaron en el suelo y encendieron la lámpara de parafina. Reilly fue a la habitación en la que solía dormir. Mientras dejaba su equipaje junto a la cama, hizo un descubrimiento preocupante. La cremallera no estaba cerrada del todo. ¿Había sido un descuido suyo? Abrió y miró dentro. Encima asomaba una bolsa de plástico de Shell, y dentro había patatas fritas con sabor a pimiento.

—¿Has abierto mi bolsa? —gritó.

Axel contestó con otro grito.

—¿Algún problema? La mochila estaba llena.

Reilly revolvió en la bolsa de viaje. Comprobó que el revólver seguía allí, dentro del jersey de punto. La nueva situación lo desconcertaba, tal vez ya había perdido el control. Empujó la bolsa bajo la cama y se quedó mordiéndose la uña del pulgar.

—¿Vienes? —llamó Axel—. Tenemos que empezar a preparar el cerdo.

Echó un vistazo a Reilly, allí de pie junto a la cama.

—¿Pasa algo? Tienes mal aspecto.

Reilly dejó al gatito salir del transportín y este se dio una vuelta para familiarizarse con cada rincón. Axel fue a la cocina, abrió el paquete de solomillo y sostuvo los grandes trozos de carne rosada en el aire.

—Aquí está el cerdo criado en libertad —dijo—, mira lo contento que está.

Sacó un cuchillo de un cajón y lo dejó sobre la tabla de cortar. Era un gran cuchillo con el mango de goma rugosa y la hoja larga y estrecha con una profunda hendidura. Un cuchillo como ese se adapta bien a la mano, pensó Reilly, ese mango proporciona un agarre extraordinario. Ese cuchillo llegaría hasta el hueso, joder. No estaba seguro de tenerlo todo controlado. Su cuerpo ansiaba el bienestar que le proporcionaba la droga, tal vez lo mejor sería tomarse un trago de G.

—Pela patatas —ordenó Axel, y empujó una bolsa en dirección a Reilly.

Este estaba pendiente del gato, que daba vueltas por el cuarto de estar.

—Tenemos que mantener la puerta cerrada —recordó—. Si el gato se escapa, no encontrará el camino de vuelta.

—Pero si nació aquí —le recordó Axel—. Además, tendrá que hacer pis y cosas peores. Tendrás que buscar alguna caja vieja en el cobertizo y prepararle algún apaño. Coge arena junto al lago.

Cortó la carne en porciones de tamaño apropiado, encendió la cocina de gas y doró mantequilla en la sartén. Puso la mesa y abrió una botella de vino tinto. Más tarde, cuando estuvieron sentados a la mesa, Axel le observó muy serio.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? —preguntó.

Reilly hizo unos cálculos.

—Nos conocimos cuando teníamos seis años, y ahora tenemos veinticinco. Eso son diecinueve años.

Pinchó la carne de cerdo criado en libertad con el tenedor.

—Relaciones como estas no se dan así como así —dijo Axel—. Diecinueve años es casi una vida.

Reilly asintió.

—Lleva mucho tiempo construir una amistad —prosiguió Axel—. Piensa en todas las personas con las que te encuentras a lo largo de la vida. En todas las circunstancias posibles. En el jardín de infancia y en el colegio, en el trabajo, en viajes y cursillos. En fiestas, en la calle y en el supermercado. ¿Cuántas de ellas se convierten en amistades para toda la vida?

Reilly esperó a que continuara.

—Casi nadie —dijo Axel—. La amistad es mucho más valiosa que el amor. La amistad es un compromiso, ¿estás de acuerdo?

—Sí —asintió Reilly.

—Creo que Jon violó su compromiso —opinó Axel.

—Nunca lo sabremos —repuso Reilly.

—La carta —dijo Axel.

—Eso de la carta es completamente incomprensible —contestó Reilly—, pero no podemos echarle la culpa a Jon si no estamos seguros.

Se miraron por encima de la mesa.

—Es muy noble por tu parte pensar bien de Jon —dijo Axel—, pero es peligroso ser ingenuo.

De repente desplegó una amplia y cordial sonrisa.

—Brindemos por la gente —propuso levantando la copa—. Brindemos por los caminos inescrutables del Señor. Y brindemos por las mujeres que se nos abren de piernas, si se lo sabemos pedir.

Después de cenar bajaron hacia el lago Dødvannet.

Junto a la orilla, estudiaron su superficie, que parecía un espejo, y permanecieron un buen rato fascinados por su negrura.

—¿Nos atrevemos a meternos? —preguntó Axel.

—¿Quieres decir con la barca?

—Quiero decir a pie.

Reilly gimió.

—Todo el mundo puede andar sobre el agua —afirmó Axel—. Solo se trata de repartir el peso.

Reilly arrancó un junco y lo mordisqueó. Dio unos pasos a un lado, no le gustaba tener a Axel demasiado cerca, no se podía saber en qué estaría pensando. Pero Axel fue tras él.

—No dejes que te cojan —le advirtió—. No dejes que te metan en una celda. Eso te mataría.

Reilly miraba fijamente hacia el punto en el que Jon había caído al agua.

—Moriré de todas formas —dijo—, solo es cuestión de tiempo. ¿No estábamos de acuerdo en eso?

—Escúchame —advirtió Axel—, esto va en serio. Perderás la razón. Y tampoco conseguirás tu droga, al menos no con regularidad. Te quedarás sentado en el camastro, entrechocando los dientes, y a nadie le importará. La cárcel no destina recursos a la gente como tú, no se molestan en rehabilitar a un viejo y sórdido drogadicto como tú. Tampoco te visitará nadie. ¿Quién iría a visitarte a ti, Reilly? ¿Iría Nader a leerte el Corán en voz alta?

Reilly empezó a caminar hacia la cabaña. Quería estar con el gato. Necesitaba G. Quería dejarse caer en una butaca delante de la chimenea, la charla de Axel le atacaba los nervios.

—Meter a alguien en una celda es cometer un abuso —añadió Axel.

Reilly siguió andando.

—¡Tampoco te querrá nadie cuando salgas! —gritó Axel—. Nadie te dará trabajo ni te proporcionará un techo. ¿Crees que te mereces eso?

Reilly corrió el último tramo y abrió la puerta de un tirón.

—Me lo merezco —dijo—. Y tú también.

El fuego de la chimenea murió, solo quedaban unas brasas rojísimas.

Axel se levantó y empezó a recoger, dando a entender que la velada había terminado, como cuando alguien cierra un bar.

No se sirve más.

Es de noche.

Reilly se puso de pie con dificultad. Estaba un poco tembloroso. La droga que le había llenado la última hora abandonó su cuerpo, se alejó arrastrándose como una serpiente y se llevó su dulce veneno. Recogió las botellas y los vasos y los dejó en la cocina. Abrió de un tirón el cajón de los cubiertos; quería comprobar que el cuchillo del mango de goma estuviera en su sitio. No estaba.

Axel llegó con dos sacos de dormir.

—¿El verde o el azul? —preguntó.

—El azul —respondió Reilly.

El saco de dormir estaba atado con un nudo muy fuerte y metido en una funda de nailon. Reilly fue hacia la alcoba y lo tiró encima de la cama, allí se quedó rodando de un lado a otro sobre el colchón de gomaespuma.

Axel se apoyó perezoso en el marco de la puerta.

—¿Recuerdas cómo llamábamos a Jon cuando éramos niños? —preguntó Reilly.

Axel se acordaba.

—Le llamábamos Transportes Toten, eso era lo que ponía en el camión de su padre, porque era ahí donde trabajaba. Jon llevaba una gorra con ese mismo logo. A veces le decíamos solo Toten. ¿Por qué me lo preguntas?

—No lo sé —murmuró Reilly.

—No deberías pensar tanto —le advirtió Axel.

Reilly fue a buscar al gatito.

—Mañana prepararé el desayuno —dijo Axel—. ¿Te metes el gato en el saco de dormir?

—Sí.

—Antes de irme a dormir te voy a contar algo importante —añadió Axel—. Soy un conocedor del ser humano.

—¿Ah, sí?

—Intuyo los pensamientos de la gente, veo sus motivos. Y sus intenciones. Voy por delante, ¿entiendes?

—Deja de dar la lata —dijo Reilly.

—Dulces sueños —repuso Axel.

Reilly cerró la puerta. Fue Axel quien lavó los platos después de cenar, pensó, y yo sequé. No recuerdo haber secado ese cuchillo para trinchar carne,

¿dónde cojones lo ha metido? Sacó el revólver de la bolsa que estaba debajo de la cama y se metió en el saco de dormir completamente vestido. Ahora que la puerta estaba cerrada, se vio rodeado de una densa y fría oscuridad. El gato se enroscó junto a la pared. Reilly estaba muy quieto, con el revólver en la mano. Todas sus fuerzas estaban concentradas en escuchar, y los sonidos se multiplicaban, algo que se arrastraba por el suelo del cuarto de estar, y unos golpes repentinos que no comprendía. Alguien que respiraba con fuerza, pero tal vez fuera él mismo. No tengo que dormir, no debo deslizarme y ausentarme, de repente estará sobre mí con el cuchillo, y lo hundirá entre dos costillas. Después me tirará al Dødvannet, y acabaré bajo el lodo como un tronco de madera putrefacta. Así el secreto estará seguro. Eso es lo que quiere. Por eso me ha arrastrado hasta aquí, lo he sabido todo el tiempo, pero estoy bien preparado.

Puso una mano sobre el gato, las vértebras de su espalda eran como minúsculos botones bajo el pelo. Nadie sabe que estoy aquí, se dijo, nadie sabe dónde buscarme. Estaba seguro de haber oído pasos en el salón. Le pareció oír sonidos en la habitación contigua, la más interior, la que siempre había ocupado Jon. Como si Jon hubiera estado allí dormido todo el rato y ahora se despertara y todo fuera un sueño, y no se hubiera ahogado. Todo le resultaba incomprensible. Jon se hundió hasta el fondo, y nosotros nos quedamos sentados, mirando. Nos alejamos remando. Nos fuimos a dormir. Le mentimos a Ingerid. Somos gentuza.

De repente se abrió la puerta. Del salón se coló un poco de luz, Axel estaba allí. Reilly apretó con fuerza el revólver dentro del saco de dormir.

—Solo me preguntaba una cosa —dijo Axel—. Si te dieran un millón de coronas, ¿aguantarías dejarte morder por una víbora?

—¿Una víbora viva?

—Vivita y coleando.

—Por supuesto que no. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te has vuelto majareta?

—Solo quería saber si tenías huevos. No tienes huevos —constató.

Volvió a marcharse. Unos tablones del suelo chirriaron cuando recorrió el cuarto de estar. Reilly se dio cuenta de que no había cerrado la puerta del todo, echó el gato con cuidado a un lado, se deslizó fuera del saco y fue a cerrarla. Axel había plantado una imagen en su interior, y esa imagen era

insoponible. Tenía un sabor putrefacto en la boca y una sensación nauseabunda en la garganta y por el estómago, como si una serpiente sin cabeza se estuviera contorsionando ahí abajo. Se volvió a meter en el saco. No subió la cremallera, se quedó como si estuviera en la línea de salida, esperando. En el exterior se había levantado viento, el aire se colaba entre los troncos de la cabaña con una fuerza tremenda. La puerta se abrió por segunda vez. Axel entró en la habitación.

—Se me olvidaba —añadió—. Esta jodida muela me ha empezado a doler otra vez. ¿No tendrás un paracetamol?

Reilly se apoyó en el codo.

—No —dijo.

—¿Ni aspirina tampoco? ¿Ibuprofeno?

Reilly negó con la cabeza. No sabía adónde quería ir a parar Axel. Se está armando de valor, supuso. La próxima vez atacará. Esperará a la madrugada, entonces vendrá. Pero yo también puedo esperar, puedo quedarme despierto, y tengo seis disparos en la recámara.

Cuando Axel se hubo marchado por segunda vez, Reilly se inclinó por el borde de la cama y sacó la bolsa de viaje. Cogió el Corán que estaba al fondo, encontró una caja de cerillas en el cajón de la mesilla y encendió la lámpara de parafina. Empezó a leer. Después de un rato, se tranquilizó. El texto le cautivó. Su vida encontró un sentido. El gato ronroneaba junto a la pared. El viento se empoderó, la naturaleza se doblegaba y la puerta se abrió por tercera vez.

Reilly soltó el Corán y manoteó en busca del arma.

—¿Qué hay del dedo meñique? —preguntó Axel—. ¿Sacrificarías la primera articulación a cambio de un millón?

Reilly gimió.

—Ya te vale de dar la lata con eso.

—Es que sigues sin tener huevos —dijo Axel—. Y tampoco eres avaricioso. ¿Cómo vas a defenderte en la vida?

—¿Ahora te preocupas por mí? —se extrañó Reilly.

Axel todavía estaba en la puerta, Reilly no podía verle la mano derecha, tal vez llevara el cuchillo en ella, tal vez en cualquier momento se lanzaría hacia la habitación, solo le llevaría un par de segundos.

—No vayas a quedarte demasiado tiempo leyendo —dijo Axel, serio—, tienes poca luz. Eso estropea la vista. Me lo enseñó mi madre.

—¿Qué más te enseñó tu madre? —preguntó Reilly.

—Que siempre debo desconfiar de todo el mundo. Aquí estás tú, mi mejor amigo, leyendo el Corán. Y el gato duerme a tu lado. Una imagen así probablemente sea demasiado bonita para ser verdad. ¿Qué me dices, Reilly? ¿Es verdad?

—Vete a la cama —dijo Reilly con voz grave.

—¿Por qué estás metido en el saco con toda la ropa puesta? —quiso saber Axel.

—Porque hace frío aquí dentro.

—No te olvides de rezar antes de dormir. Alá es grande. ¿O cómo es eso?

—¿Es que tienes miedo a la oscuridad? —preguntó Reilly—, puesto que no paras de entrar a verme.

Axel no respondió. Se retiró con calma. Reilly oyó sus pasos por el suelo, oyó la puerta que se cerraba. Y el silencio se convirtió en un zumbido del bosque de Dødvannet.

Sejer le propuso a Frank compartir una cerveza. Le faltó tiempo para ir corriendo a la cocina y sentarse delante del frigorífico. Sejer abrió una lata de medio litro y echó la mitad en el bebedero del perro, luego fue a sentarse en la butaca de la ventana. Oyó al perro sorbiendo cerveza en la cocina y pensó que tenía sobrepeso, sobre todo alrededor de la barriga. No estaba seguro de si era por la cerveza o por los restos de todas sus cenas. Llamaron a la puerta e interrumpieron sus reflexiones. Era Jacob Skarre. No estaba ni acalorado ni falto de aire.

—Has cogido el ascensor —comentó Sejer.

—Vives en el piso trece —señaló Skarre.

Abrió los brazos.

—Es tarde —dijo—, si no te viene bien, dímelo y me iré enseguida, pero es que estaba por la zona.

—No te vayas —le pidió Sejer—, me viene bien tu visita. Pasa. Olvídate del coche. Podemos tomarnos un whisky.

Se sentaron con sendos vasos. Skarre se fijó en las vistas y el brillo que se distinguía allá abajo. Un tren de mercancías se deslizó hacia la estación. Desde el piso trece parecía algo digno de una maqueta de tren de Märklin.

—Tienes buena vista —comentó.

—Sí —asintió Sejer—. Por las noches me siento aquí a mirar a la gente desde mi posición privilegiada.

—Tú nunca has mirado a la gente con aires de superioridad —dijo Skarre. Probó el whisky. Estaba templado.

—Hoy he ido a ver a Ingerid Moreno —dijo—. Me habló de Jon. De cómo ha sido su vida. Nació dos meses antes de tiempo. Cuando lo reconocieron, vieron que solo tenía un riñón. A los cinco años desarrolló alergias, tanto al polen como a algunos alimentos. A los nueve, se cayó por encima del manillar de la bicicleta y se hizo una lesión cerebral que le produjo epilepsia. Con el tiempo lo fue superando, pero estuvo varios años medicado. A los trece, se contagió de meningitis y estuvo entre la vida y la muerte. Y, cuando tenía dieciséis, tuvo una infección en el apéndice que le provocó peritonitis. Lo operaron en el último minuto. Está claro que la naturaleza había decidido hacerle sufrir en exceso.

—¿Qué hay de Frimann? —preguntó Sejer—. ¿Qué has encontrado?

—Ha destacado siempre —dijo Skarre—. Primero en el colegio, luego en el ejército. Listo. Sociable. Ambicioso. En cuanto a Philip Reilly la imagen es menos nítida. No llamaba la atención en el colegio. Un poco introvertido, pasivo. Ha tenido una serie de trabajos temporales donde lo hace aceptablemente, pero no destaca. Se droga bastante. Su trabajo de camillero está en peligro por varias negligencias. Y también me he fijado en otra cosa —añadió Skarre—, una pequeña curiosidad que seguramente no tiene importancia. Frimann, Reilly, Van Chau y Moreno, todos son hijos únicos y todos se han criado total o en parte sin padre.

—¿Qué hay de la relación psicológica entre ellos? ¿Qué dirías de ella?

—Jon nunca ha llamado la atención, pero quería pertenecer a un grupo —dijo Skarre—. Y ese deseo lo llevó hasta Reilly y Axel. Reilly mantiene una extraña neutralidad, es alguien que nunca toma partido, mientras que Axel se hace con el liderazgo en cualquier circunstancia. Los demás lo siguen porque es fuerte, carismático. Puede que sea así pase lo que pase. Pero nunca

conseguiremos que los condenen. Ni siquiera sabemos qué ocurrió, y no tenemos base suficiente para acusarlos. Lo único que nos sirve es una confesión.

Bebió el whisky templado.

—Y esa confesión no la vamos a conseguir.

Después salieron a pasear al perro.

Cruzaron el aparcamiento que estaba frente al edificio y cogieron un sendero. Frank Robert iba suelto, llevaba una luz azul intermitente en el collar, por eso era fácil verlo, incluso cuando se colaba en el bosque. Skarre siguió la luz azul con la mirada.

—Los perros pueden oler drogas, explosivos —dijo—. Y cadáveres. Algunos pueden detectar la podredumbre en la madera. Ahora los expertos los están adiestrando para oler el cáncer. Imagínate que pudiéramos enseñarles a oler la culpa. Entonces podríamos haberles soltado un perro a Frimann y a Reilly, los habría marcado al instante. —Se detuvo para encender un cigarrillo—. Pero no es seguro que en este caso haya maldad. Además, también hay quien dice que la maldad se puede medir.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó Sejer.

—Un catedrático estadounidense ha establecido un sistema de medidas, una escala que va del uno al veintidós. Hace referencia, por ejemplo, a una mujer que disparó y mató a su marido porque le era infiel. Lo pilló con las manos en la masa y disparó enajenada. Solo marcó un dos en esa escala.

—Nadie es dueño de nadie —apuntó Sejer—, en este caso la juzgaron con ligereza.

—Pero luego tenemos a Ted Bundy —dijo Skarre—. Él obtuvo diecisiete puntos.

—¿Quién tiene veintidós? —preguntó Sejer.

—Hay mucha gente en el punto máximo de la escala —dijo Skarre—. John Edward Robinson. Dennis Rader. Kemper, Holmes y Sells. Y John Wayne Gacy. Y ya llego a lo que quiero decir, porque todo esto tiene una razón de ser: ser culpable de algo no implica que uno reconozca su culpa. O sienta culpa. Gacy mató a más de treinta personas, explicó que era como pisar

cucarachas. Cuando lo cogieron, no paró de hablar de su infancia y de lo miserable que había sido. Cuando lo arrestaron dijo la siguiente frase para la posteridad: «En este caso, la víctima soy yo».

Skarre dio una calada al cigarrillo.

—Con suerte, podremos pillar a Axel Frimann. Y probablemente dirá eso mismo.

Cuando abrieron la puerta el teléfono estaba sonando.

La sección de criminalística había acabado con la inspección del Mercedes de Axel Frimann.

—Ha pasado bastante tiempo, y ese coche ha sido limpiado a fondo, probablemente varias veces. No hemos encontrado nada en el asiento delantero, ni en el trasero, ni en el suelo. Ni huellas dactilares ni otros restos biológicos.

Sejer se tomó la información con una gran calma.

—No se lleva a un muerto en el interior del vehículo —dijo—. Vamos al grano. ¿Qué hay del resto del coche?

—Exacto. En el maletero encontramos algo, y podemos decir con seguridad que procede de Kim Van Chau.

—¿Algo? ¿Qué?

—El maletero está cubierto con una alfombrilla. Y Frimann habrá utilizado la aspiradora con toda seguridad, pero el cabello asiático es muy rígido. Se queda clavado entre los hilos como si fueran agujas.

—¿El hallazgo es fiable? ¿La coincidencia es total?

—Es una coincidencia total. Y eso quiere decir con seguridad que han transportado el cadáver de Kim en el coche de Frimann.

Reilly se despertó con un escalofrío.

Había alguien en la habitación. Alguien respiraba en un rincón, intuyó un movimiento, un leve olor. Rebuscó en el fondo del saco para dar con el revólver. La oscuridad era tan densa que resultaba imposible ver nada, el gato también salió disparado, pasó por encima de él y saltó al suelo. Junto a la puerta vio una oscuridad más definida que tal vez fuera el contorno de un hombre, la masa oscura estaba inmóvil, como si le estuviera vigilando.

Reilly se apoyó en el codo.

—¿Axel? —susurró.

Nadie respondió. Solo oía el viento, se había calmado bastante, el amanecer estaba próximo. Se sentó, todo el tiempo con el arma lista, no era fácil mantener el revólver quieto, porque respiraba con dificultad. Había visto un destello en la oscuridad, tal vez la hoja de un cuchillo, o era el brillo de los ojos de Axel, no lo sabía. Se arrastró fuera del saco de dormir y se puso de pie. Ya no veía la masa oscura junto a la puerta; se acercó de puntillas con los nervios a flor de piel. No había nadie allí, sus manos solo encontraron madera y alguna que otra astilla. Abrió la puerta tan silenciosamente como pudo y miró hacia el cuarto de estar. Un insignificante reflejo gris entraba por las ventanas, vio el respaldo de una silla. Seguía teniendo la sensación de que oía a alguien respirar. Avanzó sin hacer ruido y se detuvo ante la puerta de Axel, era una sencilla puerta de pino con un picaporte de plástico. Apretó la empuñadura del arma y abrió. Algo de la luz grisácea del salón se coló en el interior y se le ocurrió que el saco de dormir verde de la cama le recordaba a un pepino marchito. No sabía cuánto tiempo estuvo así, con los brazos colgando, y el cañón del arma apuntando al suelo.

Axel llegó por detrás. Reilly sintió un golpe fortísimo cuando tiraron de él y cayó al suelo, el revólver salió volando de su mano, se deslizó y chocó contra la pared con un estallido.

—¿Vienes aquí a pegarme un tiro? —gritó Axel—. ¿Eh?

Puso el brazo alrededor del cuello de Reilly y apretó todo lo que pudo, era fuerte, Reilly casi no podía respirar, solo era capaz de dar patadas, pero eso no le ayudaba a llevar el aire a los pulmones.

—¡Siempre voy por delante! —siguió gritando Axel—. ¿Lo entiendes?

Incrementó la presión alrededor del cuello, Reilly intentó contestar con un gemido, pero solo emitió unos sonidos incomprensibles, y, mientras se sentía cada vez más débil por la falta de oxígeno, le dio por pensar que se iba a rendir, que tampoco le importaba gran cosa. Jon no aguantó el resto de su vida, y yo tampoco, se dijo Reilly, sus ojos se nublaron. Le ardía la cabeza.

—Conozco a la gente, conozco sus motivaciones —gritó Axel.

Reilly sintió su aliento en la oreja, el olor de Axel, su fuerza bruta.

—Tampoco sabes pelear —dijo Axel—. Joder, si es que no vales para la vida.

Reilly quería suplicarle piedad. Quería explicarse, y quería hacerle una especie de propuesta, pero no era capaz de decir una palabra. Por fin Axel lo soltó. Reilly llenó los pulmones de aire, pero no se atrevió a moverse. Algo se había roto en su garganta, y no sabía si tendría voz.

Axel se puso de pie y le observó, allí tirado, en el suelo.

—Explícate, joder.

—Me llevé un susto —dijo Reilly—. Oí algo.

Intentó averiguar cómo se encontraba. En realidad, no sentía gran cosa. Ahora sé por qué mata la gente, pensó. Tiene miedo.

—¿Me habrías pegado un tiro? —preguntó Axel—. Habrías disparado, ¿verdad?

Fue hacia la pared y recogió el revólver. Lo abrió y miró la recámara.

—Seis tiros. Hay que joderse.

Reilly se levantó con dificultad. Estuvo un rato masajeándose el cuello, se acercó a una silla tambaleándose y se dejó caer. Cuando llevaba un rato sentado y se hubo tranquilizado un poco, se puso de pie y fue a buscar al gatito. Lo metió en el transportín. Recogió sus cosas y las introdujo en la bolsa de viaje, el neceser, el jersey grueso y el Corán. Por fin se puso la larga gabardina.

Todo sucedió muy despacio.

Axel le contempló con tranquilidad mientras lo hacía.

—¿Y adónde has pensado ir ahora? —preguntó.

—A casa —respondió Reilly—. Vuelvo al apartamento.

—¿Sí?, ¿vas a ir andando? ¿Vas a ir por la carretera con el transportín del gato en la mano? ¿Sabes qué hora es?

Reilly abrió la puerta y salió al montículo de hierba.

—¡Pareces un fantasma con esa gabardina! —gritó Axel—. No va a parar nadie.

Reilly se marchó. Los faldones de su gabardina volaban, el transportín del gato oscilaba en su mano. Después de una hora por la estrecha pista forestal, llegó a la carretera principal y, de madrugada, le recogió un camión que transportaba troncos de madera.

Dio de comer al gatito.

Estuvo mirándolo mientras comía.

Toda la vida me he dejado llevar, reflexionó, pero ahora soy un hombre de acción.

Cuando el gato se acabó la comida, se enroscó en un rincón y se durmió. Reilly estaba de pie, mirando a su alrededor, había algo que se había propuesto hacer, y estaba muy decidido. Su mirada cayó sobre el barco vikingo relleno de coñac que le había dado su madre, estaba en un estante, sobre la ventana. Lo cogió con cuidado, lo acercó a la luz, admiró el color. Ha llegado el día en el que necesito un coñac, pensó. Encontró un vaso limpio en el armario y se sirvió. Esto me sentará bien. También necesitaba un cuaderno y un bolígrafo, los encontró en un cajón de la cocina. Estuvo ocupado un buen rato, había bastantes cosas que organizar. En su interior seguía firme la decisión que había tomado, eso le hacía avanzar con calma.

El gato dormía en el rincón. Reilly abrió la ventana de la cocina para que entrara el aire. Miró hacia la calle, el asfalto azul estaba mojado porque había caído un breve chaparrón, pero ahora brillaba el sol. Luego se sentó a la mesa para escribir una confesión. Se obligó a recordar, intentó llegar a comprender cómo era posible que la fiesta de Skjæret le hubiera conducido hasta aquí. Miró por la ventana otra vez, vio una gaviota que planeaba sobre las corrientes de aire. La visión del ave blanca lo emocionó. Imaginó que alguien la había enviado para mostrarle algo, el ave era la prueba de que las cosas tenían un sentido y así, de una manera exquisita, se lo daban a conocer.

Una vez más miró al gatito.

John Coffey tenía un ratón, pensó, vivía en su celda, y lo llamaba Mr. Jingles. Perry Smith tenía una ardilla. Y yo tengo un gato. ¿Qué va a ser de ti ahora? A lo mejor te sacrifican y te muelen para hacer pienso, tal vez un rottweiler te coma para almorzar. Esos pensamientos le preocuparon mucho rato. Luego empezó a escribir. El bolígrafo se movía deprisa, las palabras fluían con facilidad, olvidó el sitio y la hora, porque estaba de vuelta en el apartamento de Irene. Philip Reilly escribía. El sol ascendía y envió un rayo por la ventana, le daba calor en la nuca. Era una calle tranquila y era sábado, pero algún que otro coche pasaba por allí. De vez en cuando oía voces. Y, precisamente ahora, la puerta de un coche que se cerraba abajo, en la acera. Puede que fueran a su bloque, pero dudaba que fueran a verlo a él, no tan temprano, no esperaba a nadie. Siguió escribiendo. Cuando llamaron al timbre se quedó mordiendo el bolígrafo. La interrupción le hacía dudar de su decisión. Pero alguien nos vio, he estado esperando este momento, se dijo.

Fue a abrir. Axel entró.

—Con la paz de Dios, Reilly. Así saludan los musulmanes, ¿no?

Tenía el revólver en la mano. Luego fue a sentarse junto a la mesa de la cocina, y enseguida vio el barco vikingo cargado de coñac.

—Por el amor de Dios, ¿qué tienes ahí? No sabía que fueras tan cursi —dijo—. ¿Coñac en un barco?

Movió el barco de un lado a otro y, después de estudiarlo con detalle, volvió a dejarlo donde estaba.

—¿Recuerdas cuando éramos niños? —preguntó—. ¿Recuerdas lo que hacíamos cuando llovía?

Reilly no tuvo fuerzas para responder. Axel había interferido en su propósito, y estaba desconcertado.

—Íbamos pisando caracoles —dijo Axel—. Cuando llovía, salían de las cunetas y se arrastraban por el asfalto. Una vez vimos cien sin ir más allá del quiosco.

Ahora Reilly sabía lo que vendría.

—Dejamos un rastro de baba hasta la tienda de las chuches.

—¿Por qué vienes ahora hablando de esos caracoles? —preguntó Reilly.

—Porque ya entonces destacabas —dijo Axel—, eras muy artero. Si ponías el pie en la cabeza del caracol, salía una especie de baba verde. Pero,

si ponías el pie en la parte de atrás, sacabas algo asqueroso y amarillo que parecía mantequilla. Era una decisión que tenías que tomar una y otra vez antes de levantar el pie: moco o mierda.

—Solo eran unos caracoles —objetó Reilly.

Axel vio el cuaderno sobre la mesa.

—¿Qué estás escribiendo? —preguntó—. No estarás denunciándonos ahí. Cogió el cuaderno.

—Solo lo hago para mí —murmuró Reilly.

Axel leyó unas pocas líneas, luego golpeó la mesa con el puño.

—¿Pudimos evitarlo? —rugió—. ¿Le deseábamos algún mal a Kim?

—No —balbuceó Reilly.

Axel perdió la compostura, Reilly nunca le había visto tan furibundo. Ha estado ahí latente todo el tiempo, pensó, y ahora se desborda.

—¿Sabes lo que es la maldad? —gritó Axel—. ¿Qué es la maldad, Reilly? ¿Te lo enseño?

Reilly no tuvo oportunidad de reaccionar. Axel se acercó al rincón y agarró al gatito, lo tenía entre las manos, sus puños eran de acero. El gatito empezó a gritar. Era un quejido agudo que destrozaba el corazón y atravesaba los huesos. Axel se acercó a la ventana abierta de la cocina. Sujetó al gatito por la piel del pescuezo, se asomó y miró hacia el asfalto.

—Esto es maldad —dijo.

Tiró al gatito por la ventana.

Voló como una pelotita gris y blanca por el aire.

Reilly fue tambaleándose a la alcoba y se dejó caer en el borde de la cama. La visión del gato que salía disparado por la ventana era más de lo que podía soportar. Le costaba respirar. Cerró los puños hasta que las uñas se clavaron en las palmas de las manos. El gatito por la ventana, como una minúscula ardilla voladora con las patas abiertas. El gato sobre el asfalto, con la cabeza por delante. Iba a lanzarse contra la cara de Axel, pero antes necesitaba reunir fuerzas, por eso tensó todos los músculos allí sentado al borde de la cama. Axel había vuelto a la mesa de la cocina. Levantó el vaso de coñac hacia la luz. Lo que ocurrió después fue tan sorprendente que Reilly olvidó su propósito de lanzarse contra su cara. Se quedó mirando, apenas

podía creer lo que veía, pero el asesino de la mesa parecía necesitar un trago para animarse. Se llevó el vaso a la boca y lo vació de un trago.

Reilly siguió el suceso con la mirada, y no se había equivocado, porque el vaso estaba vacío y el coñac se encontraba en el interior de Axel, donde muy pronto haría notar su presencia de manera inevitable.

—¿Qué le has echado al coñac? —preguntó Axel, sorprendido—. ¿Sifón? ¿Le has echado sifón al coñac?

Reilly negó con la cabeza. Se agarró al borde de la cama, su mirada estaba prendida del rostro de Axel, que ya no estaba pálido de ira, sino rojo de sorpresa.

—No deberías haber tocado ese coñac —dijo.

Axel levantó el barco vikingo y leyó la etiqueta. Luego olió el vaso.

—Sabe salado —dijo.

—Lo tenemos muy mal —apuntó Reilly.

Axel se pasó la lengua alrededor de la boca.

—Ese coñac era para mí —dijo Reilly—. Estaba cargado de G.

Contuvo la respiración, no estaba del todo seguro de lo que iba a pasar, porque era una gran dosis, y había pensado que tal vez lo conduciría al cielo, o al infierno, si ese era el lugar que le correspondía, no lo sabía, pero quería confesar y luego desaparecer. Axel fue al baño. Abrió los grifos. Un buen rato estuvo en silencio, luego Reilly oyó unas arcadas secas. Y luego parecía que se derrumbaba allí dentro, se oyó un pataleo intenso en el suelo, unos sonidos forzados que indicaban que la elevada dosis había provocado una insuficiencia respiratoria. Ahora caía también el toallero, sonando como chatarra. Reilly se sentó en la cama, esperó, sentía que le estaba pasando algo, como si les estuvieran pegando una paliza a los dos. Se prolongó un buen rato, al parecer era mucha la vida que tenía que abandonar aquel gran cuerpo. Cuando por fin quedó en silencio, bajó a recoger al gatito muerto.

Luego se quedó sentado a la mesa de la cocina con la mano encima del viejo revólver Enfield. Se acordó de cuando eran pequeños y jugaban a la botella, y se le ocurrió una idea divertida. Hizo girar el revólver y se detuvo con el cañón apuntando a la ventana. Lo hizo girar una vez más, ahora apuntaba al

baño. Iba a hacerlo girar una tercera vez, cuando cayó en la cuenta de que quería comprobar la recámara.

Estaba vacía.

Había envuelto el gatito muerto en una toalla. El atadillo estaba ante él, sobre la mesa. Vio que la luz cambiaba, que nubes oscuras llegaban y tapaban el sol, y sintió que hacía frío en la cocina. Pero no se movió de su sitio. De vez en cuando alargaba la mano y daba unas palmaditas al pequeño bulto de la toalla. Si fuera por él, las horas podían pasar sin más, el sol podía ponerse, y la oscuridad podía envolverlo todo y a todos, a él no le concernía. Fue el timbre de la puerta el que lo arrancó de la apatía. Enseguida recorrió el cuarto de estar para ir a abrir, sabía que vendrían a buscarlo. Fue un alivio poder moverse, un alivio escuchar voces. Ese mismo día Philip Reilly prestó declaración.

Irene Selmer estaba acostumbrada a salirse con la suya.

Axel Frimann también.

—No soy ningún taxista —dijo—, tengo que llevar tanto a Jon como a Reilly, es más que suficiente. Además, tengo que dar mucha vuelta hasta Nattmål, y ya casi es de día, joder.

Jon intervino con prudencia. Su débil alegato no impresionó a Axel.

—Podríamos dar ese pequeño rodeo —opinó—, no es para tanto. A lo mejor tiene padres que están levantados esperando a que llegue.

Axel miró a Irene.

—Tú lo has dejado entrar en tu fiesta —le recordó—, así que es responsabilidad tuya. No puedes exigirles a tus invitados que hagan de taxi pirata en mitad de la noche.

—Deja ya de decir tonterías —dijo ella—, vais a llevar a Kim a casa y ¡lo vais a hacer ya!

Las voces hicieron que Kim Van Chau levantara la cabeza, pero estaba demasiado borracho para entender que la discusión tuviera que ver con su persona.

Jon volvió a intervenir en la discusión.

—A nosotros no nos importa nada dar ese pequeño rodeo, Axel. Me parece que deberíamos llevarlo a su casa.

Irene probó con otra táctica.

—Por favor —rogó—. Es horrible despertarse por la mañana con un desconocido en casa, no lo soporto.

—¿Qué me das por hacerlo? —preguntó Axel.

Irene gimió.

—Una mierda. ¿Es que tienes que llevarte algo por cualquier cosa que hagas?

Pusieron a Kim de pie y lo arrastraron tras ellos por la nieve. Después de dar unos pasos inciertos llegaron hasta el Mercedes. Axel miró por la ventanilla, al interior tapizado de piel blanca.

—¿Cómo estás, Kim?

Kim cayó sobre el capó. Empezó a hipar.

—¿No te estarás poniendo malo? ¿Verdad?

Axel miró otra vez dentro del coche. Tomó una nueva decisión.

—Ni hablar de meter a un chino completamente borracho en mi coche, joder. Vomitará. Estropeará los asientos. Lo pondremos detrás.

Reilly sacudió la cabeza, incrédulo.

—¿Quieres decir en el maletero? No, déjalo ya, tío.

—Vamos —dijo Axel—, ayúdame.

—No creo que sea muy buena idea —opinó Jon.

—A estas horas de la noche no tengo buenas ideas —repuso Axel.

Kim protestó débilmente cuando lo levantaron y lo metieron en el maletero. Pero luego pareció darse por satisfecho, se enroscó y cerró los ojos, tal vez ni siquiera notó que habían bajado el capó. Empezó a nevar, copos pequeños y secos que bailaban a la luz de los faros. Reilly cerró los ojos. Después del follón del apartamento de Irene el silencio resultaba agradable, solo se oía el murmullo constante del motor. Axel Frimann conducía, Jon dormitaba en el asiento trasero. Reilly tenía ganas de llegar a casa y meterse en la cama; tantas horas de música a todo volumen lo habían mareado. Se acercaban a la ciudad. En una rotonda discutieron qué dirección tomar.

—Me pregunto por qué quieren venir aquí, a Noruega, con nosotros — dijo Axel.

Reilly le miró sin comprender.

—¿Quiénes?

—Todos los extranjeros.

—Claro que quieren venir aquí —exclamó Reilly—, este país es mucho mejor. ¿Te parece difícil de comprender?

—Pero hace mucho frío —señaló Axel—. Mira.

Señaló el termómetro del salpicadero.

—Diecisiete bajo cero.

—Será que no les importa el frío —opinó Reilly—. Lo que buscan es trabajo y comida. Quieren la libertad que tenemos nosotros. Quieren poder ir por la calle sin tener que enseñar papeles que muestren quiénes son, y todo eso. Quieren poder decir y escribir lo que quieran. No es así en todas partes. Para que lo sepas. Claro que la gente quiere venir aquí.

—El que va detrás —dijo Axel—, ¿por qué crees que ha venido?

—Supongo que vendría con sus padres —opinó Reilly—. Y ellos habrán venido para conseguir un trabajo. Y una casa. Esas cosas que la gente quiere.

Se dio la vuelta y controló el asiento trasero.

—¿Duermes, Jon?

Cuando llegaron a Nattmål, Axel aparcó junto al soporte de los buzones. Salió a la nieve, crujía bajo sus pies, y unos minúsculos copos se posaron en su cabello castaño. Jon se despertó y se frotó los ojos.

El aire helado entró en el habitáculo.

Axel abrió el maletero.

—¡Hemos llegado! —gritó—. ¡Andando!

Reilly se acercó para ayudar. Resbaló un par de veces y tuvo que apoyarse en el coche.

—Mírale los ojos, Reilly —dijo Axel—. Les pasa algo.

Reilly se inclinó para mirar.

—Está bocarriba —apuntó—. Eso no es bueno.

—Qué coño importa cómo esté tumbado —rugió Axel—. Tiene que salir.

Se inclinó sobre Kim Van Chau para verlo más de cerca.

—Eh, Kim. ¡Espabila, joder!

No ocurrió nada en el maletero. Empezaron a empujar y golpearlo, Axel le dio unos leves tirones de orejas, pero nada producía efecto, estaba totalmente inerte. Reilly empezó a dar vueltas por la nieve. La gabardina larga volaba en torno a sus pies.

—¿Crees que ha perdido el conocimiento?

Axel respondió con un bufido.

—Claro que está inconsciente. No responde.

—¿Sabes de primeros auxilios? —preguntó Reilly—. ¿Eso del corazón?

—¿Para qué queremos eso del corazón? —dijo Axel—, solo se ha tomado unas cervezas de más, nadie se muere de eso. Tenemos que sacarlo del coche. Al aire. Para que se despierte. Vamos, ya.

Agarraron el cuerpo sin vida, era como un muñeco de trapo, solo que mucho más pesado.

Jon se acercó para ayudar.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿No es capaz de andar? ¿Tenemos que llevarlo?

Axel sacó a Kim, las piernas no lo sostenían y se derrumbó sobre la nieve.

—¡Kim! —berreó Axel—. Escúchame. ¡Arriba!

Kim Van Chau se quedó tirado.

—No me da la gana de seguir con esto —dijo Axel—. Esto no es un juego, tu madre te está esperando.

—Joder, ahora sí que la hemos liado —gimió Reilly.

—¡No hemos hecho una mierda! —gritó Axel.

Jon se dejó caer de rodillas entre lamentos.

—¡Tenemos que llamar! ¡Alguien nos tiene que ayudar!

Axel los miró intensamente.

—Tenemos que hablar de esto, calmaos.

—Lo llevaremos hasta las casas —propuso Reilly—. Seguro que tiene la llave en el bolsillo. Abrimos y lo dejamos en el descansillo.

—Pero si no sabemos dónde vive —objetó Axel—, no tenemos el número. Jon, acércate a leer en los buzones de ahí. ¡Corre!

Jon llegó hasta el soporte de los buzones, pero estaba oscuro, y tenía dificultades para leer algunos de los nombres.

—¡Busca algo vietnamita! —gritó Reilly.

—Pero es que aquí solo viven extranjeros —respondió Jon—. Nadie tiene un nombre noruego. ¿Subo a leer en los timbres?

—¡Quédate aquí! —gritó Axel—, tenemos que mantener la calma.

—Ya no respira —susurró Reilly—. Mírale los labios. Están totalmente azules.

—Es por el frío que hace —opinó Axel.

Se echó a andar. Al cabo de unos metros se detuvo, se dio la vuelta de golpe y regresó.

—¡Ayudadme! —dijo—. Tenemos que hablar de esto.

Entre los tres consiguieron introducir a Kim en el maletero. Axel cerró la tapa. Les ordenó que se metieran en el coche. Al cabo de un par de minutos puso el automóvil en marcha.

—No podemos quedarnos aquí —explicó—. Alguien puede vernos. Necesitamos tiempo.

Jon miró fijamente por el parabrisas trasero. Vio los buzones desaparecer en la oscuridad.

—Pero ¿adónde vamos a ir? —preguntó—. ¿Dónde nos vamos a meter?

Axel no tenía ningún plan, condujo sin destino, mientras estuvieran en movimiento aparecería una solución, pensó, o eso que tenían en el maletero volvería a la vida y empezaría a dar golpes en la chapa. El tiempo los ayudaría, esto solo era la naturaleza que les jugaba una mala pasada, por eso siguió conduciendo. No se cruzaron con nadie. Una gasolinera de Shell que abría las veinticuatro horas los tentó con comida y bebida caliente tras las ventanas iluminadas, y Jon suplicó a Axel que parara.

—La gente nos verá y se acordará de nosotros —explicó—, no vamos a entrar en ningún sitio, todavía no.

—¿Y cuándo vamos a entrar? —insistió Jon—. ¿Vamos a estar toda la noche en el coche?

—Tienes poca gasolina —comentó Reilly. Señaló el salpicadero.

Axel Frimann estaba agachado sobre el volante como si condujera una nave a través de la tormenta. Se iban alejando, pero no iban en dirección a su

casa, estaban en tierra de nadie.

—Nos habremos equivocado —dijo Reilly—. Tendremos que parar y ver cómo va. Por si ha recuperado la conciencia.

Axel se echó a un lado y se detuvo en una parada de autobús.

Abrió y se bajó, Reilly fue tropezando detrás.

—Se está enfriando —dijo Reilly—. No es seguro que fuera culpa nuestra, a lo mejor tiene una lesión cardíaca.

—¿Sabes qué? —replicó Axel—. No estoy dispuesto a correr ese riesgo.

Siguieron conduciendo en la noche. Primero en grandes círculos alrededor de la ciudad, luego por caminos rurales. No dejaba de nevar.

—Tenemos que llamar —balbuceó Jon.

—Es demasiado tarde —dijo Reilly—, está muerto.

—Pero ¿por qué? —preguntó Jon.

—A lo mejor ha vomitado.

—La gente no se muere de eso.

—Sí. Ha vomitado y luego le ha entrado en los pulmones. A veces la gente muere de esa manera.

Jon se encogió en el asiento trasero.

Se quedó escuchando a los dos que iban delante. Algunas palabras le llegaban en la oscuridad del habitáculo, «eso no puede ser, no podemos volver y dejarlo en la cuneta, como comprenderás».

—Pero está ahí, y no se va a esfumar.

—Tenemos que buscar otra solución.

—No es culpa nuestra.

—Sí —dijo Reilly—, es culpa nuestra. Tú y tus asientos.

—¿Así que tengo yo la culpa? ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿Que bebiera demasiado y se tumbara en mi coche para morirse? ¿Eso es culpa mía?

La voz fuerte, afirmativa, de Axel. Las débiles protestas de Reilly.

—Solo lo empeoraremos.

—No puede ser peor —afirmó Axel.

Veinte minutos más tarde Axel aparcó el coche en la orilla de Glittertjern.

—¿Por qué paramos? —preguntó Jon.

—Se ha encendido la reserva —respondió Axel.

Las luces largas dibujaban dos haces de un blanco azulado sobre el hielo. Al cabo de un rato bajaron del coche y recorrieron la orilla de un lado a otro.

—No podemos volver —dijo Axel—, y tampoco podemos llevárnoslo a casa. Supongo que hasta aquí estaremos de acuerdo.

Oteó sobre el hielo. A la derecha de la playa había un montículo, y alrededor de él crecían unos arbustos.

—Ahí —dijo Axel—. Debajo de los arbustos. Lo esconderemos ahí, y, cuando se derrita el hielo, caerá al agua.

—¿No lo dirás en serio? —dijo Reilly.

Axel abrió el maletero.

Jon seguía lamentándose.

—No tenemos que decir que lo metimos en el maletero —sugirió—. ¿No podríamos callarnos solo esa parte?

—Lo averiguarán —dijo Axel—, nos condenarán por imprudencia temeraria. Nos pueden encarcelar varios años.

Jon lloraba.

—Ahora tienes que preocuparte de los más próximos —dijo Axel—, no gente desconocida venida de otros países que se echan en tu regazo para morir. ¿Qué crees que dirá tu madre si te enchironan?

—Pero no nos van a encarcelar —protestó Jon.

—Sí, nos meterán en una celda, y no pienso aceptarlo, joder. Tenemos que ponernos de acuerdo en una explicación.

Jon seguía llorando. Empezó a darle patadas a las llantas del coche.

—¡Reilly! —gritó—. ¡Di algo!

Este dio unos pasos por la nieve y se quedó dándole la espalda.

Axel se sacó el teléfono móvil del bolsillo.

—Vamos, Jon, llama. Tú, que eres tanto mejor que nosotros. Haz lo único correcto y destroza tu vida.

Ingerid Moreno vio el taxi desde la ventana.

Se puso las botas y salió a la calle en el momento en que Yoo Van Chau ponía un pie en el suelo. Llevaba un gran bolso, debía de pesar mucho y le hacía perder el equilibrio, seguía sin haber hielo en la calle, pero había un poco en el sendero de losetas que llevaba a la casa.

—Deja que te ayude —dijo Ingerid.

Yoo se colgó de su brazo, y fueron tambaleándose por las losetas escurridizas como dos viejas. Se rieron de sí mismas, y su risa les recordó a su antigua vida, la que habían perdido.

—Siéntate —dijo Ingerid una vez dentro.

Había hecho limpieza y recogido. Había comprado flores y encendido velas, había preparado la comida y puesto la mesa, y había abierto una botella de vino.

Yoo encontró un sitio en el sofá e Ingerid se dejó caer en una silla. Había cosas que debían decir en voz alta. Las dos se armaron de valor.

—No quiero disculpar a Jon —dijo Ingerid—, debería haber insistido, a pesar de que Axel y Reilly eran mayores que él y más fuertes. Pero yo también he sido joven. Íbamos de fiesta todos los sábados, y bebíamos bastante. A veces me despertaba por la mañana y no me acordaba de nada. La noche era un agujero negro.

Yoo escuchaba con el bolso en el regazo.

—Hay muchas cosas que no sabemos de nosotros mismos —continuó Ingerid—. Debemos dar gracias al destino por las pruebas a las que no nos somete.

—Kim no debería haber bebido tanto —dijo Yoo—, no tenía costumbre. Me dan pena los dos. Y nosotras también damos pena.

Miró las flores de la mesa, las reconoció, eran rosas de la variedad caramelo. Ingerid también había encendido la estufa. En su interior, algunas chispas daban vueltas como bengalas.

—Cada día enciendo una vela en su tumba —dijo Yoo—. Voy, haga el tiempo que haga, con lluvia, tormentas y heladas. Luego paso frío mientras espero el autobús para volver a casa. Estoy muy harta de eso. Entonces

decido dejar de hacerlo, pero oigo que me llama, y tengo que ir de todas formas, a pesar de que haga frío. Tengo que hacerlo, si no, no puedo dormir.

—Él decide por ti —dijo Ingerid—. ¿Lo hacía en vida?

—Por supuesto que no.

—Entonces ¿por qué dejas que lo haga ahora?

Se acercó a la ventana y miró al exterior.

—Pronto llegará la nieve —dijo—. Piénsalo un poco.

Yoo pensó en la nieve. Cubriría las tumbas como un edredón. Ingerid se acercó a la librería, sacó un álbum de fotos de tapas negras y lo puso sobre la mesa.

—Empieza tú —propuso.

Yoo abrió el bolso. Su álbum era azul claro y llevaba unas letras grabadas.

My little baby.

Lo abrió por la primera página y puso el dedo sobre la foto de un bebé, envuelto en una manta.

—Kim —susurró—. El primer día.

La celda de Reilly tenía ocho metros cuadrados, con una cama sencilla y un escritorio, y tenía su propio cuarto de baño. También tenía una selección de libros, y en la pared, encima del camastro, había colgado una vieja foto de Axel, Jon y él mismo cuando eran niños. La foto la había hecho el padre de Axel, antes de que lo destrozara el derrame cerebral. Axel llevaba puesta una camisa blanca y pantalones vaqueros; Jon, pantalones cortos y en la cabeza la gorra azul marino de Transportes Toten. Reilly vestía un chándal viejo con franjas rojas y azules.

Cada día, Reilly observaba la foto con mucho interés, porque estaba convencido de que todo lo que había ocurrido después ya debía de poder verse en esa imagen. Una sombra, tal vez, o una luz. Pero no encontraba nada de eso. Solo eran unos niños pequeños con las piernas delgadas y las rodillas puntiagudas.

La ventana de la celda daba a un campo de cultivo, en él pastaba un rebaño de vacas, serían cincuenta o sesenta animales, y le gustaba

observarlos. Las bestias eran enormes, peludas, algunas eran claras como nata; otras, negras o rojizas, y cuando se movían lo hacían siempre agrupadas. Si empezaba a llover, se desplazaban hacia un bosquecillo, donde se pegaban formando una masa densa y dormitante.

—Herefordshire —dijo Hermansen.

Hermansen era el funcionario de prisiones que a Reilly le caía mejor. Era el más viejo de la sección y pronto se jubilaría. A veces se podía percibir que ya estaba en el proceso de cerrar una etapa, había perdido parte de su agilidad, y en su trato con los reclusos era siempre de una sinceridad implacable.

—Herefordshire —repitió Reilly—. ¿Entiendes de vacas?

—Conozco al granjero —dijo Hermansen—. Dan la mejor carne.

Reilly se quedó junto a la ventana de la celda. Llevaba un peso en su interior que lo pegaba al suelo. Pero no resultaba solo incómodo, era una sensación de haber encontrado su lugar. Estoy cumpliendo condena, pensó. Cumplo condena mientras duermo, y cada segundo es un plazo pagado de una gran deuda.

—¿Salen en invierno? —preguntó señalando las vacas con un movimiento de cabeza.

—Oh, no —exclamó Hermansen—, las meten en la cuadra con la primera nevada.

—Pero puede llegar en cualquier momento —dijo Reilly—. Estamos a mediados de noviembre. Entonces ¿qué voy a mirar?

—Tienes que mirar al cielo —respondió Hermansen—, y a las nubes. Siempre encontrarás algo que mirar. No te quedará más remedio porque vas a pasar mucho tiempo aquí.

Reilly se acercó al camastro. Se sentó y cogió el Corán que estaba sobre la manta.

El hombre mayor lo contempló con una sonrisa amable.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—He pensado en una cosa —dijo Reilly—, ya que me preguntas. He pensado que tal vez debería mandar unas flores. A Ingerid y a Yoo Van Chau.

Hermansen lo miró sin comprender.

—¿Flores? ¿Qué vas a conseguir con eso?

—Solo quiero expresar mi pena. Por todo lo ocurrido.

—Por lo que tú has hecho —lo corrigió Hermansen.

Reilly asintió.

—Sí, por lo que he hecho.

—No creo que sea buena idea —dijo Hermansen—. No serán bien recibidas.

—Pero algo tengo que hacer —se quejó Reilly—. ¿Eso lo entiendes?

—No puedes mandar flores —opinó Hermansen—. No quieren saber nada de ti. Déjalas en paz.

Reilly se hundió en el camastro. El Corán se escurrió entre sus dedos y quedó sobre la manta.

—Por muy mal que hayas actuado —continuó Hermansen—, has confesado. Ese siempre es un acto decente.

La puerta de la celda se cerró tras él con gran fuerza. Reilly estaba al borde de las lágrimas. Ojalá tuviera un G, pensó, una pequeña y seductora Sally. Abrió el Corán por una página cualquiera.

«El que mate a un creyente voluntariamente tendrá el infierno por recompensa, y en él permanecerá eternamente. Dios, irritado con él, le maldecirá y le condenará a un suplicio terrible».

Se acercó a la ventana y se concentró de nuevo en las vacas. Grandes, hermosas y lentas se movían por los campos de cultivo, como si no les afectaran ni el tiempo ni las personas, encerradas en su propio mundo donde no existe la prisa. Solo un par de terneros, en su ignorancia, daban saltos por ahí, pero enseguida eran corregidos por los animales de más edad con duras coces.

Jon espera.

Desde la escalera de la unidad tiene buena visión de la explanada del hospital. Está sentado en el tercer escalón y, aunque hace sol, va bien abrigado, porque es septiembre y las noches pueden ser frías. En cualquier momento el Mercedes verde de Axel aparecerá por la curva. Mientras espera, se toca las uñas, se las ha mordido hasta la raíz, las puntas de los

dedos están rojas y heridas. Piensa en todo lo ocurrido, en cómo puede seguir adelante, sabe que tiene que elegir. Por eso estoy mal, piensa, no soy capaz de decidirme. Pero algunas veces hay que tomar decisiones incómodas. Y puede que no esté bien, pero nada está bien en este asunto. Será mejor que esté callado, protejo a Reilly y a Axel, porque son mis amigos, y estamos juntos en esto para siempre.

Molly Gram da la vuelta a la esquina. Melis salta y corre, Jon levanta la mano para saludar.

—¿Te vas? —pregunta ella—. ¿Vienen a buscarte?

Él da una patada en la escalera con un pie. Su mirada le marea.

—¿Cuándo vuelves? ¿El domingo por la tarde?

Él asiente con un movimiento de cabeza. Sus iris brillan como una aguamarina en el maquillaje oscuro. Tiene la impresión de que hay lágrimas en sus ojos. Pero el aire es cortante, se dice, no debo dar nada por sentado.

Entonces el Mercedes verde de Axel entra en el patio.

Jon siente un temor repentino ante la idea de alejarse de Molly, porque la acaba de encontrar, y ella ha empezado a mover algo en su interior. Axel toca el claxon. Jon no puede ver su rostro porque la luz se refleja en el parabrisas, pero Reilly se baja del coche. El viento agarra los faldones de su gabardina y hace que parezca una polilla gigantesca.

—Mándame un mensaje, anda —pide Molly.

A la velocidad del rayo ella se aproxima y le besa en la boca.

Jon empieza a caminar, pero preferiría quedarse donde está, por eso reduce la velocidad y se vuelve una última vez. Axel está siempre en guardia, piensa, me tiene controlado. Y Reilly no deja de soltar alguna amenaza tomada del Corán. Si me dejan en paz, si la angustia no me domina, saldré adelante.

—Jon Moreno —grita Molly—. Arriba ese ánimo. ¡Ni que fueras al patíbulo!

Su espíritu se aligera de nuevo. Creo que tengo novia, se dice, creo que tengo una novia.

Axel Frimann toca el claxon por segunda vez.

Y Jon echa a correr.

Última revisión por UMDN: 18 de octubre de 2022

